

CONTRA LOS PROFETAS CELESTIALES

Martín Lutero

1525

PRIMERA PARTE

En el nombre de Dios y de nuestro amado Señor Jesucristo. Se acerca otra tormenta. Yo había contado con un descanso, opinando que la lucha había terminado. Ahora empieza de veras. Me ocurre lo que dice el sabio: "Cuando el hombre concluye, entonces tiene que volver a empezar". El doctor Andrés Carlstadt se ha apartado de nosotros. Además, se ha transformado en nuestro enemigo más acérrimo. Cristo no ha querido amedrentar, sino darnos ánimo y valor para que no erremos ni desmayemos ante este Satanás, quien pretende vindicar el sacramento, pero su intención es muy distinta. Es decir, ya que hasta ahora no ha podido sofocar con violencia toda la doctrina del evangelio, quiere destruirla mediante una taimada interpretación de la Escritura.

Yo lo vaticiné y temo que mi profecía se cumpla: Dios castigará nuestra ingratitud y permitirá que la verdad sea abatida, como dice Daniel. Ya que la perseguimos y no la aceptamos, debemos volver a tener mero error y espíritus y profetas falsos, que en parte ya existían hace tres años. Hasta ahora por su gracia han sido contenidos. De no ser así, habrían arraigado hace tiempo. No sé si Dios detendrá más la tormenta, porque nadie se preocupa, nadie ora por esto y todos se sienten seguros, como si durmiera el diablo, quien, no obstante, anda como león rugiente. Sin embargo, como espero, no hay temor por mi vida, por cuanto, mientras viviere, me opondré, según Dios me conceda la fuerza, ayude a quien ayudare. Y ésta es mi seria y sincera advertencia y exhortación:

Primero: Cada cual debe rogar a Dios con toda seriedad para que nos dé el recto entendimiento y su santa palabra pura, en vista de que bajo un príncipe tan poderoso y dios de este mundo, el diablo, no somos capaces en modo alguno de conservar ni la fe ni la palabra de Dios. Por lo contrario, debe estar presente el poder divino para protegerla y, como ruega con mucho acierto el Salmo 12, diciendo: "Las palabras de Dios son limpias, purificadas siete veces. Tú, Señor, las guardarás y nos protegerás de esta generación para siempre. Cercando andan los malos cuando los viles son exaltados. Si nos gloriamos tener la palabra de Dios y no nos preocupamos por conservarla, pronto estará perdida.

En segundo lugar, nosotros también debemos ser diligentes, no cerrar los ojos, sino velar. Dios mantiene en todo tiempo incólume su gracia frente al mundo, no permitiendo que ningún profeta falso emprenda algo, a no ser alguna cosa externa, como son las obras y artimañas astutas de asuntos externos. Nadie se preocupa por la fe y por la buena conciencia ante Dios, sino sólo por lo que brilla y luce ante la razón y el mundo. Así como los arríanos, por ejemplo, tenían una

apariencia aceptable ante la razón al afirmar que Dios era una sola persona, el Padre, pero que el Hijo y el Espíritu Santo no eran verdadero Dios. Lo mismo, a los judíos y pelagianos les agradó y les resultó fácil creer que las obras hicieran piadosos sin la gracia. Bajo el papado sonaba agradable que la voluntad libre pudiera contribuir también algo para obtener la gracia. Por ende, ya que se adecúa a la razón, a uno le place, cuando se dice que en el sacramento hay mero pan y vino. ¿Quién no puede creer eso? Si aún hoy en la actualidad se concediese a los judíos que Cristo era sólo un hombre, considero que sería fácil convertirlos.

Respecto a esto, ahora será nuestro empeño en distinguir bien las dos doctrinas, una de la otra: la una que enseña los artículos principales para gobernar a las conciencias en el espíritu ante Dios; la otra, que instruye respecto a las cosas externas o las obras. Pues más importancia tiene la doctrina de la fe y la buena conciencia que la doctrina de las buenas obras, ya que, aun cuando falten las buenas obras, hay recurso y remedio para efectuarlas, siempre que la doctrina de la fe quede firme y pura. Empero, cuando se deja de lado la doctrina de la fe, y se da preeminencia a las obras, de ahí no puede salir nada bueno, ni consejo ni ayuda. Las obras acarrearán pura honra y pretenden ser gran cosa ante la gente, y entonces sucumbe la gloria de Dios.

Lo mismo hacen también estos profetas ambiciosos que no realizan otra cosa sino destrozando imágenes, demoler iglesias, regentear el sacramento e inventar una nueva manera de mortificación, es decir, un propio modo de mortificar la carne ideado por ellos. Tampoco hasta ahora jamás insistían en la doctrina de la fe. Nunca enseñaban cómo hay que levantar las conciencias, lo que, no obstante, es lo principal y lo más necesario en la doctrina cristiana, como queda dicho. Y aunque hubieran conseguido todo, de modo que ya no existiera imagen alguna, no quedase ninguna iglesia y nadie en todo el mundo creyese que en el sacramento hay carne y sangre de Cristo y todos anduvieran en grises trajes de campesino ¿qué habrían logrado con esto, ya que tan fuertemente lo anhelan, insisten en ello y lo ambicionan? ¿Se habrían vuelto cristianos con esto? ¿Dónde quedarían entonces la fe y el amor? ¿Vendrían después? ¿Por qué no habrían de precederlos? Con esto se habrían conquistado glorias, vana honra y una nueva apariencia monacal, como sucede con todas las obras. Pero no habrían beneficiado a la conciencia. Mas esto no les importa a tales espíritus falsos; lo mismo que al papa no le interesa dónde queda la fe y la caridad, con tal que prosperen las obras de su obediencia y ley. Sí; en esto insiste y cuando se han realizado, no ha acontecido nada.

Ya que el doctor Carlstadt va por el mismo camino y entre tantos libros ni siquiera una vez enseña lo que es la fe y la caridad (¡hasta habla mal, con burla y desdén, de nosotros a causa de ellas, como si se tratara de una enseñanza de poco valor!), sino que por lo contrario insiste y pone énfasis en obras externas. Por ello, cada cual esté advertido contra él y sepa que tiene un espíritu pervertido que sólo piensa en matar las conciencias con leyes, pecados y obras, no obstante que con esto no se hace nada, aunque sucediera todo lo que en todos sus libros con boca y con corazón pretende. Aun pillos malos pueden hacer y enseñar todo lo que él quiere. Por eso, debe haber algo más elevado para absolver y consolar las conciencias. Es el Espíritu Santo que nunca se consigue por la destrucción de imágenes ni por obra alguna, sino sólo por el evangelio y la fe.

Para que no abramos la boca demasiado y admiremos las artimañas de esos espíritus falsos y con esto abandonemos los verdaderos artículos principales, y tan astutamente seamos desviados (esto es lo que pretende el diablo por medio de esos profetas), aquí expondré entonces brevemente los mismos artículos principales de la doctrina cristiana, en los que cada cual debe poner atención ante todas las cosas y permanecer en ellos.

1º — La ley de Dios ha de ser predicada de tal manera que se revele por ella el pecado y se aprenda a conocerlo (Rom. 3 y 7), como muchas veces hemos expuesto en nuestros escritos.

Pero estos profetas no lo entienden correctamente. Pues esto significa predicar verdaderamente la ley en forma espiritual y usarla debidamente, como dice Pablo en Romanos 7 y en 1ª Timoteo 1

2º —Si nos hemos percatado del pecado y predicado la ley de tal manera que las conciencias queden asustadas y humilladas ante la ira de Dios, debemos predicar después la palabra consoladora del evangelio y el perdón de los pecados para reanimarlas y levantarlas hacia la gracia de Dios, etcétera. Esos dos artículos en ese orden, Cristo mismo nos los enseña en Lucas 24. Se debe predicar el arrepentimiento y el perdón de los pecados en su nombre. Y el Espíritu (dice en Juan 16) redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. No hallarás estos artículos ni en éstos ni en otros profetas falsos. No los entienden y son, no obstante, los principales y los más necesarios.

3º — Lo tercero es el juicio, la tarea de matar al viejo hombre, de lo cual se trata en Romanos 5, 6 y 7. Comienzan las obras, los sufrimientos y los tormentos cuando mortificamos nuestra carne por propia disciplina y por ayunos, vigiliias, trabajos, etc., o por persecuciones y oprobios que sufrimos de otros. Los falsos profetas no tratan tampoco correctamente de tales mortificaciones, pues no aceptan lo que Dios dispone, sino lo que ellos mismos eligen: llevan trajes grises, quieren ser al mismo tiempo campesinos y muchas otras tonterías.

4º — Las obras de caridad para con el prójimo han de realizarse con benignidad, paciencia, bondad, enseñanza, ayuda y consejo, espiritual y físicamente en forma libre y gratuita, como Cristo actuó con nosotros.

5º —En quinto y último lugar, la ley y sus obras se deben aplicar, no a los cristianos, sino a los hombres rudos o incrédulos. Para los primeros hay que tratarlas de manera espiritual, como arriba dijimos, para que se percaten del pecado. Pero para la gente ruda, para el señor omnes¹ se la debe usar corporal y toscamente para que hagan y dejen de hacer lo que diga la ley. Han de ser exteriormente piadosos por coacción bajo la espada y la ley, como se sujeta los animales salvajes por medio de cadenas y jaulas, para que haya, paz externa entre la gente. Para ello está instituida la autoridad secular y Dios quiere que se le honre y tema en esta tarea, Romanos 13, y 1ª Pedro 3.

Empero, al mismo tiempo, hay que tratar de conservar la libertad cristiana y no imponer a las conciencias de los cristianos tales leyes u obras, como si por ellas llegaran a ser piadosos o pecadores. Aquí surge también la cuestión de cómo hay que comportarse referente a la destrucción o la tolerancia de las imágenes y respecto de las comidas, los vestidos, los lugares santos, personas, y toda clase de cosas externas, etcétera. Quien no enseña según este orden, no lo hace, por cierto, correctamente. Por ello te das cuenta de que el doctor Carlstadt y sus espíritus ponen lo de abajo, arriba, lo inferior por lo mejor y lo último por lo primero. Sin embargo, quiere ser considerado como el espíritu más excelso que se ha devorado al Espíritu Santo con plumas y todo.

Por tanto, ruego a todos los cristianos los cuales nos observan cómo reñimos en este asunto que consideren que no tratamos de cuestiones elevadas, sino de las más ínfimas. Deben saber que el diablo suele adornar tales cosas insignificantes por atraerse la atención de la gente para que pierdan de vista los verdaderos artículos principales y, en cambio, se queden mirando boquiabiertos. Por ello, también cada cual debe darse cuenta de que el espíritu del doctor Carlstadt es falso y malo. No le basta callar y dejar de lado los altos artículos esenciales e inflar los más triviales, como si la salvación del mundo dependiese más de ellos que del mismo Cristo, sino que también nos obliga a descender de semejantes artículos superiores y necesarios a los asuntos menores, de modo que perdamos el tiempo con él y corramos el peligro de olvidarnos de los artículos importantes. Que sea éste el primer fruto por el cual conozcamos ese árbol.

¹ Omnes en latín todos, cada cual, la masa común, el populacho.

Mas para que no haya demasiados libros, le contestaré en este único a todos sus escritos. Ya que no escribí nada especial de las imágenes, que sea éste el primer tema. Como él empezó la obra frívolamente de su propia cabeza ahora quisiera volver a remendarse y tapar la vergüenza con hojas de higuera.

LA DESTRUCCIÓN DE LAS IMÁGENES

La cuestión de la destrucción de las imágenes la emprendí de tal manera que las arranqué primeramente de los corazones por la palabra de Dios y las hice insustanciales y despreciables. Esto aconteció ya antes de que el doctor Carlstadt soñara en su exterminio. Cuando no están más en el corazón, no causan daño a la vista. Pero el doctor Carlstadt, al cual no le importan los corazones, invirtió esto sacándolas de la vista y dejándolas en el corazón. No predica la fe ni puede hacerlo tampoco, lo que por desgracia sólo ahora comienzo a comprender. Dejo al criterio de cada uno cuál de estas dos formas de destruirlas sea la mejor.

Cuando se ha instruido a los corazones en el sentido de que sólo se agrade a Dios mediante la fe y que no haya ninguna complacencia en las imágenes, sino que éstas sean un servicio y esfuerzo perdidos, entonces la gente misma las deja voluntariamente, las desprecia y no las manda hacer. Pero cuando se omite tal enseñanza y sólo se amenaza con el puño, no se consigue nada, sino que blasfemen de ello los que no lo entienden, y los que lo hacen solamente por coerción de la ley como una obra necesaria y no con la conciencia libre, sino por lo contrario, creen agradar a Dios con esta obra. Opinión ésta que es un verdadero ídolo y una falsa confianza en el corazón. Por insistir de esa manera en la ley sucede que externamente suprimen las imágenes y llenan el corazón de ídolos.

Lo digo para que se note una vez más qué clase de espíritu hay en Carlstadt. Me inculpa de proteger las imágenes contra la palabra de Dios. No obstante, sabe que trato de arrancarlas de todos los corazones y deseo que sean despreciadas y aniquiladas. Sólo no tolero su puño sacrílego y su impetuosidad. Sí estuviera presente el Espíritu Santo, no mentiría tan consciente y desvergonzadamente, sino diría: "Querido Lutero, me agrada que destruyas tan eficazmente las imágenes en el corazón para que yo las aniquile con mayor facilidad ante los ojos. Acepto tu servicio por ser provechoso para este efecto." Ahora bien; dice Carlstadt que procedo contra la palabra de Dios y protejo las imágenes, yo que las destruyo externa e internamente. No quiere que diga que procedo contra la palabra de Dios al hacer pedazos las imágenes sólo exteriormente dejándolas subsistir en el corazón y erigiendo otras a su lado, a saber, falsa confianza y gloria de las obras.

Además, yo he permitido y no me he opuesto a que se supriman también externamente en cuanto esto puede efectuarse sin alboroto y violencia por el poder ordinario. En el mundo se llama una bribonada ocultar la verdadera causa de una cosa buena y mientras tanto pensar cómo hundirla. Empero, que Carlstadt desatiende mi espiritual y ordenada remoción de las imágenes manifestando que yo soy simplemente un protector de ellas, ha de ser un ejemplo de su santa arte profética, ya que sólo me resisto a su espíritu furioso, violento y alborotador. Porque ya que el espíritu malo está tan firme en su mente, aún menos cederé entonces por desafío y aflicción de lo que hice anteriormente. Primero hablaré de las imágenes de acuerdo con el modo de la ley de Moisés, después según el evangelio. Principio con decir que, según la ley de Moisés, no se prohíbe ninguna imagen, sino la de Dios, a la cual se rinda adoración. Un crucifijo o la efigie de

algún santo no se deben considerar vedados. ¡Uy! ¡Destruyores de imágenes! Os desafío. Demostrad lo contrario.

Cito el primer mandamiento, Éxodo 20: "No tendrás dioses ajenos delante de mí". Después de este texto sigue en seguida y muestra y expresa lo que él llama dioses ajenos diciendo: "No te harás imagen... ni ninguna semejanza". Esto se refiere a los mismos dioses. Y aunque estos espíritus se aferran a la palabrita "hacer" y tercamente insisten: "hacer", "hacer", es otra cosa que adorar. Tienen que admitir, no obstante, que este mandamiento fundamentalmente sólo trata de la honra de Dios. Es evidente que se deben haber hecho para ser adoradas; sin hacer, no se deben venerar. No se debe sacar una palabra y obstinadamente insistir en ella, sino que se ha de considerar el sentido de todo el texto, como consta en el contexto. Entonces se conoce que se trata de las imágenes de Dios que no han de ser adoradas. Nadie será capaz de probar otra cosa interpretando el texto. Por ello, también reza a continuación en el mismo capítulo la: "No hagáis dioses de plata ni de oro". Se entiende que semejante "hacer" se refiere ciertamente a los dioses.

Este mandamiento, "no tendrás otros dioses", es la máxima principal, la medida y la meta a las cuales se han de referir, dirigir y medir todas las palabras que siguen, ya que indica y expresa el sentido de este mandamiento, a saber, que no deben hacer dioses ajenos. Por tanto, las palabras "hacer", "imágenes", "servir", etc., y todo lo que sigue ha de ser entendido sólo en el sentido de que no degeneren en dioses ajenos ni en idolatría. Lo mismo la sentencia: "Yo soy tu Dios", es la medida y la meta de todo lo que puede decirse del servicio divino. Sería desatinado incluir en esto lo que no tiene nada que ver con dioses ajenos y con idolatría, a saber, edificar una casa, arar, etc. Igualmente el mandamiento: "No tendrás otros dioses", sólo puede interpretarse con referencia a la idolatría. Pero cuando se confeccionan imágenes o estatuas sin idolatría, no es prohibido hacerlo. En efecto, queda entonces incólume la sentencia esencial: "No tendrás otros dioses".

Si no quieren aplicar el "hacer" a las imágenes de Dios, como el texto obliga, diré también que la adoración no queda prohibida (ya que tan obstinadamente se aferran a la letra). En el primer mandamiento no figura nada de adorar. Podría entonces decir: "No hagas imagen alguna, y deja a otros hacerla; pero la adoración no te queda prohibida". Si interpretan, basándose en otros pasajes, el "hacer" por adorar, lo que no figura en este texto, refiero yo con razón del mismo texto el "hacer" a los dioses, como el texto reza claramente. Por tanto, no leemos ningún ejemplo de que hayan sido castigados a causa de imágenes y altares, a no ser que los adorasen. También la serpiente de bronce de Moisés se conservó hasta que Ezequías la hizo pedazos, porque se adoraba.

Además tengo en Levítico 26 un pasaje contundente: "Yo soy vuestro Dios. No haréis para vosotros ídolos, ni imágenes, ni pondréis en vuestra tierra monumento o piedra para adorarlos". ¿En qué quedamos? Creo que la interpretación por sí misma es suficientemente clara. Se trata de la adoración. Por eso prohíben ídolos y monumentos los cuales no deben adorar. Sin duda, si no se adorasen, pueden erigirlos y hacerlos. ¿Para qué sería necesario el añadido adorar? Por tanto, también el "hacer" en el primer mandamiento ha de referirse a la adoración y a nada más. También en Deuteronomio 4, cuando se prohíbe hacer efigies, se refiere obviamente a la adoración.

De ello también tenemos constancia en el Antiguo Testamento. Josué, según el capítulo 24, levanta una piedra recordatoria en Siquem debajo de una encina para testimonio, etc. Sin embargo, la erección de semejantes piedras estaba prohibida tan severamente como las efigies, como arriba leímos en Levítico 25. Pero ya que era una piedra de testimonio y no para adoración, no faltaba al mandamiento. Después Samuel en 1ª Reyes 7 levantó una piedra y la llamó piedra

de auxilio. Esto también estaba prohibido, como queda dicho. Pero ya que no buscaba ninguna adoración, sino sólo recordación, no cometió pecado.

Pero, además de todo esto, según Josué 21, las tribus de Rubén, Gad y Manases edificaron un gran altar al lado del Jordán. Todo Israel se asustó y les mandó rigurosos mensajeros, como si se hubiera construido un altar en contravención al mandamiento de Dios, cosa que estaba prohibida. Pero mira cómo se excusan. El altar quedó intacto, cuando se enteraron de que no se intentaba adorar ni sacrificar, sino recordar. Si hubiese sido incorrecto hacer un altar y el mandamiento de Dios debiera referirse tan estrictamente al "hacer", deberían haber reducido a polvo el altar. De otra manera no habrían evitado el pecado como aducían. Ahora bien; la construcción de un altar está tan severamente prohibida como la confección de imágenes. Si se pueden hacer y levantar altares y piedras especiales y mantenerlas a pesar del mandamiento de Dios, por omitirse la oración, mis destructores de imágenes me deben permitir tener un crucifijo o un cuadro de María, incluso la efigie de un ídolo. De acuerdo con la severísima ley de Moisés, los puedo llevar o mirar mientras no los adore, sino que los tenga para recordación.

Me extraña lo siguiente: Esos santos judíos, que tan estrictamente se aferran a la ley de Moisés y vociferan contra las imágenes, ¿cómo se conducen respecto a los ducados y joyas en los cuales se hallan acuñadas efigies? Me entero, pues, que tienen muchos. En Joachimstal se acuña la efigie de Joaquín² en las monedas. Aconsejaría que se liberase a estos grandes santos de los pecados y que se les quitaran los ducados y monedas y copas de plata. Aunque sean enemigos de las imágenes, es de temer que no han sido pulidos lo suficiente y no han adelantado bastante en el "estudio de las cosas divinas", "en la admiración" y en "las aspersiones", para que ellos mismos no pudieran deshacerse de ellas y, además, quizá, la condición humana sea aún tan frágil que no basta la voz viva del cielo, sino que son unos buenos mozos, fornidos que de otra manera no tendrían con qué alimentarse.

Hay otro defecto en esos destructores de imágenes. Se entremeten ellos mismos sin orden y no proceden con el poder establecido. Sus profetas andan, vociferan, y azuzan al populacho, diciendo: ¡Ah!, golpea, acuchilla, muerde, tira, rompe, apuñala, acomete, pisotea, derriba, trompea los ídolos; cuando veas un crucifijo, escúpele en la cara, etcétera. Esto se llama suprimir las imágenes a la manera de Carlstadt: se enfurece y atonta al populacho y lo acostumbra solapadamente a la rebelión. Torpemente se precipitan a la obra opinando que ahora se han transformado en grandes santos. Se vuelven tan soberbios y tan insolentes que pasan todos los límites. Y cuando se mira bien, es obra de la ley realizada sin espíritu y fe. Sin embargo, causa altanería en el corazón. Opinan que por semejante obra llegan a ser algo muy especial ante Dios, lo que significa en verdad enseñar nuevamente obras y el libre arbitrio.

Pero leemos en Moisés, Éxodo 18, que instituyó jefes y autoridad secular antes de dar la ley y en muchas partes enseña que todas las cosas se interroguen, se juzguen y se castiguen, con justicia, testigos y orden. De no ser así, ¿qué harían los magistrados y superiores del país? Mi querido Carlstadt salta, por sobre todo, siempre muy elegantemente, y lo que prescribe Moisés lo interpreta con referencia al populacho desorganizado y le enseña a entremeterse sin orden alguno como los puercos. Esto es y se llama con razón un espíritu furioso y rebelde, pues desdeña la autoridad e interviene él mismo sacrílegamente, como si fueran señores en el país y estuvieran por encima de la ley. Si se permite que la multitud, sin la autoridad, destruya las imágenes, se debe admitir también que cada cual intervenga y mate a los adúlteros, asesinos, desobedientes, etc. En efecto, Dios ordena al pueblo de Israel tanto matarlos a ellos como suprimir las imágenes. ¡Ah qué cosa linda y qué orden sería esto! Por ello, si bien dije que el doctor Carlstadt no es un

² San Joaquín según la tradición esposo de Santa Ana, padre de Santa María.

profeta homicida, tiene, sin embargo, un espíritu revoltoso, asesino, turbador, que saldría afuera si tuviese oportunidad.

Por ello, leemos en el Antiguo Testamento que, en todas partes dondequiera se abolían las imágenes e ídolos, esta tarea era realizada, no por el populacho, sino por la autoridad. Por ejemplo, Jacob enterró los ídolos de su servidumbre. Gedeón demolió el altar de Baal cuando Dios lo llamó a ser jefe. El rey Jehú, y no el populacho, destruyó el Baal de Acab. Así procedió también Exequias con la serpiente de bronce. Y Josías con los altares de Betelsc. Por tanto, se conoce muy bien donde Dios manda algo a la comunidad y nombra el pueblo, no quiere que el populacho lo realice sin la autoridad, sino por la autoridad juntamente con el pueblo, para que el perro no aprenda a comer el cuero de sus correas, es decir, que con motivo de las imágenes no se acostumbre también a la rebelión contra las autoridades. No se debe pintar al diablo encima de la puerta.

Pero ya que estamos bajo nuestros príncipes, señores y emperadores, y tenemos que vivir también exteriormente de acuerdo a sus decretos en lugar de la ley de Moisés, debemos estar tranquilos y rogarles humildes que supriman estas imágenes. Si no lo quieren hacer, nosotros tenemos, no obstante, la palabra de Dios con la cual las expulsamos de los corazones, hasta que sean abolidas externamente también por la fuerza por parte de las personas autorizadas. Pero cuando estos profetas oyen esto lo llaman papismo e hipocresía ante los príncipes. Empero, cuando ellos levantan el desordenado populacho y lo ponen en rebelión, eso no es hipocresía. Nos declaran libres de hipocresía cuando enseñamos al pueblo a asesinar a los príncipes y señores. Pero si no soy un papista y un hipócrita ante los príncipes, de esto el papa y los príncipes mismos me sirvan de testigos mejores que este espíritu mentiroso quien aquí habla. Bien sabe que lo contrario es conocido por todo el mundo.

Esto se ha dicho de las imágenes, según la estricta ley de Moisés; no con la intención de defenderlas, como queda aclarado suficientemente. Pero no permitiré a los espíritus asesinos que creen pecado y problemas de conciencia donde no los hay y maten el alma sin necesidad. Pues, aunque de por sí lo relativo a las imágenes es un insignificante asunto externo, sin embargo, se vuelve el más importante cuando por él se quiere cargar con pecados las conciencias, como si fuera ley de Dios, porque pervierte la fe, profana la sangre de Cristo, condena el evangelio e invalida todo lo que Cristo nos ha ganado. Esta abominación de Carlstadt no es menor para destruir el reino de Cristo y la buena conciencia que lo ha sido el papado al prohibir la comida y el matrimonio, que estaba sin pecado y libre. Comer y beber es también una fútil cosa externa. Sin embargo, mata el alma, si en ella se enredan las conciencias con leyes.

Por esto, cada cual puede notar quién de nosotros dos enseña el modo más cristiano. Yo quiero que las conciencias y almas estén exentas y libres de pecados, lo cual es una función pastoral evangélica verdaderamente espiritual. Carlstadt, en cambio, quiere prenderlas con leyes y cargarlas con pecados sin causa alguna. Sin embargo, no lo hace con la ley de Dios, sino con su propio arbitrio y malicia. No sólo está lejos del evangelio; ni siquiera es un maestro mosaico. No obstante, siempre exaltan la palabra de Dios, como si por esa misma razón fuera ya la palabra de Dios, por el hecho del que se pueda decir palabra de Dios. Por regla general, no valen nada, los que exaltan de gran manera la palabra de Dios como, por desgracia, lo han hecho hasta ahora con nosotros nuestros tiranos.

Para hablar de las imágenes según el evangelio, digo y declaro que nadie está obligado a destruir con violencia las imágenes de Dios. Por el contrario, todo es libre y nadie comete pecado salvo que las rompa por la fuerza, pero sí está constreñido por la palabra de Dios, es decir, a destruirlas, no con la ley a la manera de Carlstadt, sino con el evangelio, enseñando e iluminando las conciencias que es idolatría adorarlas o confiar en ellas, porque uno debe fiarse sólo en Cristo,

y después abandónelas también externamente. Dios quiere que sean destruidas, se desmoronen o permanezcan intactas. Para él es lo mismo y nada le importa, igual como si a las serpientes se les hubiera quitado el veneno. Esto lo digo otra vez para mantener las conciencias libres de leyes sacrílegas y pecados fingidos. No es que quiera defender las imágenes o juzgar a los que las rompen, especialmente a los que destruyen las imágenes de Dios y las que se adoran. Las efigies de conmemoración o de testimonio, como las crucecitas y los cuadros de los santos, se deben tolerar también por la ley, como hemos demostrado arriba basándonos en Moisés. No hay que ser sólo indulgentes con ellas, sino las mismas son también laudables y decorosas, porque servirán de memoria y de testimonio como la piedra erigida por Josué y Samuel.

Por tanto, es loable y buena la destrucción o demolición de las imágenes en Eichen, Grirnmenthal y Birnbauh³, donde hay peregrinaciones a las imágenes (son imágenes verdaderamente idólatras y albergues del diablo). Pero que uno cometa pecado si no las rompe significa enseñar lo que no corresponde e impulsar a los cristianos a ir demasiado lejos. Ellos hacen lo suficiente si luchan y pugnan contra ellas con la palabra de Dios. Mas si me dices: "Sí, pero por quedar intactas, algunos se escandalizan y concurren". Yo contesté: "¿Qué puedo hacer yo? Soy cristiano y no tengo poder alguno en la tierra. Que pongan un predicador que rechace a la gente o que procure que las imágenes sean abolidas de manera ordenada, no con alboroto ni violencia".

Pues bien, vamos ahora al fundamento verdadero y diremos .que todos esos maestros de pecados y profetas mosaicos no nos enmarañen con Moisés. No queremos ni ver ni oír a Moisés. ¿Qué os parece, queridos espíritus revoltosos? Y diremos más: que todos esos maestros mosaicos niegan el evangelio, destierran a Cristo y anulan todo el Nuevo Testamento. Hablo ahora como cristiano a cristianos. Moisés, en efecto, ha sido dado únicamente al pueblo judío y no nos interesa a nosotros los paganos y los cristianos. Tenemos nuestro evangelio y Nuevo Testamento. Si con este ellos demuestran que las imágenes han de ser removidas, gustosos los seguiremos. Pero no toleraremos que por medio de Moisés nos transformen en judíos.

¿Qué os parece? ¿Qué será de esto? Sucederá que nos daremos cuenta de que esos espíritus revoltosos no entienden nada de la Escritura, ni de Moisés ni de Cristo. No buscan ni encuentran nada que no sea sus propias fantasías. Colocamos aquí el fundamento basándonos en San Pablo, 1ª Timoteo 1: "al justo (como lo es un cristiano) no fue dada ley alguna"; y en Pedro, Hechos 15: "¿Por qué tentáis a Dios poniendo sobre los discípulos una carga que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Pues bien creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos de igual modo que ellos". Con esta afirmación (como lo hace Pablo con la suya), San Pedro libera a los cristianos de todo el Moisés con todas sus leyes.

Sí —dices tú— referente a esto puede ser cierto respecto de ceremonias y disposiciones legales, es decir, lo que Moisés enseña del culto divino y régimen externo. Pero el Decálogo, a saber, los diez mandamientos, no quedan abrogados, porque en ellos no hay nada de ceremonias ni de derecho. Contesté: Yo sé muy bien que esto es una distinción antigua y común. Pero no es inteligente, porque de los diez mandamientos emanan y de ellos dependen todos los demás mandamientos y todo el Moisés. Pues Dios quiere ser el único, y no tolera otros dioses, etc., y por ello ha dado ceremonias tan variadas y numerosas o instituido cultos, por los cuales el primer mandamiento queda interpretado y se enseña cómo observarlo. También, por exigir obediencia a los padres, no tolerar el adulterio, homicidio, hurto y falsos testimonios, ha dado disposiciones de derecho y de régimen externo para que tales mandamientos sean entendidos y cumplidos.

³ Pueblos cercanos a Leipzig.

Por tanto, no es cierto que no haya ceremonias o cuestiones de derecho en los diez mandamientos. Están comprendidas en ellos y les son inherentes y deben estar ahí. Para indicarlo. Dios mismo ha insertado dos ceremonias con palabras expresas, a saber, las imágenes y el sábado. Podemos demostrar que esas dos partes son ceremonias y a su modo han quedado anuladas en el Nuevo Testamento. Se puede ver que el doctor Carlstadt en su libro acerca del sábado trata tan ingeniosamente del sábado como de las imágenes. Pues, San Pablo en Colosenses 2 habla franca y claramente: "No permitas que nadie os haga cargo de conciencia en cuanto a comida o bebida o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo; todo lo cual es sombra de lo que ha de venir". Aquí San Pablo deroga el sábado, nombrándolo y llamándolo la sombra pasada, porque ha venido el cuerpo que es Cristo mismo.

Lo mismo en Gálatas 4: "Guardáis los días, las lunas, las fiestas y los años. Me temo que quizás he trabajado en vano en vosotros". Aquí el apóstol llama trabajo perdido el guardar días y fiestas, entre las cuales figura el sábado. Isaías anunció anteriormente lo mismo, Isaías 66: "Y de sábado en sábado, y de luna en luna", es decir, cada día será sábado en el Nuevo Testamento, no habrá distinción de tiempo. Debemos estar agradecidos al bueno de Pablo y a Isaías que, tiempo ha, nos han liberado de los espíritus turbadores. De no ser así, tendríamos que estar sentados el día sábado apoyando la cabeza en las manos y aguardar la voz celestial, como ellos parlotean. Si Carlstadt sigue escribiendo acerca del sábado, el domingo tendrá que ceder al sábado, y deberá celebrarse este día. Por cierto, nos transformaría en todas las cosas en judíos, deberíamos circuncidarnos, etcétera.

Porque esto es cierto y nadie puede oponérsele: quien guarda una ley de Moisés como precepto mosaico o hace obligatoria su observancia debe acatarlos a todos como necesarios, como San Pablo, Gal. 5, concluye diciendo: "Quien se circuncida, está obligado a guardar toda la ley". Luego, también quien destruye imágenes o celebra el sábado, es decir, quien enseña que es preciso guardarlo, debe también circuncidarse y cumplir con toda la ley de Moisés. Ciertamente, si se hiciera lugar a estos espíritus, con el tiempo se verían impelidos a hacerlo y observarlo. Pero ahora por gracia de Dios hacen precisamente lo que Pablo dice en Gal. 6: "Los que quieren circuncidarse no guardan la ley ellos mismos, sino que sólo buscan gloria en vuestra carne". Así, los mismos destructores de imágenes no cumplen con la ley puesto que, fuera de pasar por alto los demás preceptos también hacen sin espíritu la destrucción, como una obra. Con esto pierden a Cristo, el cumplimiento de la ley. Solamente tratan de conseguir gloria en nosotros, como si hubiesen enseñado algo extraordinario y magistral.

Que lo relativo a las imágenes en el primer mandamiento es una ceremonia temporal lo concluye San Pablo al decir entre otras palabras, 1ª Cor. 8 47: "Sabemos que los ídolos no son nada en el mundo". Lo mismo dice de la circuncisión en 1ª Cor. 7: "La circuncisión nada es". Esto quiere decir que es facultativo y no obliga a conciencia alguna, pues él mismo en el mismo lugar está hablando precisamente de la libertad. Pero desafían tanto a San Pablo como a todos los ángeles al decir que es nada o libre lo que Dios manda tan severamente, como afirman los entusiastas. Porque el mandamiento de Dios no se debe estimar inútil o tener por nada, como dice Moisés en el Deuteronomio, porque en eso va la vida.

Dice, particularmente, que los ídolos no son nada en el mundo, es decir externamente, ya que los ídolos ante Dios no son ninguna futilidad, por ser los ídolos en el corazón: falsa justicia, vanagloria por las obras, incredulidad y todo lo demás que se encuentra en el corazón en lugar de Cristo y la fe en él. Es como decir que los judíos abominan de los ídolos externos en el mundo, mientras que dentro del corazón, ante Dios, están llenos de ellos. Lo mismo dice también en Rom. 2: "Tú que abominas los ídolos, arrebatas a Dios su gloria". Con estas palabras interpreta ingeniosamente el primer mandamiento, que reza: "No tendrás dioses ajenos delante de mí". Es

como decir: Los ídolos nada son ante ti y el mundo, pero no se permite que delante de mí, es decir en el corazón, los adores y confíes en ellos.

San Pablo deja a los Corintios en libertad frente a estas tres cosas y no las toma en cuenta, es decir, a los ídolos y su casa y comida, mientras los tres están prohibidos rigurosamente en el primer mandamiento y en los que derivan de él. Por eso, ciertamente es claro y queda demostrado con toda evidencia que lo relativo a las imágenes del primer mandamiento es una ceremonia temporaria que resulta abolida en el Nuevo Testamento. Porque si de buena conciencia puedo comer y beber lo sacrificado a los ídolos y vivir en la casa de ellos, como enseña San Pablo, también los toleraré y los admitiré, como no valiendo nada ni estorbando mi conciencia y fe.

Esto no sólo San Pablo lo enseñó, sino que en el Antiguo Testamento el profeta Eliseo, 2ª Reyes 5 lo demostró con un excelente ejemplo. También bajo la ley mosaica y en contra de ella (tal como nuestros espíritus facciosos quieren entender a Moisés) permitió a Naamán, príncipe de Siria, que adorase al verdadero Dios en el templo de Rimón, ídolo de Siria. Si se hubiera de guardar el primer mandamiento según la rigurosidad de Carlstadt, ni Naamán haría esto ni el profeta lo admitiría, ya que está prohibido severamente entrar en el templo de un ídolo y orar ante él, aun cuando se adore al Dios verdadero, puesto que Dios prohíbe a los judíos con rigor erigir ni imagen ni lugar sin su orden expresa, aunque se trate de su propio culto y adoración. Mucho más severamente veda que le sirvan y adoren ante dioses ajenos. De este modo se deduce de nuevo que tampoco en el Antiguo Testamento los verdaderos ídolos son nocivos, aunque uno adore exteriormente ante ellos, con tal de que sólo el Dios verdadero se venere con el corazón. Y nuestros entusiastas quieren atarnos y aprisionarnos con tanta dureza, a los cristianos libres, que no nos sería posible tolerar a ningún ídolo, sin pecado. Pero si los destructores de las imágenes no nos quieren mostrar benevolencia, rogamos, sin embargo, que muestren clemencia a nuestro Señor Jesucristo y no lo escupan diciéndole, como nos hacen a nosotros: ¡Puf!, ¡qué asco!, siervo de ídolos. Los tres evangelistas Mateo, Marcos y Lucas M escriben que tomó de los fariseos la moneda en la cual estaba acuñada la efigie del César, que se daba como tributo, y preguntó de quién era la imagen, mandando dársela al César. Si estaba prohibida toda clase de imágenes, los judíos no habrían debido entregársela ni usarla. Mucho menos Cristo debería tocarla y no censurarla, máxime tratándose de la imagen de un gentil. También debería haber pecado cuando en Mat. 17 mandó a Pedro sacar de la boca del pez un estatero⁴ y entregarlo como su tributo. En este caso, debe haber creado y hecho, en la boca del pez, la imagen en el estatero junto con la moneda. Creo también que el oro ofrendado a Cristo por los santos Reyes Magos habrá sido acuñado con imágenes, según la costumbre de todos los países. Lo mismo vale para los doscientos denarios, Juan 6, con los cuales los discípulos querían comprar pan, como también el dinero con que han comerciado todos los padres y santos.

Ahora bien; no deseamos otra cosa sino que nos dejen un crucifijo o una imagen santa para mirarla, para testimonio, para memoria, para señal, como era el retrato del mismo emperador. ¿No sería de la misma manera pecado para nosotros el tener un crucifijo o una imagen de María, como lo era para los judíos y para Cristo el tener la efigie del gentil y muerto César, miembro del diablo? Hasta el emperador había acuñado su imagen para su honra. Nosotros no buscamos honor alguno en el poseer o hacer una imagen. No obstante, según ellos somos tan severamente reprobados, sin que Cristo quede condenado por semejante abominación e imagen execrable.

Quizás aquí digas: ¿tú no afirmarás que esté abolido el primer mandamiento de que hay que tener un solo Dios? Tampoco hay que adulterar, matar ni hurtar. Contesto: hablé de las leyes

⁴ Moneda que equivale a cuatro dracmas.

de Moisés como leyes de Moisés. Porque lo de tener un solo Dios no 'fe solamente una ley de Moisés sino también una ley natural, como afirma Pablo al decir que los gentiles saben de la divinidad, que hay un Dios, Rom. 15. Esto lo demuestra también el hecho de haber establecido dioses e instituido cultos, lo cual habría sido imposible si no hubiesen sabido o no hubieran pensado nada acerca de Dios. El Señor se lo ha manifestado por las obras, etc., Rom. 1. No es extraño que los gentiles no hayan acertado al Dios verdadero y en lugar de él hayan adorado a ídolos. Los judíos también erraron y veneraban ídolos en lugar de Dios, aunque tenían la ley de Moisés. Y aún hoy faltan al Señor Cristo los que tienen su evangelio.

Por tanto, no es sólo precepto de Moisés no matar, no adulterar, no hurtar, etc., sino que es la ley natural inscrita en el corazón de cada cual, como Pablo enseña, Rom. 2. También Cristo mismo en Mateo 7 resume todos los profetas y leyes en esta ley natural: "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas". Lo mismo hace Pablo, Rom. 13, cuando incluye todos los mandamientos de Moisés en la caridad como también propiamente enseña la ley natural: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". De otro modo, si no estuviese escrita naturalmente en el corazón, hubiera que enseñar y predicar largamente la ley antes que la conciencia la aceptara. Debe uno encontrarla en sí mismo y sentirla. De no ser así, nadie se haría cargo de conciencia. Es cierto que el diablo ciega y se apodera de los corazones de manera que no siempre sienten tal ley. Por eso, hay que escribirla y predicarla hasta que Dios coopere y los ilumine para que la sientan en el corazón como lo dicen las palabras.

Si la ley de Moisés y la natural son la misma cosa, ella permanece y no es invalidada exteriormente, a no ser espiritualmente por la fe, lo cual no es otra cosa que cumplirla, Rom. 3. De esto no hemos de hablar ahora y se ha dicho lo suficiente en otra parte. Por tanto, lo relativo a las imágenes y el sábado y todo lo demás que Moisés estatuyó más allá y por encima de la ley natural, por no contenerlo la ley natural, queda libre, dispensado y abolido. Se le dio únicamente al pueblo judío en particular, tal como si un emperador o rey estableciera en su país leyes y ordenanzas especiales, como el Código del Antiguo Derecho Sajón⁵ en Sajonia. No obstante, las comunes leyes naturales valen y rigen en todos los países, como, por ejemplo, honrar a los padres, no matar, no adulterar, servir a Dios, etc. Por ello, que sea la ley de Moisés "el código sajón⁶ de los judíos" y no nos entremezclen con él a nosotros, los gentiles, así como en Francia no se observa el código sajón, pese a concordar con él en la ley natural. ¿Por qué se observan y se enseñan los diez mandamientos? Contesto: La causa está en que las leyes naturales no se han expresado en ninguna parte tan bella y ordenadamente como en los preceptos de Moisés. Por esto, con razón se toma el ejemplo de él. Yo quisiera que se aceptasen también algunas disposiciones más de la ley mosaica en asuntos seculares, como el mandamiento referente a la carta de divorcio, el año de jubileo es, y el año de reposo de la tierra, del diezmo, etc. Con estas leyes el mundo sería mejor gobernado que ahora con intereses, ventas y dispensas. Es como cuando un país toma el ejemplo de las leyes de otro. Por ejemplo, los romanos sacaron las doce tablas de los griegos. Pero que se celebre el sábado o el domingo no es preciso por el mandamiento de Moisés, sino que la misma naturaleza establece y enseña que de cuando en cuando se descansa un día para que el hombre y el ganado se restauren. Esta causa natural la establece también Moisés para su sábado con el objeto de instituirlo entre los hombres, como lo hace también Cristo, Mateo 12 y Marcos 3. Porque si sólo se lo observa a causa del descanso, es

⁵ Sachssenspiegel.

⁶ Der Sachssenspiegel.

claro que el que no necesita reposo, puede quebrantar el sábado y holgar en otro día como lo da la naturaleza. También debe santificarse con el fin de predicar y oír la palabra de Dios.

Hay en Moisés pasajes aún mejores, a saber, las profecías y las promesas acerca del advenimiento de Cristo, como dice San Pablo en Rom. 3. Lo mismo se encuentran en ellos la creación del mundo, el origen del matrimonio y muchos preciosos ejemplos de la fe, del amor, y de toda virtud. Por otra parte, se hallan ejemplos de la incredulidad y del vicio, de los cuales se aprende a conocer la gracia y la ira de Dios, que se han escrito no sólo a causa de los judíos, sino también para los gentiles. Hay en ellos muchos relatos de los incrédulos y paganos para que tales narraciones sirvan todas de ejemplo y enseñanza al mundo entero. Empero, la ley mosaica incumbe sólo a los judíos, a no ser que los gentiles voluntariamente se sometan a ella y la acepten, que son los que se llaman prosélitos. Así afirma San Pablo, Rom. 9, que a los judíos se les dio la ley, el testamento y las promesas. Y en el Salmo 147: "Ha manifestado sus estatutos a Jacob y sus leyes a Israel". No hace así con ninguna otra nación, ni le proclama sus derechos, etcétera.

También he visto y oído leer a los destructores de imágenes mi Biblia vertida al alemán. Por ello, sé que la tienen y la leen. Se nota en las palabras que usan. En estos libros hay muchísimas imágenes de Dios, de los ángeles, de los hombres y animales, principalmente en el Apocalipsis y en Moisés y Josué. Por tanto, les rogamos muy amigablemente que nos permitan hacer lo que ellos mismos están realizando; que pintemos tales imágenes en las paredes para conmemoración y para mejor entendimiento, ya que dañan tan poco en las paredes como en los libros. Es mejor que se pinten en las paredes: cómo Dios creó el mundo, cómo Noé construyó el arca, y otras buenas historias, en lugar de pintar cualquier cosa secular e impúdica. Quiera Dios que yo pueda persuadir a los señores y a los ricos que manden pintar toda la Biblia en el exterior y en el interior de sus casas ante los ojos de todos. Esto constituiría una obra cristiana.

Sé también, que Dios quiere que oigamos y leamos sus obras, sobre todo la pasión de Cristo. Pero si he do oírlas o recordarlas me será imposible no hacerme una imagen de ello en el corazón, pues aunque quiera o no quiera, cuando escucho sobre Cristo, se traza en mi corazón la imagen de un hombre que pende de una cruz, como se proyecta naturalmente mi cara en el agua cuando me miro en ella. Si no es pecado, sino que es bueno tener la imagen de Cristo en el corazón, ¿por qué será pecado tenerlo ante los ojos? El corazón vale más que los ojos y debe ser menos manchado con pecados, ya que en él se halla la verdadera morada y habitación de Dios.

Pero tengo que terminar, no sea que dé con esto a los destructores de imágenes motivo de no leer más la Biblia y quemarla. Además, se podrían arrancar el corazón del cuerpo, ya que son tan enemigos de las imágenes. Sólo lo indiqué para que se vea qué hace la razón cuando quiere ser sabia y maestra en las palabras y obras de Dios. Y, en cuanto a la jactancia del doctor Carlstadt de poseer la palabra de Dios y de tener que sufrir mucho a causa de ella, digo esto: En efecto, el diablo también debe padecer mucho a causa de la palabra de Dios, no por observarla, sino por pervertirla y fortalecer con ella su maldad y sus mentiras, como también procede el doctor Carlstadt inducido por la misma tentación.

Si tuviese tiempo, satisfaría mis deseos en la persona de Satanás, y rebatiría ante todo el mundo los pasajes de las Escrituras como los que fantasea en el librito de Carlstadt, para que tenga que avergonzarse. Porque realmente lo he sorprendido en esto, de modo que veo maravillado cómo Dios hace quedar en ridículo a Satanás. Mas tengo otra cosa que hacer. Quien por esta argumentación no quiera convencerse, que vaya y destruya imágenes durante toda su vida. Yo quedo dispensado.

Por último, daré un ejemplo de este asunto para ver si el doctor Carlstadt se reconoce un poco y se avergüenza de enseñar tan ingeniosamente a sus discípulos. Cuando estuve en

Orlamünde y traté de las imágenes con esa buena gente, demostrando con el texto de todos los pasajes que se aducían que Moisés habla de ídolos que se adoran, se presentó uno que pretendía ser el más inteligente de todos, diciendo: "Oye, te tutearé porque eres cristiano". Yo contesté: "Dame el tratamiento que quieras". Él habría preferido pegarme también. Estaba tan lleno del espíritu de Carlstadt que los demás no podían hacerlo callar de ninguna manera, y continuó diciendo: "Si no quieres seguir a Moisés tendrás que tolerar, no obstante, el evangelio. Has tirado el evangelio debajo del banco. No, no; debe salir, y no debe permanecer debajo del banco".

Yo dije: "¿Qué, pues, dice el evangelio?" Contestó: "Jesús dice en el evangelio —no sé dónde figura, mis hermanos lo saben bien— que la desposada debe quitarse el camisón, si quiere dormir con el desposado. Así se deben remover todas las imágenes para que nos liberemos de las criaturas y lleguemos a ser puros". Así habló. ¿Qué iba a hacer? Había caído entre los discípulos de Carlstadt y aprendí en esa oportunidad que destruir las imágenes equivale a quitar a la desposada el camisón, y esto figuraría en el evangelio. Semejantes palabras y la frase de "tirar el evangelio debajo del banco" lo había escuchado de su maestro, en el sentido de que quizá Carlstadt me ha culpado de que yo he ocultado el evangelio bajo el banco y que él sea el hombre que lo saque. Tal vana honra conduce al hombre a todo infortunio, habiéndolo arrojado de la luz en semejantes tinieblas, al punto de que da como motivo de la destrucción de las imágenes el quitarse la desposada el camisón, precisamente como si quedaran libres en el corazón de todas las criaturas al romper imágenes con alboroto. Pero, ¿qué sucedería si los desposados fuesen tan púdicos que mantuvieran puestos el camisón y el vestido. Por cierto, no les sería ningún estorbo si se complacieran de otro modo en estar juntos. Pero esto sucede cuando se pone en escena a la gentuza desordenada. Por la gran plenitud de espíritu se olvidan hasta de la disciplina y las costumbres cívicas. No temen ni honran a nadie, sino a sí mismos. Esto le place al doctor Carlstadt. Son lindos preludios para la sedición y rebelión, que no respetan ni poder ni autoridad. Con esto basta en cuanto a las imágenes. Creo haber demostrado con toda contundencia que el doctor Carlstadt no entiende nada de Moisés, y vende sus ensueños por palabra de Dios. Respeto menos a la autoridad constituida que al populacho desordenado. Dejo que cada cual juzgue por sí mismo si esto es útil para la obediencia o para la rebelión.

LA QUEJA DEL DOCTOR CARLSTADT DE HABER SIDO EXPULSADO DE SAJONIA

Hasta aquí hemos visto cuál es la palabra de Dios por la que el doctor Carlstadt se enaltece a sí mismo y se hace santo mártir. Ahora veremos la obra de Dios por la cual sufre tanta persecución y se gloria de ella, aunque yo habría preferido que él se hubiese callado y no me hubiera obligado a la necesidad de revolver sus asquerosidades. Empero, ya que ataca a los príncipes de Sajonia de modo que hasta el distintivo que llevan en la manga con toda honra provocan su burla (tan fuertemente busca el amargo encono del corazón un motivo de injuriar a la gente) debo defender el honor de mis clementes señores en cuanto sé de este asunto. Los príncipes de Sajonia por cierto habían merecido algo mejor del doctor Carlstadt que el agradecimiento expresado por él. Bien lo sabe. ¡Ahora, adelante! Lo dejamos pasar. Ya se arreglará.

Primeramente puedo decir que yo con el príncipe elector de Sajonia no he tratado nada de Carlstadt. En efecto, durante toda mi vida no he hablado nunca palabra alguna con el mismo

príncipe ni lo he oído hablar. Además, nunca vi tampoco su rostro, sino sólo una vez en Worms ante el emperador durante mi segunda audiencia⁷. Es cierto que por medio de Maestre Spalatin escribí frecuentemente e insistí sobre todo en que se pusiera coto al espíritu de Alstedt⁸. Pero no conseguí nada, al punto de que el príncipe elector me causó grave disgusto. Al fin, el espíritu por sí mismo huyó sin ser expulsado. Por eso, Carlstadt razonablemente debería haber respetado a semejante príncipe y haber averiguado el asunto mejor antes de denigrarlo en un libelo ante todo el mundo. Además, no es justo, y aun menos cristiano, vengarse de esta manera por medio de un libelo injurioso aunque fuese cierto que el príncipe elector lo expulsó. Habría sido preciso antes preguntar humildemente por el motivo, y hacer valer el derecho, y después callar y sufrir. Sería demasiado para mí, que según dicen soy mera carne, lo que por desgracia es verdad. Pero el excelso espíritu de Carlstadt no puede cometer injusticia ni errar. Él es el derecho mismo.

Con mi príncipe joven don Juan Federico⁹ hablé del asunto (lo reconozco) denunciándole el desafuero y la audacia de Carlstadt. Mas ya que el espíritu se muestra tan claro y blanco, enumeraré a continuación las causas (de algunas de las cuales, aún hoy los príncipes de Sajonia no se dan cuenta), por qué veo con agrado que el doctor Carlstadt esté fuera del país. Y si dependiera de mis ruegos, no podría retornar y estaría obligado a salir en caso de hallarse en el país, a no ser que se convierta en otro Andrés, para lo cual Dios lo ayude. Si el Señor quiere, yo no lisonjearé a príncipe alguno. Pero mucho menos toleraré que se provoque rebelión y desobediencia entre la plebe en menosprecio de la autoridad secular.

Y primero va mi sumisa exhortación y mi ruego a todos los príncipes, señores y autoridades (como antes escribí contra el espíritu de Alstedt) que procuren con seriedad que a los predicadores que no enseñan con tranquilidad, sino que se traen la gentuza, y, a espaldas de la autoridad secular y con su propio puño y petulancia, destruyen imágenes y demuelen iglesias, se los destierre sin más del país o se les trate de tal modo que se vean forzados a abandonarlo. Con ello no quiero poner obstáculos a la palabra divina, sino deseo poner solamente coto y medida a los alborotadores entusiastas y espíritus sediciosos, lo cual corresponde a la autoridad secular. Pero, especialmente me refiero al doctor Carlstadt y su turba, puesto que es testarudo y simplemente no acepta consejos. Por lo contrario, todavía justifica y defiende su rebelión.

Esta es mi causa y motivo. Oímos arriba que el doctor Carlstadt y semejantes destructores de imágenes no aplican el mandamiento de Moisés a la autoridad ordenada, como debe hacerse, sino a la muchedumbre desordenada. Por cierto, éste no es ningún espíritu recto y bueno. Porque, como dije, donde la muchedumbre tiene el poder y el derecho de ejecutar un mandamiento de Dios, le debe conceder también que ejecute todos los mandamientos. En consecuencia, debe matar a los asesinos y castigar a los adúlteros, ladrones y pillos, sea quien fuere que lo descubre primero. Con ello cae por tierra, tribunal, juicio, poder y toda autoridad. Sucede lo que se dice: Cuando al pillo se la da la mano, toma todo el brazo. ¿Para qué han sido instituidos los señores superiores? ¿Por qué llevan la espada, si la chusma ha de intervenir torpemente y actuar por sí misma?

Después tomará más incremento. Considerarán que deben matar a todos los impíos, pues así lo prescribe Moisés, Deut. 7, cuando manda romper los ídolos y estrangular sin misericordia alguna a la gente que tuviera semejantes ídolos en Canaán. Esta matanza ha sido ordenada tan

⁷ 18 de abril de 1521.

⁸ Referencia a Tomás Münzer.

⁹ Duque Don Juan Federico, hijo del elector Juan el Constante (1503-1554) más tarde el elector de Sajonia (1532-1547). Lutero tuvo una entrevista con el joven príncipe después del traslado de Carlstadt de Orlamünde cuyo resultado influyó en su expulsión en setiembre 1524.

rigurosamente como la destrucción de las imágenes, mandamiento que estos espíritus turbulentos tan tercamente aducen e insisten en él. Empero, Moisés mandó esto al pueblo que tenía por príncipe a Josué y disponía de muchas autoridades y era una nación bien ordenada. Además, la orden no valía para todos los impíos, sino sólo para los gentiles de Canaán, que por el juicio de Dios, habían sido entregados a la muerte por ser impíos, como el texto dice claramente, exceptuando a los edomitas, a los moabitas y a los amonitas, que también eran impíos. De esta manera, la obra de Dios se realizó por la autoridad ordenada del pueblo, y se extendió a los que Dios, y no los hombres, había sentenciado públicamente y ordenado matar.

Empero, nuestros espíritus asesinos —ya que aplican el mandamiento de Moisés al populacho, no teniendo por otra parte el juicio de Dios contra los impíos, sino juzgando ellos mismos que los que tienen imágenes son impíos y merecen la muerte—, se ven impelidos a rebelarse, asesinar y matar, como si se tratase de una obra que les ha mandado Dios. Tomad un ejemplo del espíritu de Alstedt, que ya había pasado de las imágenes a los hombres, incitando públicamente a la rebelión y matanza en contra de toda autoridad. ¿Cómo podría proceder de otra manera? Tenía que enseñar así. Porque, habiendo pedido al diablo por padrino, de modo que la plebe sin autoridad ordenada destruía las imágenes como por mandato de Dios, tuvo que seguir adelante e incitar al mandamiento accesorio, relacionado con el primero, y dar la orden de matar a la gente. Si yo tuviese la intención de destruir las imágenes como ellos, tendría que proseguir también, y mandar a matar gente, pues la orden persiste y sigue exigiendo su cumplimiento. Amados señores: al diablo no le interesa la destrucción de imágenes. Solamente quiere abrirse una brecha con la intención, de provocar en el mundo derramamiento de sangre y asesinato.

—Sí —dices tú—, el doctor Carlstadt no quiere el asesinato. Esto se observa en la carta que la población de Orlamünde escribió a la de Alstedt. Contesto que yo lo he creído también; pero ya no lo creo. No pregunto en adelante por lo que el doctor Carlstadt habla y hace. No es la primera vez que falta a la verdad. Me refiero al espíritu que poseen y que los impulsa. No es bueno y tiene la intención de asesinato y rebelión, aunque se agache y se incline al ver que no se le da lugar. Lo demostraré después. Pues —no lo quiera Dios— si el doctor Carlstadt se hubiera ganado una muchedumbre numerosa como tenía la intención de prepararla a las orillas del Saale y se leyera asiduamente la Biblia en alemán y el populacho empezara a ponerle delante de la nariz este mandamiento de matar a los impíos, ¿cómo se las arreglaría el doctor? ¿Cómo podría contenerlos? Aun cuando no estuviese dispuesto a consentir semejante acción, tendría que seguir en esta línea. Se rebelarían y vociferarían gritando: ¡palabra ce Dios, palabra divina! La palabra de Dios está firme, debemos poner, manos a la obra, como él grita tan severamente ahora contra las imágenes, palabra divina, palabra de Dios. Estimado amigo: no se debe tomar en broma al populacho. Por ello, Dios ha querido que haya, autoridad para que las cosas se hagan con orden en el mundo.

Aunque fuese cierto y yo tuviera que creer que el doctor Carlstadt no se propone asesinato y rebelión, debo decir, no obstante, que tiene un espíritu sedicioso y asesino, como era el de Alstedt, mientras que asista en la sacrílega destrucción de las imágenes y se atraiga la gentuza desordenada. Bien lo veo que no pega ni hiere, pero desconfío de él, porque lleva el cuchillo de asesino y no lo depone. Quizás espere el momento y el lugar, y haga entonces lo que temo. Pero entiendo por cuchillo de asesino la mala interpretación y el falso entendimiento de la ley mosaica, que procede del diablo y por el cual la gentuza se alborota y se pone insolente y soberbia.

Si dices: ¡Ah, no será tan obstinado, aceptará consejos y abandonará tales propósitos! ¿Quién? ¿El doctor Carlstadt? Es cierto que sabe decir las palabras con hermosura y propagar en sus escritos que está dispuesto a aceptar consejos y obedecer a uno que sepa mejor. Si habla en serio, yo me conformo. Pero, ¿cuándo hizo caso alguna vez a alguien y le obedeció? ¿En cuántas

oportunidades lo amonestó Felipe en Wittenberg que no alborotase tanto con la ley de Moisés, con las imágenes, con la misa y la confesión? Cuando yo regresé y prediqué contra su destrucción de imágenes y su misa, ¿por qué no la abandonó e hizo caso? Lo mismo, cuando el doctor Justo Jonás y el señor Teodorico de Bila intervinieron entre nosotros, ¿qué bien cedió entonces aceptando consejos? Me citó el juicio final por la misa de los entusiastas que él había establecido en aquel tiempo (¡que me ayude Dios!) con el gran Espíritu Santo. Ahora él mismo la condena y la cambia.

Asimismo, cuando en la fonda de Jena tratábamos del asunto y él se comprometió a defender su causa lo más rigurosamente, torció la boca y burlándose de mí dijo: "No me importas nada". Si no me aprecia a mí, ¿a quién de entre nosotros estimará? O, ¿para qué lo exhortaré mucho? Creo, no obstante, que me tiene por uno de los más eruditos de Wittenberg y, sin embargo, me dice en la cara que yo no soy nadie para él y simula que aceptará conejos. De igual forma escribe libremente por todos los países y juzga a la pobre Wittenberg que no es nada en comparación con él, y de nuevo nos llama papistas y primos del anticristo. Lo mismo en Orlamünde, cuando el maese Wolfgang Steyn, predicador del príncipe le rogó lo más suave y cortésmente al doctor Carlstadt que cediese, le contestó estirando los labios como si fuera príncipe del país. Sin embargo, el maese Wolfgang era delegado del soberano. Le debería haber obedecido, como si le hubiera mandado. Pero según él se debe respetar la autoridad como si fuera el populacho. Hay muchos otros trucos que demuestran su espíritu ágil.

Esto lo menciono para demostrar que son meras palabras falsas con que el doctor Carlstadt se ofrece a aprender, para atribuir honra y buena apariencia a su carácter obstinado, e injuriar tanto a los príncipes como a mí. Además, en asuntos divinos no es justo tampoco predicar y enseñar, y sólo después preguntar si es justo. O la doctrina es falsa o la pregunta es hipócrita. Si admito que habla en serio, pues bien, que deje de alborotar. Antes destaqué el asunto de las imágenes, de manera que pueda captar su error. ¡Que se haga aconsejar todavía y se aparte de los profetas celestiales! Todo queda arreglado y olvidado. Yo haré y concederé lo que puedo en cuanto a él. Quisiera tenerlo por amigo si él quiere. Si no lo desea, debo dejarlo en manos de Dios.

De la misma índole es su afirmación de que se ha ofrecido para disputar y que no se le ha permitido. ¡Dios mío! ¿Cómo puede un hombre hablar tan manifiestamente contra su conciencia? ¿Le habría negado yo o algún otro la disputación, no habiendo logrado los príncipes ni la universidad, con mucho escribir y rogar, que viniera a Wittenberg y se hiciera cargo de su predicación, sus lecciones y disputaciones, como era su deber y obligación? Además, añade que se le garantice el salvoconducto, como si estuviera en peligro en Wittenberg donde tenía su empleo y su actividad. Se lo apreciaba, o ¿quién le haría algún daño? Son meras palabras para engalanarse. Puede ser también que su conciencia haya sentido temor (ya que los impíos suelen temer donde no hay motivo para tener miedo) por haberse metido en bienes y derechos del príncipe del país en Orlamünde y habérselos usurpado. Pero también esto era infundado.

Si yo fuera príncipe, y un doctor me estuviese obligado a dictar clases y a predicar en mi ciudad o país, y se trasladase a otra parte sin mi conocimiento y conformidad, metiéndose atrevidamente en mis derechos y bienes, y yo le exigiese por mi persona y por mi universidad que cumpla con su deber, y si él hiciese lo que se le antojara, estando empleado por mí y a cuenta de mis bienes, y después escribiese una carta pidiéndome salvoconducto a mi ciudad para disputar donde yo lo había citado antes y él tenía la obligación de acudir, ¿qué contestaría yo, viendo que me tiene por tan insensato? Y si, al no enviarle respuesta alguna, publicase él un libelo contra mí, como si no le hubiera permitido disputar y oírlo, ¿qué debería pensar yo? Pensaría para mis

adentros: "En esa piel hay un pillo". No es que llame pillo al doctor Carlstadt. Quiero indicar solamente lo qué ocurriría en este caso a un príncipe del país en cuanto él también es hombre.

Pero la única desventura para este hombre fue el tener príncipes demasiado blandos. Fácilmente se hubieran encontrado príncipes que lo pasaran a cuchillo junto con su turba, si en su país cometiesen semejante cosa con tal desafuero y osadía. Quizá sea muy justo. Por ello, aconsejaría al doctor Carlstadt que dejara de injuriar a los príncipes y les agradeciera que tan clementemente lo dejaran escapar para que al fin no se vieran obligados a tratarlo con más rigor de lo que merece.

Una de las causas más serías es también el hecho de tener trato con los profetas celestiales. De ellos provino el espíritu de Alstedt, como bien se sabe. De éstos aprende, con ellos se junta. A hurtadillas rondan disimulados por el país y se reúnen en las orillas del Saale, donde pensaban instalar su madriguera. El impotente diablo no quiere ir a ninguna parte sino a nuestro pueblo, donde antes alcanzamos lugar y seguridad por medio del evangelio. Sólo quiere ensuciar nuestro nido y destruirlo, como hace el cuclillo con la curruca. Los mismos profetas afirman que hablan con Dios y Dios con ellos. Aseveran estar llamados a predicar. Sin embargo, ninguno se atreve a disputar y presentarse públicamente, sino que furtivamente se desperdigan y dan su veneno al doctor Carlstadt, quien lo esparce con lengua y pluma. Ya que no lo pudo hacer en Wittenberg, se fue al río Saale.

Estos profetas enseñan y sostienen también que deben reformar toda la cristiandad y establecer una nueva, de tal modo que deben estrangular a todos los príncipes e impíos para que sean ellos los señores en la tierra y vivan entre puros santos. Esto lo oí de ellos yo mismo y muchos otros. El doctor Carlstadt también sabe que son perturbadores y espíritu asesinos y que de ellos provino semejante desgracia. Esto le debería ser suficiente advertencia. Sin embargo, no evita el trato con ellos. Y desea que yo crea que él no quiere causar rebelión y asesinato. También cuando se lo reproché en Jena, él mismo lo confesó y lo defendió, explicando por qué no podía simpatizar con ellos cuando tenían razón. ¿Por qué no está del mismo modo de parte de nosotros o de los papistas cuando tenemos razón? ¿O no hay nada justo entre nosotros o entre los papistas? No; contra esos profetas no puede predicar ni escribir. Contra nosotros hay que predicar, escribir y enfurecer.

Si hubiese tal espíritu en el doctor Carlstadt, aun cuando fuese un hombre probo según el mundo y si hallase en el país de su príncipe semejante gente, él debería ser el primero en evitar su trato y en tenerlos alejados de sí y manifestarles simplemente que dejen tale? profecías. Si no, él debería escribir contra ellos, como yo lo hice contra el espíritu de Alstedt. Pues ya que se preparan y se dirigen a degollar y asesinar, no pueden provenir sino del diablo, aun cuando supiesen todas las artes y Escrituras. También el diablo conoce perfectamente la Biblia y Escritura a más de las otras artes. ¿No es una verdadera plaga que, a causa de semejantes espíritus, el populacho en todas partes se haya vuelto soberbio e intranquilo antes que los príncipes se enterasen de esto? Cuando oyen a un predicador que les enseña a estar tranquilos y obedecer a la autoridad, en seguida lo llaman adulador y lisonjeador de los príncipes y lo señalan con el dedo. Pero si uno dice: "Matad, no deis nada a nadie, y sed cristianos libres, vosotros sois el pueblo verdadero, etc.", entonces lo llaman verdadero predicador evangélico, que quita a la novia de Orlamünde la camisa y al novio de Naschausen¹⁰ los pantalones. No "ponen el evangelio debajo del banco" y no aprenden, sin embargo, quién es Cristo o lo que tendrían que saber de él.

Si un príncipe se enterase de que el doctor Carlstadt tiene relaciones con los turbadores y espíritus asesinos, por lo cual sus súbditos se vuelven soberbios y bulliciosos y además quisiese

¹⁰ Aldea cerca de Orlamünde.

justificarse y defenderse, ¿no habría llegado el momento de decirle: Si tú eres un animal de esa especie, márchate de mi país antes de que tenga que hablarte de otra manera? Pues, ¿qué cosa buena se podría esperar si tales profetas quedasen en el país en vista de que la semilla ya se muestra tan eficaz? ¿Puede acaso objetar en este caso que no fue amonestado, que no lo sabía y que no se lo había tratado con caridad? ¿Quién podría exhortarlos, ya que procedían tan sigilosamente esparciendo el veneno, de modo que nadie podría enterarse de lo que hacían? ¿No fueron amonestados suficiente y públicamente por mi escrito contra el espíritu de Alstedt? ¿Qué bien aceptaron consejos? Asimismo, ¿no sabían que yo condené a esos profetas con su espíritu como diabólico? ¿Qué resultado tuve? Sólo se volvieron más obstinados y con ardid se propusieron secretamente hacerme oposición.

¿Por qué escatimaron ellos mismos la caridad y desplegaron en su escondrijo tanta actividad contra nosotros? A nuestras espaldas escribieron en varios países contra nosotros y en el pulpito quitaron el pellejo sólo a los wittenberguenses sin habernos indicado nunca hasta ahora nuestro error. Wittenberg tiene la culpa; quiere comerse el espíritu. En lo demás, todas las otras cosas del mundo están en orden. Y lo hacen esto bajo la protección de nuestro príncipe, en nuestro nombre y lugar. Pero cuidaos, espíritus malos y airados. Se trata de esto. Wittenberg ha crecido demasiado para vosotros. ¡Plega a Dios que tengáis que tragar y sofocaros por ella! Conocemos a Satanás. Aunque dormidos descuidásemos algo por ser hombres, no conseguiréis nada. El que nos guarda y vigila no se adormecerá ni se dormirá. En esto confiamos.

Creo que al doctor Carlstadt lo ha llevado a esta miseria y desgracia el hecho de que hizo sus cosas sin vacilación, abandonando temerariamente su llamado. Se metió en Orlamünde como un lobo. Por esto, no fue posible que realizara algo bueno. Estaba instituido en la fundación y en las rentas del príncipe en Wittenberg, como arcediano, para predicar la palabra de Dios, pronunciar discursos y disputar. Para esto lo había llamado Dios, y él se había obligarlo a ello. Efectivamente, lo hizo algún tiempo con provecho y honra y era muy estimado y considerado. No puede afirmar otra cosa. El príncipe elector lo favoreció más que a muchos otros. Entonces llegaron los profetas asesinos y lo volvieron furioso y alborotado, de modo que quiso enseñar algo mejor y más especial de lo que Dios enseña en la Biblia.

Entonces partió sin motivo, y se fue a Orlamünde, sin conocimiento y voluntad del príncipe y de la universidad, y expulsó al párroco local que estaba instalado por orden del príncipe y por el derecho de la universidad y se apoderó de la parroquia por propia fuerza. ¿Qué te parece este proceder? ¿Coadyuva a la obediencia tranquila a la autoridad o a la insolente rebelión entre el populacho? Se pone de manifiesto el espíritu de que estoy hablando. Pues el mismo espíritu que tragó semejante correa sería también capaz de comerse un cuerpo entero, si tuviese oportunidad. Quien se atreve a meterse osada e insolentemente en los bienes, el derecho y orden de un príncipe del país a plena vista, ¿qué cometería a espaldas del príncipe si tuviera oportunidad? Esto se llama temer y respetar la autoridad. Así se debe enseñar a la multitud con palabras y obras para que el sacerdote sea como el pueblo, según dice Isaías 24.

Aunque el diablo reviente, no podrá negar que los príncipes de Sajonia están instituidos por Dios en autoridad secular y que el país y la gente estén sujetos a ellos. ¿Qué espíritu será el que desprecia tal orden divina? Procede con osadía y violencia, trata los bienes y el derecho del príncipe como si fueran suyos. Ni siquiera mira al príncipe ni lo saluda como si fuese un zoquete y él mismo fuera príncipe del país. ¿No debería temer un espíritu bueno un poco más el orden de Dios? Ya que los bienes, la prebenda y la tierra corresponden al príncipe, sería su obligación pedir humildemente licencia para ausentarse y renunciar a sus deberes y solicitar el permiso de instalarse.

Sin embargo, el doctor Carlstadt abandona sus deberes en Wittenberg a espaldas del príncipe. Priva a la universidad de la predicación y lección y de todo a lo que estaba obligado por la fundación del príncipe. No obstante, se queda con el sueldo o las rentas sin nombrar a otro en reemplazo. También quita de la universidad la parroquia en Orlamünde. Expulsa al que no había puesto ni tenía derecho de poner ni de exonerar. ¿Por qué? Algunos opinan que lo hizo para sacar más provecho. Confiaba en la benignidad del príncipe, que fácilmente no castiga. Creo que, entre otras causas, también estaba la de que los profetas buscaban allí a orillas del Saale un lugar y un escondrijo donde tuvieran oportunidad de esparcir su espíritu y su veneno, ya que en Wittenberg a la larga no podían ocultarse y escamotear en la oscuridad.

No puede objetar tampoco que no haya podido quedar en Wittenberg a causa de la herejía, ya que gracias a Dios, tenemos ahí el evangelio puro y bueno. Aunque no fuese así, por ello no estaría obligado a la impiedad. Tenemos que estar en este mundo bajo el diablo y sus miembros. Mas, por eso, no debemos transformarnos en diablos y sus miembros. Así el doctor Carlstadt quedó absolutamente libre en todas las cosas. Tenía que tratar de la palabra de Dios y dejar hacer a los demás sacerdotes lo que quisiesen. Aun cuando en Wittenberg hubiera puros diablos, no debería irse por ello, a espaldas del príncipe, sin licencia ni permiso, conservando, sin embargo, las rentas que provienen del príncipe y metiéndose osadamente en sus bienes en otro lugar.

No puede decir tampoco que se fue a Orlamünde impulsado por misericordia para enseñar a las ovejas errabundas. La universidad había provisto para esta parroquia un pastor cristiano, a saber, Maese Conrado, quien conocía y enseñaba rectamente el evangelio y aun cuando eso no fuera así, debería solicitar el permiso de la autoridad. No se debe hacer mal ni siquiera por amor de Dios, Romanos 3. Se trataba únicamente de que el mal espíritu encontrara lugar y oportunidad de esparcir su veneno, como ya expuse, para que nos volviésemos maestros especiales y nadie nos igualase.

Pero si no buscaba dinero ni lugar donde acumular su veneno, sino únicamente la honra de Dios, ¿por qué no eligió otra población en la cual no encontrase semejante renta y donde fuese más necesario predicar la palabra de Dios y que quedase más cerca? Empero, no convenía ni al espíritu ni al vientre. Pero si su desafuero se ha debido a vocación interior de Dios, es preciso que él lo demuestre con señales milagrosas, ya que Dios no quebranta el antiguo orden por uno nuevo sin acompañarlo con grandes prodigios. Por ello, no se debe creer a nadie que, apoyándose en su espíritu y su sentimiento interior, ataca exteriormente el acostumbrado orden de Dios a no ser que realice milagros, como Moisés lo indica en Deut. 18.

Mas si él y los de Orlamünde protestan que lo eligieron cura párroco y, por tanto, lo llamaron externamente, contesto que no me importa que lo cogieran después. Me refiero a los primeros pasos. Que presente las cartas que demuestran que la gente de Orlamünde lo reclamó de Wittenberg y que no se fue él mismo para allá. Estimado amigo, si eso es un "llamado" que me vaya a otra ciudad, abandonando mis deberes y obediencia, y luego arreglo las cosas astutamente persuadiendo a la gente a elegirme a mí y expulsar a otros, yo afirmo que no hay principado suficientemente grande en el que yo no llegaría a ser príncipe, expulsando a los soberanos actuales. ¡Cuan fácil es persuadir a la gente! Esto no es un llamado; es causar rebelión y sedición, y menospreciar la autoridad.

Los de Orlamünde no tenían tampoco derecho a elegir a un párroco donde el sueldo correspondía a otro, ya que esto era privilegio del príncipe y al orden establecido por él. Ni el príncipe ni la universidad son tan malos cristianos como para cargarlos con sacerdotes impíos. Y aun cuando hubiese instituido a un nefario, cosa que no hizo, ellos no deberían meterse en el derecho, los bienes y el poder del soberano y, a espaldas de él, elegir a un párroco y dar rentas (que no eran suyas) a quien quisieran. Mucho menos él debería aceptarlo sin solicitarlo al

príncipe. Por lo contrario, como corresponde a súbditos, estaban obligados a quejarse y solicitar humildemente a los príncipes y la universidad, rogando por un párroco cristiano. Si él no quisiera aceptar, ellos después habrían tratado de hacer lo mejor posible. Pero ahora conspiran a espaldas del príncipe, eligen y hacen nombrar a un párroco como se les antoja. Proceden como si les importase un bledo sus naturales señores hereditarios y príncipes, cuyos bienes y derechos osadamente arrebatan y los hacen suyos. Por ello, Carlstadt y los de Orlamünde habrían merecido un buen y fuerte golpe que sirviera de escarmiento a las demás turbas para que supiesen que tienen señores y no son ellos mismos dueños del país. Pero para la buena gente de Orlamünde pido perdón y disculpa. Eran demasiado débiles frente al espíritu insensato del doctor Carlstadt. Los aturdió con sus ademanes humildes y su grandilocuencia, como suele hacerlo, de manera que no se dieron cuenta de que estaban actuando contra su propio soberano. Pero al doctor Carlstadt, ya que es poseso de espíritu de rebelión, creo haberle contestado con esto, ya que en ese procedimiento se nota perfectamente que no descansa hasta atraerse a la pobre muchedumbre y destruir la autoridad secular.

Además, todo esto se le habría perdonado en honor del evangelio si no se hubiera atrevido a defender tercamente tal proceder. Cuando la universidad, por orden del príncipe, le escribió exigiendo que cumpliera su deber y atendiese su oficio en Wittenberg, ¿creéis acaso que mi querido Carlstadt se hizo presente? Incitó a la pobre gente a contestar a la universidad de una manera soberbia y atrevida, con exceso. Llamaron a la universidad papista y no sé qué más. Nada era evangélico sino lo que hablaban y hacían el doctor Carlstadt con la gente de Orlamünde. Ahora dime, piadoso lector, ¿los príncipes de Sajonia no han tenido bastante paciencia con este espíritu loco e insensato? ¡Sí, por desgracia, demasiada! Si hubiesen sido más prontos a ejercer su espada, el populacho a orillas del Saale hoy en día estaría más quieto y disciplinado, y el espíritu no se habría arraigado.

Ya que al asunto no terminó ahí, sino que él con toda irreflexión daba con la cabeza contra la pared, teniendo en poco a los príncipes y la universidad, fui yo al Saale por orden del príncipe y prediqué contra tal movimiento perturbador en la mejor forma que pude. Entonces también me recibió el diablo, como desde hacía tiempo lo había merecido bien de él. ¡Cómo resolló, se apresuró y agitó entonces! Se portó como si hubiera venido Cristo queriendo expulsarlo. También el doctor Carlstadt me sorprendió, estando a la mesa, con corazón suave y palabras amables, de modo que en seguida reconocí el espíritu que hablaba en él. Al fin, advertí a mi joven señor, el duque Juan Federico, que su merced no podía tolerar el movimiento, puesto que trataban de rebelarse sin reconocer la autoridad. Esto es lo que sé del asunto y nada más.

¿Qué diré? No hay seriedad ni verdad en lo que emprende este espíritu. Ellos mismos no creen en lo que dicen ni cumplen con lo que prometen, sino sólo que el diablo trata de causar infortunio en el mundo. El doctor Carlstadt, cuando últimamente estaba en Wittenberg, de buen grado accedió a renunciar a la parroquia, porque se dio cuenta de que no había otra solución, y prometió regresar a Wittenberg. Si hubiera estado seguro de haber recibido un llamado como pastor no debía haberlo entregado, y antes perder la vida, ya que hasta entonces había luchado y se había defendido. El llamado divino no debe abandonarse, ya que se jactan de tener pura comunidad con Dios.

Empero, la intención fue la siguiente: opinaba que había esparcido bastante su veneno y que la miseria había arraigado con suficiente profundidad y fuerza. Ya que el populacho le era adicto, lo que por desgracia es verdad, pensaba quedar de todos modos allí, como párroco, aunque pesara a los príncipes y a la universidad, esta aparente entrega de la parroquia no causaría perjuicio, ya que la gentuza estaba adiestrada de tal manera que nadie que viniera después de él, podría tratar con ellos, de modo que, al fin, los príncipes transigirían, como se ha dicho incluso

públicamente. Este espíritu cree que Dios no ve y no conoce semejantes intrigas sediciosas y taimadas, y quiere cuidar secretamente sus intereses antes que alguien se percate de ello. Bien; nosotros los hombres perdemos fácilmente una oportunidad, pero este espíritu realmente la malogró. Pues Dios ha sido más sabio que él.

Muy a pesar mío, me vi obligado a hacer esta exposición extensa porque el espíritu odioso quería aparentar como bueno, con baldón de los príncipes de Sajonia, de los cuales, sin embargo, tiene honra y bienes. Además creo, si no hubiese huido tan cobarde y precipitadamente, sino hubiera tenido una buena conciencia para preguntar a los príncipes por las causas, éstas y otras más que yo quizás ignoro, se le habrían indicado. Además opino que el país pertenece a los príncipes de Sajonia y no al doctor Carlstadt, quien es sólo un huésped y no tiene nada. Los príncipes no quitan a nadie lo que es suyo. No obstante, si no quisieran ver a alguien en su país por causas secretas, creo que no están obligados a manifestar a cualquiera los motivos y a pleitear con él. Los príncipes tienen que ocultar muchas cosas y mantenerlas en secreto. Si un dueño de casa no tuviese derecho y poder de hacer salir a un huésped o un criado sin indicarle antes las causas, y se dirigiera a los tribunales, sería un pobre dueño de casa preso en su propia posesión, y el huésped mismo sería dueño de la casa.

En esto no piensa este espíritu, y precipitadamente ataca a los príncipes con ignominia pública, como si fuera su socio y compañero, y él también soberano en tierra de Sajonia. Porfía con ellos el derecho a sus propios bienes. ¿Qué se contestará a un hombre tan insolente y atrevido? Se dirá lo que el padre de familia manifestó en el evangelio: "Amigo, no te hago agravio, toma lo que es tuyo y vete". ¿No puedo yo hacer con mis bienes lo que quiero? Este sinvergüenza bisojo quería saber también los motivos y el derecho por qué el dueño de la casa dispuso de sus bienes según su voluntad. ¡Oh, espíritu taimado, tú no puedes ocultar tus intenciones! Quieres ser dueño, y que se llame derecho lo que tú pretendes y haces. Esto es la suma de todo.

¿Qué te parece? ¿No es una linda y novedosa humildad espiritual? Viste traje gris y sombrero de fieltro. No quiere que lo llamen doctor, sino hermano Andrés y querido vecino, como un paisano cualquiera. Está sujeto al juez de Orlamünde y le obedece como un simple ciudadano. Con humildad elegida por él y con sumisión no mandada por Dios, quiere que se lo considere y honre como cristiano especial, como si la esencia cristiana consistiera en semejantes bufonadas. Y mientras tanto, trabaja y procede contra el deber, la honra, la obediencia, el poder y el derecho del soberano y la autoridad secular, instituidos por Dios. Este es el supremo arte novedoso de Dios, procedente de la voz celestial, que nosotros en Wittenberg, que enseñamos la fe y la caridad, no entendemos ni podemos conocer. Este es el bonito "desbaste", el "estudio", la "admiración" y la "espera" y lo que hay más de bufonerías diabólicas.

LA MISA

Con esto queden contestados los libros del doctor Carlstadt, sean uno o tres. Ahora nos ocuparemos en el escrito que trata de la misa, para llegar debidamente al sacramento. No sé qué quiere conseguir con hacer tantos folletos de un mismo asunto. Podría resumir en un solo pliego mientras que echa a perder diez. Quizá le guste oírse hablar a sí mismo como a la cigüeña le

agrada su castañetear. En sus escritos no hay luz ni forma. Uno preferiría abrirse camino por setos y arbustos antes que leer sus libros. Pero se trata de una señal del espíritu. El Espíritu Santo debe hablar de una manera sutil, clara, ordenada e inteligible. Pero Satanás murmura y mastica las palabras en la boca y divaga del tema de tal modo que cuesta trabajo percatarse a qué se refiere.

El doctor Carlstadt había advertido muy bien que nosotros los wittenberguenses, habíamos actuado con gran seriedad, con escritos y hechos, contra la misa en cuanto a sacrificio y buena obra. Naturalmente, fuimos los primeros. Quizás haya temido que obtuviéramos honra con ello, y pecáramos por mero honor. Y pensaba entonces reprimirnos, diciéndose: ¿Qué hago para propalar rumores acerca de que todos los escritos y hechos de los wittenberguenses referentes a la misa no valen nada, y se propague la calumnia de que consideran a la misa como sacrificio y buena obra, para que yo sólo sea el héroe que reveló al mundo que la misa no es sacrificio? Haré lo siguiente: No tomaré en cuenta lo que escriben, profesan o hacen. De otro modo, no me destacaría como campeón. Es demasiado evidente. Los acusaré de que la llaman misa, lo que significa sacrificio, y que elevan el sacramento como si lo sacrificaran. Después podré afirmar que los wittenberguenses están muy equivocados, y con ellos el pobre obispo de Zwickau los.

¡Pues bien! Por nuestra parte, debemos estarle agradecidos por el favor, y procurar que la mera honra tampoco descarríe al rico vagabundo y predicador sin llamado, que es Carlstadt. Hemos de responder del nombre de la misa y de la elevación del sacramento para que de ello tenga más deshonor que honra. No sería preciso contestar tales simples niñerías y necedades, sino para que se vea que no le quedó al doctor Carlstadt ninguna chispa buena de recto entendimiento, a fin de que cada cual sepa cuidarse del espíritu insensato y no confíe en sus palabras altisonantes. No tienen fundamento. Son acechanzas engañosas para enredar las conciencias con meras bufonerías innecesarias.

Primero, nos vilipendia a causa del nombre, ya que llamamos al sacramento misa, y nos tilda de verdugos y asesinos de Cristo y otras palabras horribles; que somos peores que los papistas, puesto que misa en hebreo significa sacrificio. No nos vale nada que luchemos y hayamos lidiado con toda seriedad en el sentido de que la misa no es sacrificio. Es también ante el mundo cosa vergonzosa, pueril y mujeril contender sobre palabras, estando de acuerdo en cuanto al asunto de que se trata. Pablo lo prohíbe y los llama ^{λοιομαχος} guerreros de palabras y reñidores, etcétera. Empero es el diablo, como dije ya, quien por medio de la cabeza de Carlstadt quiere cargar las conciencias con pecados y tremendos peligros en cosas que de por sí son libres y no encierran pecado. Por ello, no se da tregua, sino que deprava buenas conciencias y mata a las almas que han de vivir, como dice Ezequiel 13.

Segundo. Si bien fuese cierto que la misa se llamara sacrificio y hubiese una vena buena en el doctor Carlstadt, tendría que decírnoslo y exhortarnos antes de cargarnos públicamente ante todo el mundo con tan grande vicio. Ya que con los hechos negamos y pugnamos que la misa no es sacrificio, en todo caso era de esperar que gustosos omitamos también el nombre, si nos instruyeran que con esto hacemos de ella un sacrificio. ¿Dónde queda el amor fraternal en tan alto espíritu? ¿No es pecado en esos santos injuriar al prójimo, tan terrible e ignominiosamente sin causa alguna? Mas se ve que el doctor Carlstadt está plagado de ceguera. No advierte ni reconoce tamaño pecado y quiere gravar a todo el mundo con pecados grandes, falsos y fingidos. Esto significa, a mi parecer, tener la viga en el ojo propio y querer sacar la paja en el del hermano.

No he sabido nunca y todavía no sé que misa signifique sacrificio. Que me perdone el doctor Carlstadt. No entiendo mucho del hebreo. Sin embargo, puedo decir y juzgar más el idioma que él. Traduje al alemán casi toda la Biblia sin encontrar que misa quiera decir sacrificio.

Por tanto, creo que lo vio escrito en la chimenea. O inventó recientemente su propia lengua hebrea como igualmente puede fingir pecados, leyes y malas conciencias. Quizás hable así la voz celestial. Si alguien no supiese un idioma sería mejor que no se vanagloriara de él y diera honra a los que lo dominan. Así no puede decirse: "Miren qué asno pomposo es éste", sobre todo si quiere fundamentar artículos de la fe, como en este caso lo hace Carlstadt. Viene furioso diciendo: He soñado que misa significa en hebreo sacrificio. Por ello, los wittenberguenses prenden a Cristo, lo ahorcan, lo asesinan, lo flagelan, lo crucifican. Son peores que Caifás, Judas y Heredes, porque hablan de misa. ¡Despacio, despacio!, querido espíritu perturbador, si se tratase de un juego carnavalesco iría seguramente el diablo.

En mi lengua hebrea encuentro que mas significa "impuesto" o "tributo" que anualmente se daba al gobierno, como en Gen. 49: "Isacar sirvió en tributo"¹¹, y en los libros de los Reyes se dice con frecuencia que un país y su población se volvieron tributarios de los hijos de Israel. Por esto Moisés llama una vez en Deut. 16 misa, no al sacrificio, como sueña el doctor Carlstadt, sino a las primicias de fruto que debían llevarse en Pentecostés voluntariamente a los sacerdotes como contribución anual. Por eso debían mediante él ofrecer y agradecer al Señor y confesar que tales frutos y la tierra los tenían del Señor, como muy bien enseña Deut. 26. Así todo inquilino pone de manifiesto, pagando su tributo, que tiene tal dinero o propiedad del señor feudal. El sacrificio no es tributo. No había sido ordenado como tal. Además, el sacrificio se debía carnear y quemar. Misa y sacrificio pegan como guitarra en un entierro. Yo por necesidad he tenido que traducirlo en Deut. 16 por "sacrificio voluntario". Pero esos espíritus que tienen la voz celestial por privilegio, por cierto no toman en cuenta mi traducción.

Así los apóstoles y los primeros cristianos, a los cuales aún era familiar la lengua hebrea, llamaban al pan y el vino que reunían para el sacramento en hebreo *missa* a la manera judía. Una parte se bendecía para el uso sacramental, la otra se repartía para los servidores de la comuna y los pobres. Se habla por largo tiempo después también de colectas, del reunir en un solo punto, como refiere la historia Tripartita¹². De esta costumbre deriva el vocablo colecta que se conserva en la misa papista. Colecta y misa eran una misma cosa hasta que surgió la abominación e hizo de ello un sacrificio. Por tanto la palabra misa no se refiere al sacramento consagrado de que se trata entre Dios y los hombres, sino solamente el pan y el vino de que se dispone y que se reúne entre la gente. No se da ni se sacrifica nada a Dios, sino que los hombres lo reparten entre sí¹³.

¿Dónde quedáis ahora, estimado espíritu sedicioso y fingidor de pecados, con vuestra lengua hebrea? Decid: ¿por qué no debo llamar al oficio cristiano colecta o misa, como lo hicieron los apóstoles y primeros cristianos? Sí, confesad: ¿de dónde sacáis la mentira que nos culpáis por denominar misa al pan y al vino consagrados, si bien misa significa sacrificio? A todo el oficio se le aplica el nombre de misa. Se dice "durante la misa" o "en la misa se consagra el pan y el vino". Lo mismo "en la misa se recibe el sacramento". ¿Quién oyó a alguien decir alguna vez: "yo quiero recibir la misa" o "he recibido la misa" al recibir el sacramento? Nb sé si en alguna ocasión escribí o hablé así. Sea como fuere, esto lo sé bien que nosotros los wittenberguenses no enseñamos ni afirmamos que el sacramento es o se llama misa, aunque esto no encierra peligro alguno. De esto nos culpa este espíritu mentiroso por propia fantasía. Lo mismo, llama a la misa sacrificio por su propio ensueño para demostrar su osadía.

¹¹ Gn. 49: 14-15.

¹² Obra de Casiodoro, manual de historia de la iglesia usado en la Edad Media. Usaba para su obra los escritos de Teodoreto, Sozómeno y Sócrates.

¹³ La etimología de la palabra misa es problemática. Según la teoría generalmente aceptada se deriva de las palabras "te missa est", con las cuales en la iglesia antigua despedía el diácono a los catecúmenos antes de iniciarse la parte sacramental del culto. Du Cange, Glossarium latinitatis mediae et infimae.

¿Qué pasaría si los apóstoles hubiesen llamado también misa al mismo sacramento? Creo que se defenderían bien ante el espíritu perturbador diciendo: Así como los judíos debían llevar su misa, es decir, las primicias a los sacerdotes, con lo que no daban nada a Dios, sino que con esto confesaban y daban gracias a Dios, que tenían eso y toda la tierra de su gracia, así también nosotros hacernos lo mismo con el sacramento o la misa. No los celebramos solamente para dar o sacrificar algo a Dios, sino que con ello reconocemos y agradecemos a Dios que nos lo dio, a más de todos los bienes del reino celestial. Así rezan también las palabras de Cristo, que nos manda hacerlo en su memoria. Creo que con ello muy bien hubieran tapado la boca a este espíritu y lo hubiesen mandado a la escuela y a Moisés para aprender mejor la lengua hebrea, antes de blasfemar y condenar lo que no sabe ni entiende.

Lo digo como si estuviese discutiendo que la misa es voz hebrea. No me basé en esto. No importa que sea hebrea o no, si bien es muy parecida al hebreo. Empero, si se quiere hacer de ello un artículo de fe y gobernar las conciencias, se debe conocer con mucha más seguridad de lo que se sabe que misa es palabra hebrea. En la Escritura no figura nada de esto. De todos modos, para este imprudente espíritu perturbador ha de ser artículo cierto de la fe todo lo que se le ocurre y parece. Y después en seguida obliga, apremia y alborota a las pobres conciencias e inventa pecados donde no existen, como es el modo de toda su enseñanza y de su espíritu. Si fuese un espíritu bueno, debería previamente estar seguro de su causa y demostrar que la voz misa es hebrea antes de interpretarla hebraicamente. Además tendría que comprobar también que significa sacrificio. Por último habría de evidenciar que no se debiera llamar misa. No hace nada de todo esto, sino que solamente echa, sus propios espumarajos. Y todo esto nosotros lo debemos tener por artículos de fe.

Para retratar mejor al diablo, a fin de demostrar que no tiene motivos de mentir de esta manera, sino que toda su proposición es cosa rebuscada, supongo que misa se llame sacrificio y nosotros con palabras expresas denominemos, no al oficio sino al sacramento, sacrificio. (Nadal de esto se hace, sino que el espíritu perturbador miente con respecto a ambas afirmaciones.) ¿Qué pasaría? ¿Seríamos por ello verdugos y asesinos de Cristo, como el espíritu perturbador chisporrotea? ¿O seguiría de esto que tengamos al sacramento por sacrificio? Él mismo confiesa que no lo consideramos sacrificio. ¿Cómo puede mentir tan osadamente y decir que a la vez lo conceptuamos por sacrificio? Por supuesto, no podemos creer dos cosas contradictorias ni confesarlas en un mismo corazón.

Además diré: Ya que con corazón, lengua, pluma y obra públicamente confesamos que el sacramento no es sacrificio y, si a pesar de esto por imprudencia lo llamásemos misa, como si no supiéramos que misa significa sacrificio, ¿no nos juzgaría Dios más por el corazón y los demás indicios, ya que él mismo asevera que mira y enjuicia por el corazón y no por la apariencia, Isaías 11? ¿Nos condenaría según la apariencia y a causa del nombre, como el diablo lo hace por medio del doctor Carlstadt, quien por el aspecto exterior de un hombre inconsciente nos injuria tan ignominiosamente y no juzga mirando el corazón y todos sus frutos que probamos por los hechos?

¡Cuántas veces una madre llama putita a su hija, tanto por ira como por amor! ¡Con cuánta frecuencia titula un padre "pilluelo" o "pícaro" a un hijo! O llama a su hija putana, no sabiendo que esta palabra significa ramera, cuando realmente quieren decir una virgen. Si lo oyese el espíritu del doctor Carlstadt, ¡cómo estiraría los labios y prorrumpiría: Este padre y esta madre son del diablo, agravian a la criatura de Dios, asesinan, ahorcan, degüellan, y enruedan la noble virtud de la virginidad en su propia hija! Son peores que un patrón de prostíbulo o asesino. Seguramente manifiestan por el corazón y otras señales que la hija es una buena virgen. Pero ya que la denominan con las palabras putita o putaña, hacen ellos lo mismo que un patrón de una

casa pública que la incita a la prostitución. ¿Qué diría la madre a tal juez? Pediría que por Dios lo encadenasen como un orate furibundo. Lo mismo Carlstadt sabe perfectamente que no hablamos en serio. Aunque llamásemos sacrificio al sacramento, lo que no hacemos, no obstante él juzga que lo tenemos por sacrificio e insulta con tanta osadía. Sé que busca solamente una causa para injuriarnos por mera petulancia.

La envidia y la ambición han hecho tan insensato a este hombre y se han apoderado de tal manera de él, de modo que no se percata de que el corazón da el nombre a la obra y no viceversa. Si el corazón es recto y bueno, no importa el nombre, sea cual fuere, no produce ningún daño. ¿Cómo podría haber un sentido bueno y recto para tratar de las Escrituras o de las cosas divinas en una cabeza que es de juicio tan trastocado que perdió hasta el sentido común de la razón humana? No sabe que se deba juzgar todo por la intención y los frutos del corazón y no por el nombre y la apariencia, como enseñan también todos los derechos naturales. En tal maestro se fíe quien quiera, que él sea capaz de escribir recta y cristianamente sobre el sacramento. Ve todas las cosas por un vidrio de color y arguye de acuerdo con su corazón amargado y falso. Pero si lo sabe, y sin embargo escribe con tal disposición, es todavía mucho peor. Se nota claramente de esto que debe estar poseído. Pues un hombre que está en sus cabales, no procede a propósito en esta forma.

¿Qué pasaría si aún hoy en día continuamos llamando al sacramento, no misa, sino en lenguaje alemán claro, un sacrificio, sólo para desafiar al espíritu perturbador? ¿Crees que podemos sostenerlo ante él? Pensamos que todo lo que hicimos en Wittenberg y aún haremos debe establecerse por la gracia de Dios, de tal forma que el diablo con todas las infernales puertas y espíritus perturbadores puede impugnarlo, pero no ganará nada como hasta hoy ha sucedido. Ahora bien, vuelvo a llamar al sacramento nuevamente un sacrificio. No es que lo tenga por tal. Pero ya que el diablo, el dios de este espíritu perturbador, me quiere prohibir que le dé este nombre, yo haré justamente lo que él no quiere y dejaré de hacer lo que él espera de mí. Y para eso expondré también mis causas y razones.

A San Pedro nombraré pescador pecaminoso, como él mismo se llama en el evangelio, y manifestaré que San Pedro, el pobre pescador, convirtió al mundo con su evangelio. San Pablo, el perseguidor de la cristiandad, se transformó en maestro de los gentiles¹⁴. Santa María Magdalena, la pecadora, se volvió bienaventurada¹⁸, etc. Lo escribo para que el espíritu del doctor Carlstadt tenga un motivo de escribir más libros, aun cuando esto no se le ha mandado, y de tronar contra mí diciendo: "El predicador de altos pensamientos no de Wittenberg agravia la gracia de Dios y la sangre de Cristo y el Espíritu Santo porque llama pecadores a los santos. Si bien los considera santos en su corazón, pero con la pluma "chirría" de otra manera (según su modo alemán de hablar) en cuanto los tilda de pecadores, los tiene por tales, haciendo pecadores de ellos, asesina y ahorca a Cristo y derrama su sangre, etc., como el predicador vagabundo "de bajos pensamientos" suele vocinglear".

Lo haré todavía peor. Llamaré crucificado y muerto a Jesucristo, el Hijo de Dios. Ahora el espíritu perturbador debe mostrar su arte diciendo que Cristo está en el cielo y ya no es más crucificado. Ya que lo denominas aún así, lo clavas en la cruz. Eres peor que los judíos que lo crucificaron, aunque con el corazón y la pluma aseveras otra cosa. ¿Qué te parece? Este espíritu a la larga aun nos prohibirá... que usemos más algún nombre de las historias pasadas. Si no puedo declarar de la misa que ha sido sacrificio y es cosa tan abominable si manifiesto: "he aquí un sacrificio de los papistas" o "recibimos el sacrificio" (léase lo que antes era un sacrificio),

¹⁴ Hch. 9: 4; 1 Cor. 15: 9.

tampoco en el evangelio no debemos llamar más leproso a Simeón, pecador a Pedro, ni perseguidor a Pablo, ni crucificado a Cristo, porque todo eso ha sido anteriormente y ha sucedido por el diablo, pero ahora ya no es más. ¿Cuántas veces sucede que le queda un nombre detestable a una cosa cuando lo malo ya se le quitó? ¿Hará tan malo a quien lo denomine con el nombre abominable? No hay crimen más execrable que crucificar y matar al Hijo de Dios. Por haber sucedido una vez, le queda el nombre malo por la eternidad. Sin embargo, no hace ningún daño, puesto que el corazón, el ánimo y todas las obras siguen un camino distinto de lo que indica el nombre. ¿No se perdonaría también si uno llamase sacrificio al sacramento por costumbre o por la mala obra que los papistas han practicado con él, aunque nosotros no lo hacemos? ¿Por qué no puedo denominarlo sacramento torturado, sacrificado o asesinado, como el mismo doctor Carlstadt lo hace? Pues todo ello está comprendido en el sentido del término sacrificio. ¿Torturaría, crucificaría, mataría yo y sería yo igual a los que efectivamente hacen, esto, cuando uso solamente el nombre?

Por ello, pregunto al espíritu perturbador metiéndole sus propias palabras en las fauces. Decid: ¿por qué llamáis sacramento torturado, crucificado y asesinado al pan y vino? ¿No sois también verdugos y asesinos de Cristo, aunque chirriáis con la pluma de una manera diferente? Pero si dices que no lo afirman por esto, sino que indican lo que otros hacen de ello, ¡ea!, estimado caballero, ¿por qué no puedo yo también llamarlo sacrificio señalando que otros lo hicieron, aderezaron y lo denominaron de ese modo? Advierte a lo menos que todo el mundo y aun los niños se percatan de que no se debe juzgar por el nombre o la apariencia, sino según el corazón y el hecho. Todo esto dije con profusión, como si hubiera entre nosotros algunos que lo llamasen sacrificio, para indicar que ese espíritu no puede lograr nada. Aun cuando sus ensueños fuesen ciertos, nada alcanzaría. Pero semejante espíritu, que perdió fundamento y verdad y sólo trata de cosas superficiales, debe de tener tal teología de la apariencia y de la sombra. Como ya dije: es realmente vergonzoso que por estas niñerías perdamos tantas palabras, tanto tiempo y papel. Mas tenemos el fruto de esto por haberle quitado la máscara a ese espíritu y haberlo puesto a la luz del día para que cualquiera pueda advertir en qué punto está el doctor Carlstadt y qué intenciones tiene. De este modo cada cual puede cuidarse de él como del diablo. Pues le podríamos perdonar, ya que es hombre, si enseñase algo por el nombre y la apariencia, dejando a un lado sin tocar el fundamento que está en el corazón y la acción que resulta de la verdad. Pero destacar tanto el inútil aspecto exterior y ensalzarlo con solemnes palabras, como si de él dependiese todo, y blasfemar y condenar tan execrablemente la causa recta interior que él admite en nosotros, con la intención de destruirla, esto no lo hace nadie, sino el diablo mismo. Ningún hombre realmente bueno procede de esta manera. Por todos los medios trata de alcanzar la finalidad de arruinar completamente la hermosa luz de la verdad y de la gracia que Dios nos ha dado a nosotros los wittenberguenses y de persuadir a la gente de que por él en Orlamünde haya salido el verdadero sol.

¿Qué te parece ahora? El que se fiaba en el fundamento del doctor Carlstadt, ¿cómo seguirá con la misa de él? Porque él no comprueba de ninguna manera que misa sea hebrea, que signifique sacrificio y no deba llamarse así. Aunque verifique todo esto, no consigue nada, sino que se expone a la burla a sí mismo y a nosotros. Si los papistas dejasen de sacrificar la misa, ¡Dios mío, qué gustoso admitiría que lo llamasen como quisieren! El nombre no me importa; lo que es esencial, no obstante, para Carlstadt, mientras que demasiado menosprecia el fundamento que es la cosa principal del sacramento. A la misma esfera pertenece también el otro asunto: el de la elevación del sacramento. Cree que es cosa del anticristo y de los papistas. ¡Oh, si uno pudiera aconsejar a este hombre que dejase de predicar y escribir y se dedicase a otra cosa! Por desgracia

no sirve para eso. Quiere crear nuevas leyes y pecados y establecer novedosos artículos de la fe, plazca a Dios o le desagrade. No puede proceder de otra manera.

En primer lugar, basándonos en San Pablo hemos enseñado referente a la libertad cristiana que todo sea permitido lo que Dios no prohíbe en el Nuevo Testamento con palabras expresas, como por ejemplo, comer, beber, vestir diferentes cosas, lugares, personas y ademanes de diversa índole¹⁵. No estamos obligados a nada particular ante Dios, sino a creer y amar. Ahora dime: ¿Dónde prohibió Cristo que no se eleve el sacramento? ¿Dónde lo ordenó? Muéstrame una breve palabra y yo cederé. No obstante, el doctor Carlstadt se atreve a exponer con desenvoltura diciendo que Cristo lo prohibió, aunque no puede verificarlo. Y tampoco es la verdad. Estima que es un pecado tan grande como negar a Dios. ¿No es una ceguera lastimosa y deplorable cargar de esa manera las almas de pecados y asesinarlas, estableciendo una ley donde no existe ninguna?

Dime, hermano, ¿qué piensas del espíritu que se atreve a imponerse sobre Cristo diciendo que hace lo que justamente no hace? De hecho Cristo hace justamente lo contrario. Pues Cristo no lo prohíbe y lo deja libre. En cambio, el espíritu lo prohíbe y prende la conciencia de su propia osadía y petulancia. ¿No se llama esto agraviar a Cristo? ¿No significa negarlo? ¿No es lo mismo que ponerse en lugar de Cristo y bajo el nombre de Cristo asesinar las almas, enredar las conciencias, cargarlas de pecado, establecer ley y, en resumen, tratar las almas como si fuera su Dios? Todo esto y lo que además se pueda enumerar hace el que establece ley y pecados donde Cristo quiere que haya libertad y no pecados. Por lo mismo, demostramos que el papa era el anticristo porque destruye esta libertad con leyes mientras que Cristo desea la libertad, y mi espíritu perturbador torna a ciegas el mismo camino. Quiere también prender lo que Cristo quiere tener como libre. En este sentido el espíritu perturbador tiene otra cara que la del papa. Ambos aniquilan la libertad cristiana y los dos son anticristianos. Empero el papa lo hace por órdenes; el doctor Carlstadt mediante prohibiciones. El papa prescribe hacer; el doctor Carlstadt, dejar de hacer. La libertad cristiana se anula de las dos maneras. O se manda y obliga a hacer o se insiste en lo que no es precepto ni obligación dispuestos por Dios. O se prohíbe, impide y obstruye la realización de lo que no es prohibido ni impedido por Dios. Mi conciencia es tan apasionada y seducida cuando debe omitir algo sin necesidad, como cuando es obligada a realizar una obra, sin que sea menester. La libertad cristiana se suprime tanto cuando tiene que abandonar algo, sin que sea preciso, como si debe efectuar algo a lo cual no está obligada.

El papa destruye la libertad al mandar sin reservas que se eleve el sacramento, y quiere tenerlo por derecho y ley, y que pecará el que no lo haga. El espíritu perturbador destruye la libertad al prohibir sin reservas que se eleve el sacramento y lo quiere establecer como una prohibición, derecho y precepto, y que pecará el que lo haga. Las dos partes expulsan a Cristo. El uno lo expulsa por delante, el otro lo expulsa por atrás. El uno se desvía a la izquierda, el otro se descarría a la derecha. Ninguno permanece en el buen camino de la libertad. Me extraña sobremanera y, si no lo hubiera leído yo mismo en los libros del doctor Carlstadt, nadie en el mundo me habría persuadido de que él no supiera estas cosas. Lo he tenido por sabio y conecedor de esta materia. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué somos cuando tú nos dejas caer? ¿Qué hacemos si tú retiras tu mano? ¿Qué podemos realizar si tú ya no nos iluminas? ¿Es éste el libre arbitrio y su poder, si tan pronto se transforma un erudito en un niño; un hombre inteligente, en un necio; un sabio, en un loco? ¡Cuan terrible eres tú en todas tus obras y juicios! Pues bien, estimados señores, andemos en la luz mientras la tenemos para que las tinieblas no se apoderen también de nosotros. Comprenda quien lo pueda entender. Trataré de esto en forma accesible para todos. Enseñar y hacer son cosas distintas. Lo repito: instruir y obrar deben distinguirse tanto como el cielo y la

¹⁵ Ro. 14: 2-6 y 1ª Co. 8: 8-10.

tierra. Enseñar le corresponde sólo a Dios. Él tiene derecho y poder de mandar y prohibir y de ser maestro de las conciencias. Obrar y dejar de obrar nos corresponde a nosotros, quienes observamos sus preceptos y sus enseñanzas. Donde hay un obrar o un dejar de obrar que Dios no ha enseñado, mandado ni prohibido, hemos de dejarlo libre, como también Dios lo ha dejado libre. Quien se atreve a mandar o prohibir, se mete en el propio oficio de Dios, carga a las conciencias, causa pecados, miseria y perturba todo lo que Dios dio como libre y seguro. Además, expulsa al Espíritu Santo con todo su reino, su obra y su palabra, demudo que quedan únicamente diablos.

La elevación del sacramento, el uso de la tonsura, el empleo de casullas y albas, etc., son acciones que Dios no ha mandado ni prohibido. Por lo tanto, ha de ser libre al antojo de cada cual hacerlo o dejarlo. Dios quiere tal libertad, etc. Ya que el papa no deja libre la acción, sino que constriñe mediante la doctrina y el mandamiento, se entremete en el oficio de Dios y osadamente se pone en su lugar como Pablo lo anunció referente a él. Instituye pecados donde Dios no quiere que los haya. Con ello mata a las almas y ata a las conciencias. Por otra parte, el doctor Carlstadt no permite la libertad de dejarlo, sino que compele mediante la prohibición y enseñanza a que no se eleve, etc. También él se entremete en la jurisdicción divina y se pone en el lugar de Dios, instituyendo pecados donde no pueden ni deben existir. Mata las almas en este lado, como el papa procede en el otro lado. Los dos destruyen la libertad cristiana como asesinos de almas.

Mas nosotros andamos por el camino intermedio. No admitimos ni mandamiento ni prohibición. No nos desviamos hacia la derecha ni a la izquierda. No somos secuaces del papa ni de Carlstadt, sino que libres y cristianos. Elevamos el sacramento o no cómo, dónde, cuándo y cuánto tiempo nos da la gana. Dios nos dio la libertad. De la misma manera somos libres para vivir en el celibato o casarnos, comer carne o no, usar casulla o no, tener cogulla y tonsura o no. En este sentido somos señores sin admitir ley, mandamiento, doctrina ni prohibición alguna. Así hemos practicado las dos formas en Wittenberg. En el monasterio celebramos misa sin casulla, sin elevación de la hostia simplemente de la manera más sencilla como Carlstadt elogia el ejemplo de Cristo. Por otra parte, en la parroquia aún usamos casulla, alba, altar y elevación mientras nos dé la gana.

Luego, no debería luchar el espíritu perturbador contra nosotros los wittenberguenses de la siguiente manera: "elevan el sacramento, por ello están pecando contra Dios", sino habría de decir: "enseñan y mandan que hay que elevar el sacramento cometiendo pecado mortal si se omite, por tanto, pecan contra Dios". De este modo proceden y enseñan los papistas. Pero nosotros no enseñamos de esa manera y así nos conducimos libremente mientras nos plazca. La acción no daña, pero la doctrina es del diablo. Por otra parte, en el monasterio omitimos la elevación, mas no la enseñamos así, como lo hace el doctor Carlstadt. La omisión no perjudica, pero la doctrina es del diablo. Por ello, puedes comprender quiénes son "primos del anticristo", si nosotros o el doctor Carlstadt. Procedemos como los papistas. Sólo no toleramos la doctrina, mandamiento y coacción. Omitimos la elevación como adictos de Carlstadt, mas la prohibición no la admitimos. El papa y el doctor Carlstadt son verdaderos primos en la doctrina, puesto que ambos enseñan, el uno el hacer, el otro el omitir. Nosotros no enseñamos ni una ni otra cosa, y sin embargo hacemos las dos.

Pues bien, estimados señores, estamos hablando de cosas fútiles, en cuanto se mira la acción. ¿Qué es la elevación del sacramento? Sin embargo, cuando se considera la doctrina estamos tratando de las cosas más eminentes. El espíritu perturbador es demasiado frívolo y procede con osadía excesiva. Tiene en poco la doctrina y aprecia mucho la acción. Otra vez ve la viga en su ojo y se preocupa mucho de la brizna de paja en el nuestro. Con la doctrina ataca a las conciencias que Cristo redimió con su sangre y mata a las almas con mandamientos y pecados

que Dios ha ganado tan caramente. Con ello se destruye el reino de Cristo y se aniquila lo que nos trae el evangelio. Cristo no puede permanecer en la conciencia que participa como una prostituta en la doctrina ajena y el precepto humano. En este caso, la fe ha de perecer. Por ello, sepa cada cual que el doctor Carlstadt tiene un espíritu que es enemigo de Cristo, del evangelio, de la fe, de todo el reino de Dios. Por otra parte, quiere destruirlo mediante naderías humanas y su propia ufanía, como ya lo puedes captar bien de esta parte de la discusión y más adelante lo oirás aún mejor.

Le agradecemos amigablemente que nos enseñe que Cristo no elevó el sacramento en la santa cena. Por lo demás, lo sabíamos tan bien como él. Estamos tratando aquí de la doctrina, no de la acción, y regárnosle nos muestre dónde Cristo lo enseña o lo prohíbe. Ya sabemos dónde lo omite o no lo hace. Consideramos que no es necesario realizar y suprimir todo cuanto Cristo hizo o dejó de hacer. De otra manera, deberíamos también caminar sobre el mar y llevar a cabo todos los milagros que él realizó. Por otra parte, habríamos de no casarnos, de abandonar el gobierno secular, el agro y los arados y todo lo que él dejó. Pues no sólo efectuó y omitió lo que quería que nosotros realizáramos o abandonásemos, sino que con palabras indicó, mandó y prohibió lo que deberíamos hacer y dejar de hacer. Por ejemplo," dice en Juan 16: "Ejemplo os he dado, para que hagáis como yo he hecho". No señala a Lázaro que había resucitado de los muertos, sino se refiere al lavado de los pies.

Por ello, no admitimos ejemplo alguno ni aun de Cristo mismo, y mucho menos de otros santos, a no ser que vaya acompañado por la palabra de Dios¹ que nos indica a cuál de ellos debemos seguir y cuál no debemos seguir. No nos contentamos con la obra y el ejemplo. No, adoptamos ningún ejemplo. Queremos tener la palabra por la cual se realizan todas las obras, ejemplos y milagros. Pues él es tan sabio y elocuente y tan circunspecto que nos indicó con palabras todo lo que quiere que sea mandado o prohibido. Pues bien, espíritus perturbadores, fantasead sin asco y mostradnos dónde Cristo con un ápice prohibió elevar el sacramento. Ya que invocáis y vocingleáis que haya una prohibición de Cristo, indicad dónde se encuentra. Creo que está en la camisa de la novia de Orlamünde o en los pantalones del novio de Naschhausen.

Si es cierto que se debe imitar tan estrictamente el ejemplo de Cristo y no obedecer a la sola palabra, resulta que no debemos celebrar esta cena sino en la sala empedrada de Jerusalén. Si hemos de respetar con tanto rigor el ademán exterior, tenemos que atenemos también con exactitud al lugar exterior y a las personas. Y se llegará al extremo de que sólo los discípulos podían celebrar esta cena, porque solamente a ellos Cristo en aquel entonces lo mandó y concedió. 1ª Cor. 11 de San Pablo será mera necedad. Igualmente, ya que lo ignoramos y el texto no explica si era blanco o tinto el vino, ni si se trataba de pan de trigo o de cebada, prescindiremos por la duda de la santa cena hasta tener la seguridad de que no hacemos en ningún caso alguna cosa externa en un ápice de otra manera que como el ejemplo de Cristo lo indica. Hasta el cordero de pascua lo comeremos también al modo judío. Lo mismo, ya que el texto no aclara si Cristo lo tomó en la mano y lo puso delante de cada uno, debemos esperar también hasta que lo sepamos, para que no elevemos y practiquemos de una manera distinta de Cristo. Si nos equivocamos, se presenta el espíritu perturbador gritando que ahorcamos, asesinamos y crucificamos a Cristo. De tan importante cosa se trata. De veras, en esto se funda la salvación mucho más que en las heridas, sangre, palabra y espíritu de Cristo.

¡Cuan grande es la ceguedad y la loca perturbación de tan ilustres profetas celestiales que se vanaglorian de hablar diariamente con Dios! ¡Niños!, deberían tener vergüenza de disparatar de un modo tan grosero. Me acuerdo en esta oportunidad de una profecía que se hacía referente al doctor Carlstadt cuando por primera vez se adhirió a nuestra doctrina. Reza como sigue: El doctor Carlstadt no permanecerá por mucho en ella. Es un hombre inconstante y nunca quedó por

mucho tiempo en asunto alguno. Yo no quería creerlo en aquella época. Ahora tengo que comprenderlo. Pues se desvió del todo de la fe hacia las obras y por desgracia a las acciones de los hombres o de la razón inventadas por él. En fin, declaramos que en el sacramento practicamos todo lo que Cristo prescribió con palabras cuando dice: "hacedlo en mi memoria". Empero lo que no prohibió lo practicamos libremente, mientras nos guste, afirmando que no se debe mandar ni prohibir, ya que él mismo no lo ordenó ni lo prohibió.

Aunque tenía el propósito de suprimir la elevación, ahora la conservaré por algún tiempo en desafío y oposición al espíritu perturbador, ya que él quiere tenerla por prohibida y por un pecado y nos privó de la libertad. Pues antes de ceder un ápice al espíritu asesino de almas o sólo por un momento y abandonase nuestra libertad (tal como lo enseña Pablo), antes mañana mismo me volvería monje riguroso y retendría todo el monasticismo tan firmemente como no lo hice nunca. La libertad cristiana no es broma. La conservamos tan pura e incólume como nuestra fe, aunque un ángel del cielo dijese otra cosa. Ella ha costado tanto a nuestro querido y fiel salvador y señor Jesucristo. Demasiado la necesitamos y no podemos prescindir de ella so pena de perder nuestra salvación.

De esta parte de nuestra discusión advertirás y probarás muy bien el espíritu del doctor Carlstadt que trata de apartarnos de la palabra y conducirnos a las obras. Para conseguirlo, tanto mejor te presenta de relumbrón la misma obra de Cristo para que te asustes pensando: Es verdad, ¿quién no seguirá a Cristo? Sin embargo, mientras tanto oculta la palabra, puesto que no tiene ninguna que pudiera aducir al respecto. Él se dio cuenta de que nosotros no atribuiremos valor alguno a las palabras y obras humanas por santas y antiguas que fueren, etcétera. Sólo queremos tener por maestro a Jesucristo. Por ello, el bribón divide a Cristo en dos partes: a saber, una vez realiza y omite algunas obras sin palabra, y en otra ocasión las efectúa y las suprime con la palabra. Ahora bien, Carlstadt es tan pícaro que nos presenta a Cristo sólo en lo que hace y deja de hacer sin palabra, en lo cual no debemos imitarlo. Y calla lo que Cristo hace y deja de hacer con palabras, en lo cual debemos imitarlo.

¿Ves al diablo en este asunto? Anteriormente nos sedujo por los santos, ahora quiere engañarnos por Cristo mismo. ¡Cuídate!, donde no oigas la palabra de Dios que te manda o prohíbe una cosa, no te equivoques ni le hagas caso, aunque Cristo mismo lo haya hecho. ¿No basta con esto? Está escrito en el Salmo 118: "Lámpara es tu palabra para mí". La palabra, la palabra debe efectuarlo. ¿No lo oyes? Si te cuentan cómo obró Cristo, contesta sin embozo: Pues bien, lo realizó; ¿lo enseñó también y lo mandó hacer? De la misma manera, cuando te insinúan que Cristo no hizo algo, pregúntales sin cortedad: ¿Lo prohibió también? Y si no te indican su palabra al respecto, díles: No me importa lo que hizo o lo que omitió. No me interesa. No son ejemplos tampoco. Son obras que él efectuó por su propia persona. Si aseveran: Omnis Christi actio est instructio¹⁶, déjalos que hablen. Pero fíjate a qué se refieren con la voz instructio. Lo dijo un hombre que vale tanto como tú mismo.

En el mundo sucede lo que dice el proverbio. Al que no sabe cantar le gusta canturriar continuamente. Quien no sabe predicar ni escribir siempre quiere pasar por predicador y escritor. El que es capaz tiene miedo y lo hace de mala gana. El doctor Carlstadt, que con esto demuestra que no entiende nada de Cristo como más arriba no entiende de Moisés, tiene que predicar y escribir aun cuando nadie se lo mande y se lo exija. Cuando se le pide no lo hace. Interpreta a Moisés en el sentido de que el populacho desordenado se rebele y castigue los vicios públicos. Pero no enseña a entender espiritualmente a Moisés cómo revela el pecado e impele corporalmente a obrar a la gente ruda e inculta. No lo hace y no lo puede realizar y se

¹⁶ Toda acción de Cristo es una instrucción para nosotros.

confecciona un Moisés propio. Lo mismo se fabrica en este caso un propio Cristo exigiendo que imitemos sus obras sin la palabra correspondiente. No sabe que Cristo es en primer lugar nuestra salvación y sólo después sus obras con la palabra son ejemplos para nosotros. Conoce del Nuevo Testamento tanto como del Antiguo. Y quiere escribir sobre el sacramento y temas parecidos como si existiera gran necesidad de su loco y ciego arte, hasta de su insensatez.

¿Cómo es posible que exista un recto entendimiento de Moisés o de la ley por medio de la cual se da el conocimiento del pecado, Rom. 3 y que impulsa a la gente burda a las obras, Lev. 18 m? Cuando se interpreta en el sentido de que el populacho desordenado se rebele y se meta en el oficio de la autoridad y derribe todo orden e intención de la ley, ¿cómo puede ser que comprendamos debidamente a Cristo que nos fue dado para la vida en la fe y cuyas palabras y obras son para ejemplo en la caridad, si alguien pretende e insiste sólo en que tengamos por ejemplo necesarios e imitemos las obras de Cristo que no nos son mandadas ni prohibidas? En tal caso perecerán la fe y la caridad con todo el evangelio. Y precisamente por eso hablan en un tono tan escarnecedor de la doctrina de la fe y caridad, como el doctor Carlstadt mismo me lo echó en la cara en Jena. Fingen saber algo mayor y mejor, pero no lo manifiestan. No quieren revelarlo. Por este sólo hecho muy fácilmente puede comprobarse que el diablo habla por medio de ellos. Se ríen de la doctrina de la fe y caridad, es decir, de Cristo mismo y su evangelio.

Después el hombre vuelve a su lengua hebrea y lucha contra nosotros de la siguiente manera: los wittenberguenses elevan el sacramento. Luego, lo tienen por sacrificio. Pues realizan precisamente la obra de la ley mosaica según la cual había dos clases de sacrificios: el sacrificio elevado y el mecido. Quien levanta, realiza en efecto un sacrificio elevado, etc. Esto ya pasa de los límites de lo permitido. Si esto no es ceguera, ¿qué es la ceguera? Todo lo que se levanta lo llama este espíritu un sacrificio y arguye a *particulari ad universalem sic: Una es elevatio in lege, que est oblatio, ergo omnis elevatio est oblatio*. Es lo mismo que decir: Se encuentra una elevación que es una oblación, por tanto cada elevación es una oblación. O así: Una vaca de Orlamünde es negra, luego todas las vacas del mundo son negras. He de hablar con el nuevo laico y campesino de un modo lego y rústico. Ahí vemos de qué es capaz el arado de Naschhausen, del que se vanaglorió en Jena, que desbarataría a todos los doctores del mundo. Si la sirvienta levanta el espejo para mirarse, lo sacrifica. Si el campesino eleva el hacha o el mayal para cortar madera y para trillar, los ofrenda. Si una madre alza al párvulo y lo mece, lo inmola. Luego, obra contra la prohibición de Cristo, lo ahorca, lo asesina, lo degüella, y lo crucifica, y hace todo el mal que ejecutan quienes sacrifican a Cristo. Así vocinglea el espíritu perturbador. Pues el arado de Naschhausen dijo: quien eleva, sacrifica.

Dime, ¿este campesino no ha merecido ampliamente que el arado se le ajuste debidamente con cuñas? Creo que así Dios abatirá a aquellos que se resisten y rebelan contra el conocimiento de él y se proponen cosas propias. Egipto no será castigado con tinieblas comunes, sino con una oscuridad que se puede palpar. Opino que esto significa perder la razón, el sentido y el raciocinio. Los mismos papistas jamás eran tan orates como para creer que con la elevación sacrificasen el sacramento, aunque en lo demás lo tenían por oblación. Por lo contrario, lo elevan para mostrarlo al pueblo a fin de recordar los sufrimientos de Cristo, etc. Por ello el sacerdote, cuando eleva, no pronuncia palabra alguna ni del sacrificio ni del otro asunto. ¿Cómo podríamos nosotros sacrificarlo por la elevación, nosotros que tan arduamente luchamos que no es sacrificio?

¡Siempre la misma cantinela! La apariencia externa es el artículo principal al que se ajustará y según la cual se juzgará cuanto profesa el corazón, la boca, la pluma y la mano. No tiene valor que de corazón creamos, confesemos por la boca, testimoniemos por la pluma y demostremos por nuestra actuación de que no tenemos el sacramento por sacrificio porque lo elevamos todavía. Tan importante es la elevación y ella tiene tanto valor que supera y condena

todo aquello. ¿No es un espíritu enfadoso que así desbarra con la apariencia exterior contra la verdad en el espíritu? Si sólo dejasen la elevación como cosa externa serían verdaderas novias desvestidas y desnudas que con la ayuda de Dios creerían lo que quisieran.

Empero sobre tal insistencia en la apariencia exterior dije arriba lo suficiente. Ahora la señalo con el sólo fin de desvestir también al espíritu y de demostrar que se ocupa de meras arlequinadas y no sabe decir nada valioso de los artículos principales de la doctrina cristiana. No obstante, infunde tales bufonías tan fuertemente en las conciencias con palabras pomposas como si fuesen artículos principales de suma importancia. Cada cual se debe cuidar del espíritu que tiene la intención de establecer nuevos artículos de la fe que Dios no conoce y de inculcar una doctrina novedosa que no se ha mandado.

Dije esto como si fuese cierto y seguro que quizás existiera una elevación que fuera un sacrificio como disparata este espíritu. Pues nadie en este mundo llama sacrificio a la elevación sino este espíritu. Lo inventa y trata de imponérselo por no saber escribir otra cosa. No demostrará jamás que en parte alguna se denomina sacrificio la elevación. También se olvida él mismo de sus propias palabras cuando dice que el sacrificar equivale a carnear, matar, ahorcar, asesinar, quemar, etc. ¿Quién será tan insensato para decir que la elevación equivale a carnear, matar, asesinar, quemar, menos este espíritu? Quizás aprenda un nuevo lenguaje alemán de su voz celestial. Luego se enfurece contra sí mismo porfiando que sacrifica quien eleva.

Pero ahora saca del hebreo las dos dicciones: *tnupha* y *thruma*¹⁷ que yo traduje por "sacrificio mecido" y "sacrificio elevado" o por "elevación" y "mecimiento". Lo hace nuevamente para demostrar su preclaro conocimiento de la lengua hebrea. El mundo se maravillará que el arado de Naschhausen sepa también este idioma. Mas no es el común el que hablan todos, sino el que el espíritu aprendió recientemente y aun diariamente se instruye por la voz celestial. Mi lengua hebrea me enseña lo siguiente. Antes de sacrificar algo de acuerdo con la ley, se debía elevar y mecer. Ha de haber elevación y mecimiento para confesar a Dios y agradecerle un don que no se ofrenda o da a él, sino que se recibe de él, lo mismo que expuse arriba de la voz misma. Sólo después se sacrificaba y se quemaba cuando anteriormente había sido elevado y mecido. Luego, tampoco en la ley elevación y mecimiento no pueden ser un sacrificio bajo ningún concepto. Fíjate, tan perfectamente entiende este espíritu la ley mosaica y el hebreo y, no obstante, es tan atrevido y petulante que construye artículos de fe sobre semejantes ensueños y tan estrictamente enreda las conciencias con esto; llámalos asesinos, verdugos y degolladores de Cristo en caso de que eleven. Así el diablo ha de tener siempre la boca llena de blasfemias y molestar a Cristo.

El doctor Carlstadt se ha separado del reino de Cristo y ha naufragado en la fe. Por ello, intenta apartarnos también a nosotros. Sin más quiere conducirnos a las obras y transformarnos directamente en Gálatas. Fíjate, pues, querido hombre, en la gran ceguedad que contribuye a luchar de la siguiente manera. Si alguien se circundase, ¿no se llamaría con razón judío? Por tanto, quien eleva se denomina' con todo derecho sacrificador, etc. Pobre y miserable espíritu, ¿dónde has leído que el que circunde, se nombre con razón judío? ¿No circundó Pablo a Timoteo cuando ya estaba bautizado y era cristiano? (Hechos, 16 188. ¿No deja San Pablo libre la circuncisión al decir en Cor. 7: "La circuncisión nada es. El prepucio no es nada tampoco"? Esto es, uno puede circuncidarse o no, tener prepucio o no. Y este espíritu juzga sin empacho y cortedad contra el juicio de San Pablo que la circuncisión no queda libre, sino que transforma en judío. Es lo mismo como aseverar: Quien se circuncide por razones de la ley y de la conciencia es

¹⁷ Por las voces hebreas de "tenupha" y "teruma", véase Lv. 7:30 y Lv. 7: 34.

con todo derecho judío. Pues la circuncisión no hace al judío, porque hay personas que por enfermedad o por carne muerta mandan a cortarse el prepucio. ¿Por eso se llamarán judíos?

Esto transforma a una persona en judío que tenga una conciencia que se siente obligada a la circuncisión por la ley. Esta intención y conciencia hace de ella un judío, aun cuando exteriormente no se circuncide jamás y no pueda hacerlo. Luego, el prepucio no determina quién es judío. Al contrario, si en la conciencia opina que debe tener, prepucio, es un gentil aunque mil veces se haga circuncidar exteriormente. Lo mismo en este caso el doctor Carlstadt es en verdad pagano y ha perdido a Cristo, porque opina que el prepucio es necesario y condena la circuncisión. No lo deja a la voluntad de cada uno como Cristo lo quiere. Se ve claramente que ese hombre está del todo, sumergido en las obras y se ha ahogado en la apariencia exterior, de modo que no puede dar ni un juicio recto sobre cuestiones espirituales de la conciencia. Pues es imposible que haya en él todavía una chispa de entendimiento cristiano, porque opina que una obra exterior de-, termina quién es judío o cristiano, pagano o turco. No se guía por la conciencia, sino por el aspecto y la apariencia. Los hombres sensatos no proceden así.

Por tanto, también en este caso él debería haber dicho: quien eleva el sacramento, obligado por la conciencia que le manda elevarlo, será también judío. Esto no lo hacemos, como bien lo sabe. Por esto, teme quedar comprometido por mentir públicamente con respecto a nosotros. Pero no se percató de que constituye una ignominia más grande negar contra Dios y prohibir la obra como condenada por Dios que éste no prohibió. Por otra parte, quien constriñe a no elevar el sacramento por obligación, es un pagano. El doctor Carlstadt lo hace estableciendo una ley compulsiva para las conciencias, lo cual solamente le corresponde a Dios. Pero quien lo eleva u omite la elevación por conciencia libre, como le guste, es cristiano. Lo hace la fe sola que sin obra alguna convierte al cristiano. Igualmente, debería seguir manifestando: El que eleva el sacramento con el deseo e intención de sacrificarlo es sacrificador y papista. Pues donde hay tal conciencia se sacrifica, aunque no se eleve jamás el sacramento y se hunda en un pozo profundo. Pero donde no existe esa conciencia, no se sacrifica, aun cuando se levante sobre todos los cielos y todo el mundo grite: ¡sacrificio, sacrificio! Pues todo depende de la conciencia. De esto el espíritu perturbador no sabe nada o no quiere saberlo.

Creo que este escrito para muchos resultará aburrido, puesto que trata de tales bufonerías. ¿Qué le voy a hacer? Este espíritu loco me obliga a ello. No obstante, tenemos de esto un provecho, como lo dije arriba. Defendemos nuestra libertad cristiana y podemos comprenderla con más claridad, y reconocer a este espíritu falso y darnos cuenta de que es ciego e insensato en todas las cosas. A esto debe atenerse todo el mundo. No entiende tales cosas insignificantes. Además, las estima tanto que se mete en el oficio de Dios y establece leyes, pecados y conciencia donde no existen. Destruye la libertad cristiana y aparta las conciencias del entendimiento de la gracia conduciéndolas a las obras exteriores y la apariencia. Con ello reniega de Cristo, destruye su reino y agravia el evangelio. Por tanto, ¿quién puede esperar que en adelante escribirá y enseñará algo bueno? De seguro se puede demostrar de todas esas cosas que no está en él el espíritu de Cristo. Luego, forzosamente tiene que ser diablo. Y en efecto lo es. A esto cada cual ha de atenerse.

Me gusta tener la misa alemana para los alemanes. Pero nuevamente pasa de los límites convertir esto en una obligación absolutamente necesaria. Este espíritu no puede hacer otra cosa que establecer siempre de nuevo ley, obligación, conciencia y pecado. Naturalmente he leído en 1ª Cor. 14 que se calle en la comunidad el que habla en lenguas, cuando nadie no entiende nada. Pero se quiere pasar por alto que también figura nisi interpretetur quis¹⁸. Pablo admite el hablar

¹⁸ Si alguien no interpretara.

en lenguas si a la vez es interpretado para que se entienda. Por ello, en este pasaje también manda que no se impida hablar en lenguas, etc. Nosotros no damos a nadie el sacramento si no entiende las palabras. Muy bien se sabe que en este sentido no contravenimos los preceptos de Pablo conformándonos a su intención. No importa que no satisfagamos a este espíritu que sólo se fija en las obras exteriores, no teniendo en cuenta conciencia e intención. No atribuimos ningún valor a sus nuevos artículos de fe.

Mucho me gustaría tener hoy una misa alemana. Yo también me ocupo en esto. Pero quisiera también que tenga un carácter típicamente alemán. Admito que se traduzca el texto latino y se conserven el tono o las notas latinos. Pero no suena ni congenial ni característico. Debe provenir de la recta lengua materna y de la voz, tanto el texto como las notas, el acento, la melodía y los ademanes. De otro modo, todo será una nueva imitación al modo de los monos. Empero, ya que el espíritu perturbador insiste en que sea necesario, de nuevo quiere cargar a las conciencias con leyes, obras y pecados, tardaré aún un tiempo y me daré menos prisa que anteriormente desafiando a los maestros de pecados y a los asesinos de almas que nos obligan a obras, como mandados por Dios, que él no preceptúa. Hay que ir al sacramento en tal sentido que se tenga las palabras en el corazón en alemán y con nitidez. Tomad y comed, esto es mi cuerpo, etc., lo cual se aprende y se retiene de los sermones que anteceden, con lo cual se recibe el sacramento, se lo toma rectamente y no se oye hablar meras lenguas, sino que se capta el justo sentido. Por otra parte, quien no las acepta en su corazón y las comprende, y después toma el sacramento, a éste no le aprovecha, aunque mil predicadores estén alrededor de sus oídos y se enloquezcan y se trastornen gritando estas palabras. Pero al espíritu loco sólo le importan la obra externa y la apariencia. Intenta de su propia cabeza hacerlas necesarias y elevarlas a artículos de fe sin mandamientos de Dios.

El necio tampoco entiende rectamente las palabras de San Pablo cuando escribe del hablar en lenguas, 1ª Cor. 14. El apóstol trata del ministerio de la predicación dentro de la congregación que ha de escuchar y aprender. Expone lo siguiente: Quien se presenta para leer, enseñar, o predicar y, no obstante, habla en lenguas, es decir, usa el latín ante alemanes o algún otro idioma desconocido, debe callarse y predicarse a sí mismo. Nadie lo escucha, lo comprende ni puede mejorar de esta manera. O si quiere hablar en lenguas, debe a la vez traducirlo al alemán o interpretarlo de otro modo para que la congregación lo entienda. San Pablo no prohíbe tan rígidamente el hablar en lenguas como lo hace este espíritu de pecados, sino que manda no prohibirlo cuando va acompañado de interpretación.

De ahí quedó en todos los países la costumbre de leer en latín el evangelio inmediatamente antes del sermón. San Pablo llama a esto hablar en lenguas en la congregación. Pero, ya que el sermón sigue en seguida traduciendo al alemán y explicando la lengua, San Pablo no lo desapueba ni lo prohíbe. ¿Por qué he de condenarlo yo u otro cualquiera? Plega a Dios que se cumpla suficientemente tal orden de San Pablo en todas partes, es decir, que se predique después del evangelio en latín ninguna otra cosa que su interpretación. Ahora ese espíritu perturbador condena todo lo que San Pablo permite, y prohíbe lo que no se condena. Además, no permite el canto ni palabras latinas, y aplica la enseñanza de San Pablo sobre el hablar en lenguas no sólo al ministerio de la predicación, sino a toda la apariencia exterior, la cual nada importa. Pero es su costumbre.

No impediré que se use exclusivamente el alemán en la misa. Pero no toleraré que se prohíba sin palabra de Dios de propia osadía y petulancia la lectura del evangelio latino y que se establezca pecado donde no existe, para que no tengamos en lugar de Dios como maestro al espíritu perturbador con sus desvaríos. Nuestra causa no debe basarse en semejantes bufonerías ni fortalecerse contra los papistas. Saldríamos desacreditados frente a ellos. Ha de ser todo seguro y

palabra divina pura en que nos fundamos al luchar contra ellos para que no puedan aducir nada con causa contra nuestra enseñanza. Aunque consigamos la misa alemana, no bastará con pronunciar las palabras en lengua vernácula en el sacramento. Deben ser pronunciadas antes de tomar el sacramento de modo que los participantes las tengan en el corazón, y no en los oídos. No importa que no las escuchen en el sacramento con tal que las hayan oído inmediatamente antes en el sermón y las hayan entendido y después las confiesen. En caso contrario, se deberían gritar las palabras aparte en los oídos de cada comulgante, y habría que bendecir el sacramento tantas veces cuantos individuos haya para recibirlo.

Tenía el propósito de contestar todos los puntos en un solo libro. Pero tengo demasiada prisa y resultaría muy voluminoso. Por ello, en el apresuramiento tengo que terminarlo aquí y empezar un escrito nuevo sobre el sacramento. Aún no tengo todos sus libros venenosos de que se gloria. Lector, no te fastidies demasiado. Este folleto lo escribí en poco tiempo; el otro lo seguiré muy de cerca, si Dios quiere, al cual sea alabanza y honra por los siglos de los siglos.

AMÉN

SEGUNDA PARTE

No me cabe duda de que nuestra controversia causa gran alegría y esperanza entre los papistas como si nuestra acción por ello debiera terminar. Pues bien, los dejamos que se gloríen y tengan buen ánimo con respecto a nosotros. Ya lo he dicho con frecuencia y sobradamente: Si es de Dios lo que he comenzado nadie lo sofocará. Si no es de él que lo mantenga otro; yo no lo mantendré, por supuesto. No puedo perder nada con ello, ya que en ello no empeñé nada. Empero sé muy bien que nadie me lo puede quitar, sino sólo Dios. Aunque yo lamente estos escándalos, estoy contento de que se ponga de manifiesto al diablo y él fracase con sus profetas celestiales, que han refunfuñado mucho tiempo y, sin embargo, no querían salir a la luz, hasta que yo los incité a salir de su reserva, tentándolos con un escudo. Éste fue invertido muy bien con la gracia de Dios y no lo lamento.

No estoy triste mientras Dios está conmigo. Sé y estoy seguro de quien es el maestro. No me ha faltado hasta ahora en muchos golpes fuertes. No me faltará en este golpe. Quien tiene el evangelio permanezca resuelto e impávido. Tenemos un consuelo alegre y un buen ánimo. Luchamos contra espíritus melancólicos, tímidos, desesperados y tristes que temen el sonido de una hoja que se mueve, como es la manera de los incrédulos, Salmo 36. No hay temor de Dios, pero tratan atrevidamente su palabra y obra. La causa es que está oculto y no se deja ver ni sentir. Mas si fuese una persona presente y visible, los echaría del país con una brizna de paja.

Porque este espíritu ha procedido así. Primeramente, anda solapadamente en el país por acá y acullá agitando ocultamente y buscando correligionarios. Ahora, cuando cree tener seguidores, prorrumpe porfiadamente, opinando que ha ganado. Su confianza no está en Dios, que habla con ellos, como se jactan, sino en el favor del populacho, basándose en carne y sangre. Pues cuando Dios compele a uno a hablar, éste empieza libre y públicamente, aunque esté solo y nadie se le adhiera, como hizo Jeremías, de lo cual yo también puedo, jactarme de haberlo hecho.

Por ello, es seguro que es el diablo quien entra oculta y solapadamente y después se disculpa diciendo que anteriormente su espíritu no había sido suficientemente fuerte. Señor diablo, el espíritu de Dios no tiene semejantes excusas. Bien te conozco.

No ha aparecido aún el verdadero diablo. Tiene otro propósito que yo he oído hace mucho. También se revelará si Dios quiere. Ha llegado, Dios sea loado, al punto en que no necesitan mucho de mí. Hay bastante gente que puede replicar a semejante espíritu sin que yo esté mezclado en el asunto mientras viva. Sé bien que el doctor Carlstadt ha cocido desde hace mucho este guiso en su corazón y nunca lo dio a conocer. También supe siempre que no sería capaz de hacerlo mejor de lo que lo ha hecho y tendría que rumiarse en vano todos sus pensamientos inteligentes. Pues no hay ni ciencia ni inteligencia ni imaginación alguna que pueda oponerse a Dios, el cual hace fracasar todo con una sola palabra. Sabe, que los pensamientos humanos son vanos.

Si alguno es tan débil que no puede soportar el golpe y duda del sacramento, que acepte el consejo y quede por de pronto sin sacramento, que se ejercite en cambio en la palabra de Dios, en la fe y el amor. Deje que se ocupen en ello los que están seguros en su conciencia. Tú no estás condenado si te quedas sin sacramento. Pero a los papistas, que se regocijan de esta controversia, sea dicho que se cuiden de empedernir su corazón. Dios varias veces ha simulado ser tan necio y débil como si perecieran su palabra y obra, a fin de endurecer y engeguercer a los incrédulos. No obstante, por lo mismo ha surgido con más vigor. Y los que se endurecían y engeguercían por su aparente necedad y debilidad, perecieron en la forma más terrible. Así sucedió a los judíos con la cruz de Cristo y a los gentiles con el padecimiento de los mártires.

Ya que el diablo tan desordenada y confusamente mezcla una cosa con otra, así el libro y la cabeza de Carlstadt son igualmente desarreglados y torpes, de modo que es sumamente enojoso leer este bodrio difícil de recordarlo. Trataré de poner en orden sus inmundicias y su veneno, y considerarlas parte por parte. Destacaré primeramente el motivo y la idea adonde tiende todo su alboroto para que el lector tenga claridad de observar y juzgar acabadamente este espíritu. Este es el argumento.

Dios nos ha dado otra vez de gran bondad el evangelio puro, el tesoro noble y precioso de nuestra salvación. A este don debe seguir también la fe y el espíritu interior en una buena conciencia. Como Dios promete en Isaías 55 que su palabra no sale en vano y en Rom. 10: "La fe es por el oír". El diablo es enemigo de este evangelio y no quiere tolerarlo. Ya que no ha podido impedirlo con violencia ni con espada, lo ataca ahora con astucia —como siempre lo ha hecho— y con falsos profetas. Ruégote, lector cristiano, quieras observarlo cuidadosamente. Si Dios quiere, te descubriré al diablo en esos profetas; para que puedas tocarlo con la mano. Es para tu bien, y no para el mío, lo que escribo. Dios obra con nosotros de dos maneras: primero, exteriormente; después, en lo interior. Exteriormente trata con nosotros por la palabra hablada del evangelio y los signos materiales, por el bautismo y la santa cena. Interiormente actúa por medio del Espíritu Santo y la fe junto con los demás dones. Pero todo esto se realiza del modo y en tal orden que los factores externos deben preceder. Los interiores siguen después y son consecuencia de los exteriores. Ha resuelto no dar los dones internos a nadie, sin los exteriores. No dará a ninguno el espíritu ni la fe sin las palabras y signos externos que ha instituido, como dice en Lucas 16: "A Moisés y a los profetas tienen; oíganlos". En consecuencia, San Pablo osa llamar al bautismo "un lavamiento de la regeneración, por el cual derrama al Espíritu Santo abundantemente", Tito 3; y el evangelio oral "es poder de Dios para salvación de todo aquél que cree", Rom. 1.

Observa este orden, hermano mío. Todo depende de él. Pues aunque este espíritu faccioso simula tener gran aprecio por la palabra y espíritu de Dios y se gloria de un fuerte ardor de amor

y celo por la verdad y la justicia de Dios, es, no obstante, su intención de invertir este orden y establecer uno contrario por su propia petulancia. Procede de la siguiente manera: primero, lo que Dios ha ordenado exteriormente, lo atribuye al espíritu interior, como se ha dicho. ¡Oh, con cuánta sorna y mofa lo desecha y quiere legar previamente al espíritu! ¿Acaso, dice él, me limpiará de pecados un puñado de agua? El espíritu, el espíritu, el espíritu, debe hacerlo interiormente. ¿Me aprovecharán pan y vino? ¿Traerá el soplar sobre el pan a Cristo al sacramento? No, no, debemos comer la carne de Cristo espiritualmente. Los wittenberguenses no lo saben. Le roban furtivamente la fe de las letras. Abundan las palabras espléndidas. Quien no conoce al diablo podría creer que tiene cinco espíritus santos consigo. Empero, si alguien les pregunta cómo se llega a este alto espíritu, no te indican el evangelio externo, sino el país de Jauja, diciendo: Quédate a la espera, como yo lo he hecho, y tú también tendrás la experiencia. Una voz celestial vendrá y Dios hablará contigo. Si sigues preguntando por la espera, saben de ella tanto como el doctor Carlstadt del idioma griego y hebreo. ¿No ves ahí al diablo, el enemigo del orden divino? Vocifera la palabra espíritu, espíritu, espíritu, y sin embargo, mientras tanto derriba puentes, pasaderas, caminos, escaleras, y todo, por los cuales el espíritu de Dios puede venir hacia ti, a saber: el orden externo de Dios en el signo material del bautismo y en la palabra oral dé Dios y te quiere enseñar, no cómo llega el espíritu hacia ti, sino cómo tú debes llegar hacia el espíritu para que aprendas a viajar sobre nubes y cabalgar sobre el viento, no dicen no obstante, cómo o cuándo, dónde y qué, sino que debes experimentarlo tú mismo con ellos.

Otra vez, en lo que Dios no ha ordenado exteriormente, se enardecen como orates, y ya que inventan su propio espíritu interior, establecen también su propio orden externo, que Dios no ha mandado ni prohibido, a saber, que no se tengan imágenes, iglesias y altares; que el culto divino no se llame misa ni la santa cena sacramento; que no se eleve la hostia, que no se usen casullas, sino trajes grises; que se llamen querido vecino; que se maten a príncipes impíos y no se sufran injusticias y se practiquen mucho humildad y ademanes externos que ellos mismos idean y que Dios no los aprecia. Quien en esto procede de otro modo que ellos, es un papista doble ahora y que cuelga y mata a Cristo y ha de ser un escriba. Pero, quien lo cumple ya ha saltado dentro del espíritu con botas y todo, y es espiritual, ¡oh, santos maravillosos! Mas si les preguntas quién se lo manda, con un ligero movimiento de la mano contestan: "¡Oh, mi Dios me lo dice y manda!" Todos sus sueños son mera palabra de Dios. ¿Qué piensas de esos muchachos? ¿Comprendes, acaso, quién es este espíritu? Además, hacen caso omiso de lo que Dios ha ordenado interiormente, como la fe, y precipitan y fuerzan todas las palabras y Escrituras exteriores que insisten en la fe interior, para matar el viejo hombre de un nuevo modo exterior e inventan aquí "desbaste, meditación, asombro, espera" y otras fantasmagorías más, de las cuales no figura letra alguna' en la Escritura. Mi querido Carlstadt se arroja sobre esto como un puerco que devora las perlas o como un perro que se traga lo santo. Lo que Cristo habla y establece de la fe interior lo destruye y aplica a tales obras exteriores inventadas. Llega al extremo de hacer de la cena del Señor y su recordación y del conocimiento de Cristo una obra humana. En "ardor del celo" y (como suenan sus palabras torpes) con "deseo extendido" nos han de matar a nosotros también. Con eso hace una niebla y nubes que no se pueden ver estas palabras claras cuando Cristo dice: "Mi sangre es derramada por vosotros para el perdón de los pecados, etc.". Sin duda estas palabras son captadas, obtenidas y retenidas por la fe y no con obra alguna, como veremos cuando lleguemos a esto.

Sea dicho tanto por ahora para que sepas que es la índole de este espíritu mostrar un modo inverso contra el orden de Dios. De lo que él manda de la fe y espíritu interiores hacen una obra humana. Por otra parte, de lo que ordenan las palabras y signos exteriores hacen un espíritu interior. Anteponen la mortificación de la carne a la fe y hasta la palabra. Como es costumbre del

diablo salen donde Dios quiere entrar y entran donde desea salir. Nadie se debe extrañar que yo lo llame diablo. El doctor Carlstadt no me importa. No pienso en él, sino en aquel que lo posee y habla por medio de él. Como dice San Pablo: "No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales, etcétera"¹⁹.

Hermano mío, atente firmemente al orden de Dios. El matar al viejo hombre, en lo cual se sigue el ejemplo de Cristo como dice San. Pedro, no debe ser lo primero, como porfía este diablo, sino lo último. Nadie debe mortificar su carne, llevar su cruz y seguir el ejemplo de Cristo, que no sea antes un cristiano y tenga a Cristo como un tesoro eterno en el corazón por medio de la fe. Pero, según el orden de Dios, no se la consigue por obras, como dicen esos profetas, sino por el oír el evangelio. Primero, antes que todas las obras y cosas, se oye la palabra de Dios, por la cual el espíritu reprende al mundo por el pecado, Juan 16. Cuando se ha reconocido el pecado se oye la gracia de Cristo. En esta palabra viene el Espíritu y da la fe donde y a quien quiere. Después comienza la mortificación de la carne, la cruz, y las obras del amor. Quien te propone otro orden, no tengas dudas de que sea el diablo. De esta índole es el espíritu de Carlstadt, como lo verás aún mejor.

¡Así manos a la obra, si Dios quiere!

Primero, hijos míos, ¡qué alharaca hace el espíritu sobre la palabra y el nombre "sacramento"! ¡Aquí el puerco se ha puesto una coraza! Es el colmo y lamento tener que tratar de ello. Pero el espíritu hace alarde de que Cristo y los apóstoles no lo han denominado así y quiere una palabra de la Biblia en que Dios da nombres a sus criaturas, que nosotros los hombres no debemos dar nombre a las cosas sagradas. Al fin se hace judío y lo llaman "sekerment", como los judíos nos ridiculizan a nosotros los cristianos llamándolo "Seker Theminit", es decir, imagen falsa. Sin embargo, el idioma hebreo dice en Naschusen Sekerment, como ves y hace de "Ment" imagen. ¿Para qué sirve la pompa de esas palabras? Para que el populacho insensato abra la boca y nariz diciendo: "De veras, creo que esto es algo. Este un hombre que sabe. Ahí está el espíritu".

Empero, en el fondo es la opinión, como dije arriba, de que semejantes nombres y apariencias, que Dios no ha mandado ni prohibido, han de ser cosas verdaderamente principales de las cuales depende todo, como se ha hecho también más arriba con el nombre misa y elevación. Quien no lo nombra sacramento, tiene el espíritu y es santo. Mas el que lo denomina sacramento, llama negro lo blanco y seduce a la gente apartándola de Dios y comete otros vicios horribles más. En pocas palabras, niega a Cristo. ¿No es repugnante que este espíritu frívolo haga gran cosa de lo que es nada? Ahora bien, asesino de almas y espíritu pecador, admitimos que Dios no lo ha llamado sacramento, ni mandado llamarlo así. Pero, dime, a tu vez, ¿dónde lo ha prohibido? Es sólo un nombre, ¿Quién, entonces? ¿Quién te dio poder de prohibir lo que Dios no prohíbe? ¿Cómo eres tan sacrílego de hacer un pecado grave donde Dios no lo quiere tener? ¿No eres el verdadero asesino de almas que se pone en lugar de Dios sobre nosotros y nos quita nuestra libertad cristiana y somete las conciencias?

No lo denomináis como Cristo y los apóstoles. ¿Por qué mientes tan groseramente? Lo llamamos también la cena del Señor o pan y cáliz del Señor, como leemos en las palabras del apóstol, 1ª Cor. 11. ¿Nos acusarás, espíritu insensato, diciendo que mandan llamarlo sacramento y prohíben llamarlo cena del Señor? Si pudieras achacarnos tal cosa, tu amargo y venenoso encono habría ganado algo en nosotros. Pero ya que no lo mandamos ni lo prohibimos, sino que lo llamamos sacramento, tú niegas y blasfemas a Cristo, puesto que sin un mandamiento de Dios, por propia osadía, prohíbes, condenas y difamas tal libertad ganada y dada a nosotros por Dios. De tu exterior nombre y apariencia haces un asunto necesario y espiritualmente grande.

¹⁹ Ef. 6: 12.

¿No podría llamar a mi Señor Jesucristo con un nombre que no figura en la Escritura? ¿Como si lo llamara corona de mi corazón, delicia de mi corazón, mi rubí, en tanto que no hiciese cuestión de conciencia, del designarlo así y no de otra manera? Pero, ¿dónde figuran estos nombres en la Escritura? Lo mismo, si quisiéramos hablar del bautismo y la santa cena en conjunto, ¿cómo lo haríamos? No hay nombres en la Escritura que comprendan todos los sacramentos o signos. Tendríamos que callarnos o no hablar colectivamente de ellos o estos profetas nos juzgarían por negar a Cristo. Lo mismo hay muchos artículos de la fe, muchas partes de la doctrina cristiana, numerosos capítulos en la Biblia. ¿Qué haremos? Estos nombres, artículos, partes, y capítulos no figuran en la Biblia. ¿No osamos hablar de los artículos de la fe, de las partes de la doctrina, de los capítulos de la Biblia? ¿Cómo lo harán los profetas celestiales? Citan por nombre los capítulos de la Escritura. ¿No son también asesinos de Cristo según su propio criterio por dar nombre a las cosas divinas que no constan en la Escritura?

Podría pasar si payasos hicieran estas bufonerías en carnaval. Pero no tenemos que ver nunca con un espíritu bueno, si ingenios tan altos, semejantes profetas celestiales, cometen tales niñerías en cosas tan serias y quieren engrandecerlas como artículos principales de la fe cristiana. ¿Qué luz puede haber en las cabezas donde reina semejante oscuridad ostensible? Lo digo para descubrirte al diablo y mostrarlo en forma tangible, como dije arriba. Por ello observa cómo ese bribón establece un orden exterior que Dios no ha mandado y llama espíritu a, lo que él mismo inventó. Por otra parte, desprecia y destruye la libertad cristiana que tenemos en el espíritu y la conciencia. Amigo, no mires con ligereza la prohibición donde Dios nada prohíbe o la violación de la libertad cristiana que ha costado sangre de Cristo. Carga las conciencias con pecados donde no existe ninguno. Quien comete esto y se atreve a hacerlo, osa también toda clase de mal. Hasta niega ya con eso todo lo que Dios es, enseña, y hace junto con su Cristo. No es extraño que en el sacramento del altar vea también simple pan y vino, y causa un desastre aún mayor. ¿Qué de bueno hará el diablo?

Por tanto, escucha, hermano. Sabes que por la libertad cristiana como por cada cual de los artículos de la fe debemos arriesgar el cuerpo y la vida y hemos de hacer cuanto se prohíbe en contra y dejar todo lo que se manda en oposición a esto, como San Pablo enseña a los Gálatas 5, Ya que la misma libertad cristiana está en peligro respecto a este término y nombre "sacramento", en adelante tienes la obligación de nombrar la cena de Cristo sacramento, desafiando y contrariando a estos profetas del diablo. Cuando estás con ellos o los visitas, has de llamarlo sacramento, no por tu conciencia, sino que debes confesar y mantener la libertad cristiana. No has de permitir que el diablo estatuya un mandamiento, prohibición, pecado o conciencia donde Dios no los quiere tener. Pero si permites cometer semejante pecado, ahí no hay mas Cristo que los quite. Con semejante conciencia se niega al verdadero Cristo que libra de todos los pecados. Por tanto, ves que en estas cosas pequeñas hay gran peligro, puesto que se atacan las conciencias.

De la misma manera, cuando se te prohíbe comer carne en un día de ayuno, debes comerla. Si te mandan comerla en un día de carne no debes consumirla. Si te prohíben casarte, debes contraer matrimonio, o simular que le gusta desposarte. La misma conducta has de, observar en otros asuntos. Donde quieran decretar mandamientos, prohibición, pecado, buena obra, conciencia, y peligro, donde Dios quiere que haya libertad y no manda ni prohíbe nada, debes atenerte a semejante libertad y hacer siempre lo contrario hasta obtenerla. Pablo no quiso consentir en la circuncisión de Tito, Gal. 2, cuando querían compelerle y hacerla necesaria. No obstante, circuncidó a Timoteo, Hechos 16, cuando no había compulsión. Lo mismo puedes llamarlo sacramento o no. Empero, si esos profetas insisten y lo prohíben, puedes y debes nombrarlo sacramento. Además cuando quiere demostrar que la carne y sangre de Cristo no está en el sacramento, confiesa él mismo que lo motiva la predicación tradicional que enseña que el

cuerpo natural de Cristo está en el sacramento tan grande, ancho, grueso, y largo como era cuando pendía en la cruz. Dice que no puede creerlo, etc. A eso lo obligó Dios (como a Caifas)²⁰, para que todos viesan que no había sacado su opinión de la Escritura, sino que la había introducido en ella. Quería correr con esta necedad a la Escritura y torcerla, forzarla, y torturarla según su propia opinión en lugar de cambiar su imaginación insensata o dirigirla según la palabra y Escritura de Dios.

Es cierto que el populacho y la razón oyen con agrado semejante discurso y opinión. No sería necesario vanagloriarse de la voz celestial y del espíritu alto. No hay razón tan débil que no se incline a ello y prefiera creer que allí hay simple pan y vino en lugar de que esté oculta la carne y sangre de Cristo. No se precisa espíritu para ello, cualquiera lo cree fácilmente. Todo lo que el populacho insensato necesita es que un hombre de cierta reputación se atreva a predicarles y ya tiene discípulos suficientes. A mí me hubiera resultado fácil creerlo y predicarlo. El doctor Carlstadt en esto no puede jactarse de gran inteligencia o ciencia.

Pero, si tratamos nuestra fe de manera que llevemos nuestra opinión a la Escritura y después la interpretemos según nuestro arbitrio, atendiendo sólo a lo que se adapta al populacho y a la inteligencia común, ningún artículo de fe permanecerá. Porque no hay nadie que, en cuanto a la Escritura, esté situado por Dios fuera del alcance de la razón. Es precisamente una causa que revela el error del doctor Carlstadt la de hablar de la fe y de la palabra de Dios de manera, que la razón las acepta de buen grado, mientras en lo demás ella se rebela contra toda la palabra de Dios y los artículos de fe. Él lo hace un motivo principal de escribir de sí. También yo podría decir: No puedo creer que el Hijo de Dios se hizo hombre e incluyó la majestad que el cielo y la tierra no abarcan, en el estrecho seno de una mujer y después se hizo crucificar. Podría después forzar toda la Escritura y la palabra de Dios, e interpretarlas según mi capricho, como lo hizo Manes²¹. Ahora resulta claro que ha llevado su opinión a la Escritura en lugar de sacarla de ella, como en efecto no puede derivarla. Habría tenido motivo de callarse, pero Dios quería que el cucú cante su propio nombre. Después toma la Escritura, porque teme por su pellejo y la quiere embrujar para que no le pegue y dice: versículo tal o cual, etcétera. Mas, ya que masculla de miedo en la oscuridad, expondré su opinión en forma algo más clara. Él quiere decir: Entre las palabras con que los evangelistas describen la santa cena, a saber: "Jesús tomó el pan, y bendijo, y lo partió, y lo dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo dado por vosotros; haced esto en memoria de mí", las palabras: "Esto es mi cuerpo dado por vosotros", son una sentencia completamente independiente y no pertenece a lo que antecede: "Tomad, comed". Es una frase aislada, agregada. No obstante, sin ésta queda el pasaje completo.

En pocas palabras, Carlstadt quiere decir que Cristo había podido omitir en la santa cena las palabras: "Esto es mi cuerpo dado por vosotros" y la santa cena hubiera quedado suficientemente instituida con las palabras: "Jesús tomó el pan y bendijo y lo partió y lo dio a sus discípulos y dijo: "Tomad, comed; haced esto en memoria de mí". Que su cuerpo es dado por nosotros se dice en muchos otros pasajes de la Escritura. Lo ha añadido en forma superflua para recordarles que tengan memoria de él. Quizá puedas pensar que el beodo Cristo había bebido tanto esa noche que fastidió a los discípulos con palabras superfina.

¿No te parece? ¿No es un espíritu atrevido que tan desvergonzadamente se mete en la palabra de Dios y saca de ella lo que le place? Ahora bien; ya que estos espíritus se jactan de que no han de decir palabra alguna que no puedan imponer cumplidamente con pasajes claros que

²⁰ Jn. 11: 49.

²¹ Fundador de la secta de los maniqueos; muerto hacia 274.

debe ser así, como apremia en ese mismo libro a su pobre Gemser²² diciendo: Indícame el fundamento, indícame la Escritura, debes imponer, forzar, y apreciar, de modo que no se pueda escapar, etcétera, de manera que usamos también como es justo, su propia regla y decimos: Estimado espíritu, afirmar aquí dos cosas, primero que esta parte: Esto es mi cuerpo dado por vosotros es una digresión que no tiene relación con el resto; por favor,, no ocultes lo que no vemos, muestra el fundamento, indícame la Escritura, imponlo y oblíganos a reconocerlo. ¿Cómo? Adelante, por Dios, muestra una palabra que diga claramente o nos fuerce a admitir que esta parte es una digresión y lo creeremos. ¿No quieres? ¿Dónde está vuestro espíritu? ¿Dónde está vuestro Dios? ¿Duerme? ¿O está de camino? ¡Ay, queridos hijos, qué callado y mudo es el espíritu que escribe tantos libros y, sin embargo, no aduce una palabra que demuestre que esta parte es una digresión!

Bien; ya que el alto espíritu calla y no da señales, rogarnos por favor poder confiar en nuestros ojos y oídos. Vemos y oímos que esta parte no es una añadidura separada, como este espíritu protervo afirma, sino que figura en medio de otras y está tan estrechamente unida a ellas que no puede estar mejor entrelazada. Sigue inmediatamente a la otra parte: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Quien oye estas frases, una tras la otra, no puede pensar que se trata de una aserción nueva. Por consiguiente, debe haber aquí un motivo fuerte y se debe citar una causa poderosa de la Escritura, si quieres demostrar que se trata de una afirmación independiente que no depende de lo antecedente. La misma razón o fundamento suponemos con toda confianza y certeza que este espíritu propondría si el diablo se hiciera Dios. Si se tratase de una añadidura, no debería figurar entre otras palabras ni estar envuelta con las que hablan del comer, sino que debe ser agregada cuando las demás sentencias hubieran terminado, de modo que según el criterio de Carlstadt tendría que tener esta forma: "Tomad, comed; haced esto en memoria de mí. Pues os digo que aquí está sentado el cuerpo dado por vosotros". Así habría dicho Cristo si hubiera querido agregar una sentencia interpretando la opinión del doctor Carlstadt. No carece tanto de elocuencia y no es tan confuso de cabeza, como cree Carlstadt, que confunda y mezcle una cosa con otra, como él, sin orden alguno. Que Cristo haya hecho lo mismo es cosa que primero han de demostrar. Porque hemos demostrado sobradamente que el propio Carlstadt tiene tal mente y método.

En segundo lugar, el espíritu debe demostrar su afirmación de que la frase "esto es mi cuerpo" se ha añadido para recordar y enseñar a los discípulos de qué deben tener memoria. Bien, ahí está. El espíritu lo ha dicho. ¿Dónde está el motivo y la causa por la cual Cristo lo ha agregado? ¡Oh, Peter de Naschhausen, muestra al pobre Gemser una sílaba, compele, constriñe, oblígalo a reconocerlo! Gemser oye bien que tú lo dices. Es una vergüenza que se te caigan las alas del corazón cuando debes probarlo. ¿Dónde está escrito? ¿Qué pasaje de la Escritura dice la razón por la cual se añadió esto para instruir a la memoria? Sé bien que debemos recordar la muerte de Cristo. Mas, que estas palabras se han agregado con este fin, esto no lo sé. La santa cena es completa sin esa frase y otros pasajes indican bastante por qué hay que recordar a Cristo. Si yo hubiese estado contigo, Peter, yo te habría presentado a otra clase de Gemser que habría puesto en vereda a semejante palurdo.

La situación es la siguiente: Si el doctor Carlstadt tiene poder de establecer artículos de fe y le debemos creer cuando habla sin fundamento escriturario lo que sueña, su escrito es correcto. Esta sentencia debe sacarse y tiene un sentido especial. Está agregada al texto de por sí completo, estando puesto como una venera en una esclavina de los peregrinos que vienen de Santiago de Compostela y no tiene nada que ver con la santa cena. Pero si no tiene poder, ves que lo pica la

²² Personaje en el libro Dialogus de Carlstadt.

mosca a forzar, establecer, cambiar, interpretar, y torturar "las Escrituras según su capricho, de modo que yo mismo creo que no habla en serio. Aventura todo; no se preocupa de Dios y los hombres. ¿Cómo se puede atrever uno, sin guía de un diablo especial, a arrancar palabras claras e indubitables de los ojos y oídos y hablar y establecer sin autoridad escrituraria lo que le parece? Enaltece semejante opinión tanto como si no hubiese cosa más firme en la tierra, de modo que vitupera e insulta por ello a los adversarios, como si fuera poseído por diablos, como lo demuestran sus libros.

Semejante torturar y martirizar me recuerda un libro de un autor que leí cuando era joven maestro. Atormentaba y torturaba al padrenuestro: "Padre nuestro, que estás en los cielos santificado sea, tu nombre venga; a nos tu reino; etc." Las subdivisiones eran extrañas y raras y no faltaban razones para ello. Lo mismo, me viene a la memoria el modo en que algunos judíos han tratado Gen. 1: "Y creó Dios al hombre a su imagen; varón y hembra lo creó". Creían que Dios hizo a Adán de tal manera que su sola persona era a la vez hombre y mujer. Si semejante tortura y división fuesen válidas, ¡qué linda Biblia formaríamos! Esto vale, sobre todo, si lo hacen en los pasajes que pesan y en los cuales se fundan los artículos de fe. A los demás pasajes no les concedo tanta importancia. Por consiguiente, éste es nuestro fundamento: Cuando la Sagrada Escritura establece que algo debe creerse, no debemos apartarnos de las palabras según como rezan ni del orden en que aparecen, si no nos obliga un expreso artículo de la fe a dar otro sentido u orden a las palabras. En caso contrario, ¿qué sería de la Biblia? Cuando el salterio dice 30: "Dios es mi roca", aquí figura la voz "roca", que en otra parte significa una peña natural. Pero ya que la fe enseña "que Dios no es una piedra natural", me veo obligado en este pasaje a dar otra interpretación al vocablo "roca", que la natural. Lo mismo Mat. 16: "Sobre esta roca edificaré mi iglesia". Empero en el pasaje de que estamos tratando ahora ningún artículo nos constriñe a separar esta parte y sacarla del contexto, es decir que el pan no sea el cuerpo de Cristo; hay que tomar simplemente las palabras como figuran y no cambiar nada, sino admitir que el pan es el cuerpo de Cristo.

Sí, dice mi Pepe Bruto, es una sentencia especial), puesto que la frase: "Esto es mi cuerpo" comienza con una mayúscula y está precedida por un gran punto, etc., que indica usualmente el principio de una sentencia nueva. ¿Qué oigo? Yo había pedido razón y base bíblicas y tú me das un punto y una mayúscula. ¿Para el arado de Naschhausen punto y mayúscula son Escritura Sagrada? Oigo bien que roe das otra vez tu opinión en lugar de Escritura divina, pagándome inmundicias por oro. Porque opinas que un punto y una mayúscula indican algo diferente y nuevo, quieres inducirme a creer lo mismo sin Escritura. No; aquí no valen creencias. Trae la Escritura, Escritura, Escritura, compéleme, úrgeme, oblígeme con la palabra de Dios de que un punto y una mayúscula indican siempre algo nuevo. ¿Dónde dice un pasaje claro en la Escritura que un punto y una mayúscula indican algo nuevo? ¿No oyes, Pepe? ¿No oyes?

¿No es un pecado y una vergüenza que este espíritu quiera basar un asunto tan importante en habladurías vanas? Hace una baraúnda terrible cuando no se le indica la base escrituraria. ¿Cómo sería si mi libro no tuviese punto y mayúscula y el tuyo tuviera ambos? Así oigo bien que nuestra fe depende de la tinta y las plumas y hasta de la buena disposición de los escribientes e impresores. ¡Ésta sería una linda fundamentación! Para decirlo brevemente, debe haber sentencias simples y claras que con sentido lúcido nos obliguen, sean escritas con mayúsculas o minúsculas, con puntos o sin ellos. Aunque fuese convincente ante los hombres que un punto y una mayúscula indican algo nuevo (lo que no es cierto), ¿seguiría de esto que en la Sagrada Escritura y, por tanto, mi fe se basara, sin versículo alguno, en un punto y una letra deleznable que no dicen ni cantan nada? Esta sería, en verdad, una fundamentación endeble.

¿Cómo sería si en algunos libros (no son todos iguales) se pusiese una mayúscula y un punto con el fin de recordar al lector que se trata de un asunto importante; para que mejor lo recuerde y observe y no porque comienza algo nuevo? ¿Qué bien se apoyaría mi fe en la duda al sostener que el punto y la letra están ahí para indicar que comienza algo nuevo! ¿Cuántas veces escribimos el nombre de Cristo íntegramente con mayúsculas! ¿Cuántas veces subrayamos una palabra o colocamos una llamada u otro signo especial al lado de un texto sin que por ello comience una cosa nueva! El punto y la letra son cosas y obras humanas y el hombre tiene poder de hacer y ponerlas como quiera. Y mi doctor Carlstadt quiere basar la fe y, la palabra divinas en una cosa tan humana e inestable. ¡Ah!, ¿qué diré? En verdad, no lo afirma en serio. Se ve bien que es mera ambición desmedida. La fe y la palabra divinas le importan poco. ¡Ay de la fe!, a la cual hay que buscar tales soportes y auxilio y mendigar por ellos, mientras que todos los artículos están tan abundante y sólidamente fundados. Aunque la opinión del doctor Carlstadt fuera correcta y cierta, no querría ni podría creerla, porque disparata así con puntos y letras. No aduce palabra alguna, sino que sólo niega nuestro texto claro, perfecto y ordenado. ¡Ay!, se trata de mera fantasmagoría sin fundamento alguno.

Con esto me dirijo a todos los que aceptan la opinión del doctor Carlstadt. Digo su argumento supremo y único en que esta frase "*Esto es mi cuerpo*", etc., forma un texto separado y constituye el comienzo de algo nuevo, siendo un agregado como ya se ha oído. Si no lo prueba y aclara todo fracasa. No tiene más su tonto, y otras cosas, y todo depende de que sea un nuevo comienzo separado del resto. Si falta esto y queda nuestro argumento de que una frase está conectada con la otra, no ayuda a Carlstadt ni touto ni taita, y nosotros hemos panado. Tal relación nos urge y compele con fuerza a aceptar que el pan es el cuerpo de Cristo. Las palabras rezan: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo". Esto nos compele fuertemente, porque se entrelaza entre sí. Lo que él manda a comer es su cuerpo. Esto lo advirtió debidamente el propio doctor Carlstadt. Por ello, se esfuerza en dividir y separar lo uno de lo otro. No obstante, no halló más que un punto y una letra, lo cual, como hemos oído, no figuran en todos los libros. Aun cuando estuvieran ahí no sería por ello determinante que aparecen con el objeto de indicar que comienza algo nuevo o para llamar la atención del lector. Aunque esto último es más creíble que aquello. Empero, la fe debe estar segura y no ha de tener como base un punto o una letra, sino que tiene que fundamentarse en pasajes claros y sencillos y en palabras completamente evidentes tomadas de la Escritura. Bien; ahí yacéis todos juntos, vosotros los partidarios de Carlstadt. Vuestra fe y ciencia se fundan en un deleznable e incierto punto y letra. Que Belial arriesgue por eso su conciencia y salvación, yo no. Por ello, estimados señores secuaces de Carlstadt, que escribís muchos libros, fijaos por Dios en este punto que para vosotros es una inconveniencia, porque pensáis que con la frase "Esto es mi cuerpo" comienza un pensamiento nuevo. Esto es lo más importante de todo. Ahí, la cosa arde, estimados hermanos; así desunid, separad y dividid. Aunque escribís tantos libros como hay arena en el mar, si no lográis mantener este asunto, habéis perdido. Porque como he dicho y lo repito una vez más, el texto reza en conjunto de la siguiente manera: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo". Si referís el comer al cuerpo de Cristo hemos ganado. El pan es el cuerpo y es el cuerpo lo que han de comer. No podéis escapar. Reto a todos vosotros y vuelvo a desafiaros. Ahora dime, ¿qué tenemos que pensar del espíritu que se atreve a arriesgarse en una cosa tan sublime sin Escritura ni palabra, basándose sólo en un punto y una letra? ¿No es bastante insensato y necio? ¿Cree que tiene conciencia? ¿Qué más podría osar, si tuviese oportunidad? ¿Qué corazón piadoso puede esperar de él algo bueno y probó? Bien; he cumplido con mi deber. Quien quiera errar en esto, que yerre. Con ello he contestado bastante a todos los libros de Carlstadt. Queda establecido que la hostia es el cuerpo de Cristo. Quedará evidente que él mismo deba dejar de denostar tan feamente y llamarnos carniceros de

perros y de colmarnos de denuestos. Ha luchado contra nosotros con sus puntos y letras (que son sus únicas endebles armas), como quien con una brizna de paja ataca una roca. ¡Que le aproveche! ¿Por qué no se mete con sus profetas?

Pero contestaremos más para fundamentar mejor nuestra posición. Para empezar, si él dijera que yo debo probar mi creencia de que la expresión: "Esto es mi cuerpo", esté íntimamente relacionada con la que la precede, puesto que lo impugna y no puede probar que deban separarse una de otra. Contesto: Las dejo estar juntas, porque las encuentra unidas en el texto cuando se las pronuncia, lee u oye, pues la una sigue a la otra en el modo natural de hablar. No veo motivo alguno de separar tal orden y contexto natural. Las encuentro unidas. Si se deben separar, alguien ha de demostrármelo. Esta prueba es suficiente para mí. Lo mismo dejo el Padre nuestro: "Padre nuestro que estás en el cielo", etc., y no preciso otra prueba aparte de que en el habla natural se sigue este orden. No veo motivo para dividirlo de este modo: "Padre nuestro, que estás, en los cielos santificado sea tu nombre", etc. Mas si he de dividirlo, lo desafío a que me dé razones. Así en el natural modo de hablar: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo", etc. Una sigue a la otra y no veo ninguna razón para separarlas. Pues el punto y la letra de Carlstadt no tienen valor alguno. Ni él mismo ni nadie conocen otra razón. Pero, después, sobreabundando, lo demostraremos con clara palabra escrituraria, no con un punto y una letra, que una frase debe seguir a la otra. Por el momento esta prueba basta como desafío contra el diablo.

Tercero: Sale con su idioma griego y se molesta con la palabra touto. En griego rezan las palabras: touto esti to soma mou. Originalmente y hoy aún debería ser traducido: "esto es mi cuerpo", en latín: "hoc est corpus nieum". Esto es el texto completo en griego y no le falta ni un ápice, como lo pueden testificar todos los que conocen griego, con excepción de Pepe Bruto de Orlamünde, quien ha descubierto algo nuevo. Afirma que no se puede traducir adecuadamente, sino que sería justo que se conservase el touto, diciendo: "Touto es el cuerpo mío". ¿Qué diré? Me reiría de esas monerías, si no se tratase de cosas tan serias y excelsas. Esta cabeza de asno quiere ser maestro en griego y no sabe aún bien el alemán ni el latín, para no hablar del griego y hebreo y se muestra tan petulante delante de todo el mundo como si se tratara de puros Pepe Bruto de Naschhausen, los que no entienden griego.

Ahora el espíritu faccioso sólo trata de conmovier al populacho insensato y atraérselo. Siempre tiene la plebe inclinación hacia las cosas extrañas y novedosas. Han de fruncir la boca diciendo: "¡Oh, qué hombre excelente es el doctor Carlstadt que halló lo que está oculto a todo el mundo! No obstante, lleva un saco gris y sombrero de fieltro por gran humildad y no quiere que lo llamen doctor, sino vecino Andrés. Ahí habita Dios y el Espíritu Santo con todas sus plumas y huevos". Los que del populacho se adhieren a Carlstadt no lo hacen porque entiendan su razonamiento, que resulta imposible puesto que murmura, vomita y se atraganta con las palabras y no puede expresar lo que quiere. Quizá Dios se lo impida, o carece de la habilidad de hablar alemán. Sé, también, que nadie puede indicar el razonamiento del doctor Carlstadt, aunque se coma todos sus libros. Le siguen por su gran ciencia y sus palabras altisonantes. Tranquilamente blasfema e indica que a la razón le resulta una locura que el cuerpo de Cristo esté en el sacramento. De esta manera, se debe conmovier al populacho y burlarse de él. No importa si ignora la causa. Pero estas cosas no duran. Por lo tanto, tengo que efectuar dos tareas. Primero, exponer más claramente la base y opinión del doctor Carlstadt. Segundo, contestar a ellas. Respecto al sueño de su touto, el caso es el siguiente: Tanto el alemán como el latín, como el griego, expresan la misma cosa de tres diferentes maneras. Usamos el masculino cuando decimos der, dieser, jener²³. El femenino cuando empleamos die, diese, jene. Así se dice der Himmel, der

²³ Él, éste, aquél.

Mond, der Stern, der Mann, der Knabe, der hund²⁴. Lo mismo, die Sonne, die Erde, die Luft, die Stadt, die Frau, die Magd, die Kuh²⁵. Y a su vez, das Wasser, das Holz, das Feuer, das Licht, das Pferd, das Schwein²⁶. Mas el idioma hebreo no tiene das, sino solamente der y die. Carlstadt argumenta así: Pan lleva en el idioma griego y latino un der y no un cías. Pues dicen der artos, der panis, mientras en alemán decimos das Brot. Cuerpo lleva un dos en lengua griega y latina. Dicen das soma, das corpus, pero en alemán decimos, der Leib. Ya que Cristo aquí dice: "Touto esti to soma mou, das ist mein Leib" y no dice: "Der ist mein Leib". No señala el pan que es un der en griego, sino su cuerpo que es un dos en ese idioma. ¿Entiendes ahora lo que quiere Carlstadt? Esto es su touto griego que en alemán es das. Como un griego moderno, quiere haber demostrado con la lengua griega que el cuerpo no está en el sacramento, puesto que no dice: der ist mein Leib, sino das ist mein Leib. Porque hablar del pan diciendo "das ist mein Leib" no está de acuerdo con la gramática griega.

Semejante maña no la ha conocido griego alguno desde los tiempos de Cristo, aun cuando haya nacido con esa lengua. Pero, ahora, fue descubierto en Orlamünde, quizás en una imagen antigua, cuando destruyeron las imágenes, o lo han recibido de una voz del cielo. Y el hombre que apenas ha visto el abecedario griego no da el mismo crédito a los que han nacido y han sido educados en él, ni a los que actualmente tienen un conocimiento competente del idioma en Alemania y otros países, porque no habría cosa más fácil que advertir semejante discrepancia. No habría niño en Alemania que si alguien dijera: El mujer es hermosa, lo hombre es piadoso, se reiría diciendo: "Eres un tártaro o un gitano". Y toda la Grecia, y con ella el mundo entero, no habría advertido lo mismo en el evangelio, cuando Cristo dice: "touto ist mein Leib", puesto que todo el mundo sabe que con el touto se refiere al pan y todavía hoy en día así lo indican. Si un niño griego oyera a alguien decir: dos arios, también se reiría en seguida. Sin embargo, nadie se ha reído, cuando todo el mundo decía de arios o del pan: "das ist mein Leib".

Y este espíritu palurdo se propone instruir a todos los griegos. Pero, como ya dije, el hombre ha perdido la frente, los ojos, el cerebro y el corazón, ya que no tiene vergüenza ni temor de afirmar cuanto se le ocurre. Por cierto, no ignora que no domina el griego y lo prueba del todo al traducir el griego: "Touto esti to soma mou", al latín: "stud panis est hoc Corpus meum", y al alemán: "touto ist der Leib mein". Hace del artículo to un pronombre e inserta panis. ¿Qué alemán habla así: "das ist der Leib mein"? Ni osa basar conscientemente su fe en semejante ignorancia y con él todo el inundo. Si uno se aventura a fundar artículos de fe en un dislate consciente y conocido y a enseñar al mundo, ¿cuánto más se arriesgará a hacerlo sobre la base de una ilusión o duda? ¿Qué no se anima a realizar semejante espíritu atrevido? Mi corazón se aterra ante la osadía y desafuero en cosas divinas de quienes son tan tímidos, amilanados y desesperados en su relación con la gente en el mundo.

Ahora señalaremos la causa por la cual Cristo dice "touto" o "das" y no "der" con referencia al pan. En el idioma alemán la índole de la lengua da que usamos un "dos", para señalar una cosa que está delante de nosotros, aunque de por sí se trate de un der o die. Digo: dast ist der Mann davon ich rede (este es el hombre del cual hablo); das isí die Jungfrau, die ich mein (esta es la joven a que me refiero); das ist die Frau, die es kann (esta es la mujer que lo sabe); das ist die Magd die da sang (esta es la sirvienta que cantaba); dos ist der Geselle, der mir saget (este es el compañero que me lo dijo); dos ist die Stadt, die es tat (esta es la ciudad que lo hizo); das ist der Turm, der da liegt (esta es la torre que está ahí); dos ist der Fisch, den ich brachte (este es el

²⁴ El cielo, la luna, la estrella, el hombre, el muchacho, el perro.

²⁵ El sol, la tierra, el aire, la ciudad, la mujer, la sirvienta.

²⁶ El agua, la madera, el fuego la luz, el caballo, el cerdo.

pez que traje). Aquí convoco, pues, a todos los alemanes para que digan si también hablo alemán. Es, pues, la lengua materna y así habla el hombre común en tierras de Alemania.

Lo mismo hace el griego con su touto que usa con referencia al pan, si lo señala diciendo: "esto es mi cuerpo dado por vosotros". Pongo por testigos a cuantos saben griego. La lengua latina no puede expresarse así, puesto que no tiene artículos como el griego y el alemán. Especialmente se dice igual entre mis sajones los cuales dicen en total concordancia con los griegos: "tutten" y "tatten": Tonto esti to soma mou, tut es te Uf (esto es mi cuerpo). Si prevaleciera el ensueño del doctor Carlstadt, también se debería decir que no es alemán si digo: das íst mein Leib (esto es mi cuerpo), dado por vosotros, puesto que Leib lleva der en la lengua alemana. Nosotros decimos: der Leib ist gross (el cuerpo es grande). Sin embargo, nos expresamos así: "dos ist der Leib, der mir gefällt" (esto es el cuerpo que me gusta, etc.). Lo mismo: das ist der Leib, der für euch gegeben wird (esto es el cuerpo dado por vosotros). Pero el doctor Carlstadt revela con ello que no sabe más alemán que griego.

Si yo quisiera hablar en alemán del sacramento y tuviera una Semmlen (panecillo) o una hostia en la mano, delante de mí, que requieren los dos un die, diría das ist die Speise (esta es la comida) y no die ist die Speise. Del mismo panecillo o la hostia dice Cristo: das ist mein Leib, etc. (esto es mi cuerpo). Pregunta tú por qué no puedo decir das Münn y, no obstante digo das is der Aíann (hombre); no puedo decir das Frau, das Magd, das Geselle, das Stadt, sin embargo tengo que decir: das ist die Frau, das is die Magd, das ist die Stadt, das ist der Geselle²⁷.

No conozco otra razón que el hecho de que la índole de las lenguas así lo exige, como Dios las ha creado. Así ningún griego puede decir "das artos" y, sin, embargo, ha de decir "das ist der arios". Así dice también "Esto es mi cuerpo dado por vosotros".

Una cosa más, querido Pepe Bruto, que Gemser trate de abrirte los oídos. Tú dices que tu tonto se refiere al cuerpo de Cristo y no al pan, cuando dice: tonto o esto es mi cuerpo. Dime ahora por favor, ¿a qué corresponde el otro touto que le sigue en seguida? Cuando Lucas 22 y 1ª Cor. 2 hablan de la segunda parte del sacramento: "De igual manera, después que hubo cenado tomó la copa diciendo: toitto o esta copa es el pacto en mi sangre, etc. Aquí figura expresamente la palabra tonto, y señala en el texto la copa que ofrece y no la sangre contenida en ella. En griego reza como sigue: "Tonto to poterion he kaine diatheke esti en to haimati mou": Esta copa es el nuevo testamento en mi sangre. Dime, ya que si este touto se ha de referir a Cristo y, no obstante, aquí en este texto señala expresamente la copa, ¿acaso vuestra fe considera o llama a la sangre de Cristo o a Cristo mismo una copa? ¿No sería mejor si hicierais todo nuevo y llamarais su sangre, no una copa, sino un cesto de fuentes o una escudilla de cucharas?

¿Lo oyes, señor Pepe? ¡Cómo sudáis! Sin embargo, es invierno y ha helado mucho. ¿Queréis un sudadero? ¿No podría ayudarte una mayúscula y un punto? ¿O no es el touto en este caso un das y la copa un der para que la gramática venga en tu auxilio porque el espíritu no puede? La copa en griego es también un das y no un der, tonto poterion. ¿No sois el hombre que ama la recta verdad? ¿Os jactáis de ser duro con las mentiras pero blando con la verdad? Bien, ahora sed blando y aceptad razones y confesad que os habéis equivocado y que el hombre que os visitó y os lo dijo no era vuestro padre celestial, como mentís y blasfemáis, sino el fastidioso diablo o su madre que os mostró el touto refiriéndolo al pan y no os dijo nada del otro relacionado con la copa.

¿Qué refunfuñáis contra esto, todos los adeptos de Carlstadt? Debéis callaros condenando vuestro tratado blasfemo y vuestra boca mentirosa y confesando que habéis sido vencidos pública e irrefutablemente. El touto en conexión con la copa no se refiere a Cristo allí .sentado, sino que

²⁷ La mujer, la criada, la ciudad, el compañero.

señala el cáliz y la sangre que Cristo ofrece y manda beber a sus discípulos, diciendo que es el nuevo testamento en su .sangre. Lo mismo, habéis de confesar también que el touto en conexión con el pan no se refiere al cuerpo de Cristo, sino al pan que les ofrece y manda comer. ¿Tenéis algo que objetar a esto? Oíd. Mirad, así puede Dios atrapar a los sabios en su propia astucia. Estos profetas pensaban revolucionar todo el mundo con el touto relacionado con el pan, pero no veían que el touto conectado con la copa los arrojaría al barro, de modo que no se atreverían a chistar más.

¿No es esto un infortunio para el hombre? Los evangelistas han puesto el touto precisamente porque deseaban señalar el pan con exactitud y expresarse en forma más sencilla para evitar el error que el doctor Carlstadt comete con él. Lo toma y se lo arroja para fortalecer con ello semejante yerro. Dime, ahora, mi estimado Pepe Bruto, ¿quién tiene la espada por el filo y quién la tiene por la empuñadura? Creo que estás herido. Gemser te ha herido con tu propio touto, con el cual querías lidiar con tanto acierto. Tú deberías advertir pronto quién de nosotros dos tiene el espíritu y sabe la verdadera ciencia. Si yo quisiera devolverte las palabras difamatorias con que ultrajas el dignísimo sacramento, el santo cuerpo y la sangre de Cristo, en forma tan horrible y abominable, ¿de dónde sacaría suficientes palabras? Pues tu pecado y blasfemia sobrepasan todos los límites.

Si el doctor Carlstadt, pese a todo, persistiera en su touto y fuera así como él sueña, ya he demostrado más arriba que no le sirve de nada, porque no ha probado ni puede probar que la frase: "Esto es mi cuerpo" sea una locución nueva e independiente separada del contexto. Mi pobre espíritu faccioso no acierta en nada de lo que quiere. Pues si la frase no es independiente sino que está relacionada con el contexto, quedan destruidos todos los toutos y tautas, cloqueos y cacareos del doctor Carlstadt. A pesar de todo consta que en el sacramento está el cuerpo de Cristo. Si queda firmemente establecido, el Espíritu Santo también tiene el poder de decir "der Magd" y "das Magd". No importa; no importa, no impide ni ayuda, si dich der Brot" o "das Brot". No es que así se hace, sino que aun cuando lo hiciera el doctor Carlstadt no habría ganado con ello. Lo que fundamenta la fe debe ser algo más sublime que reglas gramaticales. También Juan en su evangelio capítulo 14 cuando habla de la luz usa unos días. Poco después lo llama un der diciendo: "Die welt kand ihn nicht", no: "Die welt kand es nicht", usando el masculino y no el neutro. El doctor Carlstadt resulta ridículo en esto, no sólo en su ciencia griega, sino que quiere fundar artículos de fe sobre la gramática. Si mi fe se basara sobre el Donato²⁸ o el abecedario, quedaría mal fundamentada.

¿Cuántos artículos deberíamos establecer si quisiéramos aderezar la Biblia en todos los lugares según reglas gramaticales? ¿Cuántas veces habla contra la costumbre en los números, géneros, personas, etcétera? ¿Qué lengua no lo hace? Nosotros los alemanes tenemos Nacht (noche) por un die y decimos: die Nacht. No obstante, a veces, usamos en lugar de ello un das diciendo des Nachts. "Es ist des Nachts still und gut schlaffen." (de noche es tranquilo y bueno para dormir). El doctor Carlstadt habría quedado mejor en casa con su gramática y nos hubiera presentado en lugar de ello pasajes y textos de la Escritura, como es justo, para demostrar que su touto se debe relacionar con la persona de Cristo y no con el pan. Pide que le ofrezcamos pasajes de la Escritura. Exigimos de él lo mismo. Bien, estimado Pepe, adelante, muéstranos aunque sea una palabrita de la Escritura para demostrar que touto se refiere a la persona de Cristo y no al pan, ¿por qué no? No confiamos en su gramática, el fundamento es demasiado deleznable e inseguro.

²⁸ Aelio Donato, autor de una gramática latina.

Ya ves, mi amado lector, cómo es el asunto de ese touto. El doctor Carlstadt porfía con esto negando que señale el pan y que no sea suficientemente claro y cierto. Esta es su posición. Es mera petulancia malvada contra la índole natural y el orden del idioma. Debe ser convencido de que señala al pan. Aunque el carácter del idioma confirma nuestra posición, hemos demostrado categórica y sobradamente por medio del texto que debe referirse al pan, puesto que la otra parte se refiere a la copa. Con esto le tapamos la boca. Así, pues, por nuestra parte, insistimos en la negación y exigimos que él pruebe que el touto señala al cuerpo de Cristo, como dice y afirma. Quien así asevera debe demostrar su aseveración contra el que la niega. Pues bien; va desafío contra desafío, que presente un texto para su afirmación como nosotros lo hemos hecho por la nuestra. No vale que él diga "no" a nuestro "sí" y a nuestro "no", "sí", lo que no admite la índole de la lengua. Debe refutar nuestra negación con un pasaje claro del texto afianzando su afirmación igual como nosotros hemos rebatido su negación con un pasaje del texto afianzando nuestra afirmación. Si responde vencedor a nuestro desafío, entonces habrá ¿añado. Pero rogamos que nos trate con clemencia y no nos incendie las remolachas. Pero es como dije. Este espíritu no tiene seriedad en tan importantes asuntos; el diablo hace su juego y se burla. Bien; recomendaré al doctor Carlstadt con su griego a los peritos en la materia, para que lo curen del prurito y le den palmetazos, a fin de que no invoque más el griego, si no lo domina antes. Trataré con él con la Escritura y quiero que la use también. Si lo hace, habrá ganado con su touto. Mas espero que no nos molestará por lo menos este carnaval. Mientras tanto Dios nos ayuda a proseguir. Tanto diremos de su amado touto, del cual los profetas celestiales han hecho tanto alarde.

Tomaremos el texto y veremos qué bien concordaría si el pasaje: "Esto es mi cuerpo", fuese una frase separada y señalase a la persona de Cristo, no el pan. Pues Cristo toma el pan en la mano, lo bendice y lo parte, lo da a sus discípulos diciendo: "Tomad, comed". Y en seguida, sin transición alguna: "Esto es mi cuerpo". La índole y el orden natural de las palabras compele que lo diga del pan que tomó en la mano, se lo dio y mandó a comer. De otra manera, los discípulos no lo habrían entendido y nadie podría comprenderlo en otra forma, si lo oyese de él. Sus ojos tienen que mirar sus manos, cómo toma el pan, lo parte, lo da y ofrece, y sus oídos tienen que oír las palabras que pronuncia al ofrecerlo y dárselo. Ahora no dice otras palabras que éstas: "Esto es mi cuerpo", etcétera.

Si no fuese su cuerpo lo que les ofrece y manda comer, cuando dice: "Comed, esto es mi cuerpo", los habría engañado y se habría burlado de ellos con palabras. ¿Cómo sonaría, si le doy a alguien un saco gris diciendo: "Toma, pónitelo, esto es mi capa de terciopelo guarnecida de piel de marta", etc., y refiero las palabras al traje que visto? ¿No sería una burla y un engaño?, si después de decir: "Toma, pónitelo", agrego inmediatamente diciendo: "Esta es mi capa de terciopelo guarnecida de piel de marta". Tendrían que mediar otras palabras que quitaran su atención del saco gris que le ofrecía para que se lo ponga, dirigiéndola a mi capa, ya que con sólo estas palabras le resultaría imposible entenderme. ¿Cómo suena si le doy a alguien un pedazo de pan diciéndole: "Toma, come", y al ofrecérselo y dárselo a comer añado en seguida: "Esto es una libra de oro en mi bolsillo"?

Por cierto, no debe haber aquí un touto o tauta ni un punto o letra interpuestos para comenzar un sentido diferente y nuevo, porque las palabras siguen inmediatamente una a la otra. Para separarlas deberían mediar palabras expresas y directas, como ejemplo: "Toma y come, pues tengo o aquí hay, además, una libra de oro en mi bolsillo". O, también: "Toma, pónitelo; tengo además aquí, o aquí hay además, una capa guarnecida de piel de marta". Así Cristo debería hacer dicho: "Tomad, comed; os digo que aquí esta mi cuerpo dado por vosotros". De otro modo habría sido mera burla y sofistería. Como si alguien ofrece a alguno una bebida, diciendo: "Tomad, bebed; aquí estoy, Juan délos pantalones rojos, o "Tomad, bebed, los turcos han vencido al

sultán"; o aduce semejante noción extraña que no se adecúa al beber. Así será, si Cristo dice: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo dado por vosotros", si se tratase de la iniciación de un nuevo pensamiento. Si no hubiese pronunciado estas palabras en el preciso momento en que les ofrecía el pan, sino un poco antes o después, podría ser un argumento. Empero, él lo dice inmediatamente en el instante cuando da el pan, lo ofrece y lo manda comer: "Esto es mi cuerpo". Según la índole del idioma nadie puede entenderlo de otro modo que es su cuerpo que les ofrece y manda comer. Si no es así, debemos admitir en adelante que nadie puede tener seguridad de lo que otros le dicen, pues si uno quiere separar con violencia estas palabras claras y sencillas, nadie podría hablar conmigo sin que yo lo interprete de otra manera y sin que tenga que temer que él lo entiende de otro modo. ¿Qué obligó a Cristo a pronunciar estas palabras en el momento de ofrecerles el pan y al mandarles comer? Ya que tenía otra oportunidad y sabía muy bien que no lo entenderían de otro modo sino referido al pan que les entregaba para que lo comiesen.

Por ello, no es cierto lo que dice Carlstadt de que lo ha añadido para enseñarles en qué consistiría la recordación. Esto lo saca por la fuerza de su propia cabeza. No puede probarlo ni con pasajes de la Escritura ni de ninguna otra manera. No se llama enseñar interrumpir tan a mal tiempo, socarrona y abruptamente un discurso, o pasar de improviso e inesperadamente a otro tema al ofrecer otra cosa de la cual no se habla. Se llama más bien oscurecer, engañar y embaucar. Hay que enseñar sencillamente con nitidez y claridad y mostrar precisamente esto de que se enseña y no dar o mostrar otra cosa y al mismo tiempo enseñar o nombrar otra. No es buena enseñanza cuando te muestro blanco y te alecciono sobre negro y te muestro al diablo instruyéndote acerca de Dios. Los bribones y malevos, o burladores o bromistas, proceden así, pues quieren seducir o ridiculizar. Un hombre bueno y serio no hace tal cosa.

¿Habría sido necesario que Cristo se señalara a sí mismo dos veces, una vez a su cuerpo y otra a su sangre? ¿No habría bastado con decir: "Yo soy" o "esto es mi cuerpo del que decían los profetas que habría de ser dado por vosotros", como pretende el doctor Carlstadt? Pero, ya que se refiere todo al comer y al beber indica ambas cosas. Toma algo sólido que es parecido a la comida, a saber, su cuerpo, y algo líquido semejante a la bebida, a saber, su sangre. ¿Para qué hubo de hacer esto? Podría haber tomado, otra cosa no tan parecida a la bebida y comida. Porque, como dije, habría podido aseverar simplemente: "Yo soy el hombre dado por vosotros". Y. en eso no habría habido nada semejante a algo comestible y potable.

Pero, ya que él entrega ambas cosas, en el pan, una cosa, como imagen de todo lo comestible, y en el vino, otra cosa, como imagen de todo lo bebible, y no lo hace en otro momento, sino estando a la mesa durante la comida, ninguna conciencia que niegue esto puede tener certeza. Lo sé, de seguro, que también la propia conciencia del doctor Carlstadt patalea y está insegura, incapaz de aguantar los golpes, por muy endurecido y enceguedo que esté. Cristo habrá podido enseñarle esto en otro momento y no esperar hasta que comieran y bebiesen, y hasta que se los entregara para comer y beber.

Además, ¿qué significa esto? Cuando dio el pan y hubo dicho: "Esto es mi cuerpo", etc., empieza algo nuevo con la copa y ofrece otra vez el vino diciendo: "Esto es mi sangre". Si se tratase del comienzo de una cosa nueva, cuando dice: "Esto es mi cuerpo", con ello les hubiera querido enseñar en qué consistía la recordación, no lo habría separado y dividido así, sino combinado en seguida cuerpo y sangre y dicho: "Esto es mi cuerpo y mi sangre dado por vosotros, y derramada". Así la enseñanza habría sido clara y completa, ya que la divide y aplica una al comer y la otra al beber e inserta tantas palabras más, es decir: "Asimismo, tomó la copa, dio gracias y se las dio diciendo: Bebed de ella todos". De esto se puede concluir que el Señor se refiere al comer y beber cuando dice: "Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre".

Mira, ¡qué bien este espíritu se engaña con su sabiduría! Pretende que la frase: "Esto es mi cuerpo, dado por vosotros" no corresponde a la que precede inmediatamente, a saber: "Tomad, comed", sino que debe ser considerada como cosa nueva por sí misma. No obstante, reconoce, a lo cual se ve obligado, que la última parte: "Haced esto en memoria de mí" corresponde a la sentencia primera: "Tomad, comed". ¿No es un desafuero temerario que alguien cuando en un discurso hay tres sentencias que siguen una a otra y se relacionan, se atreva a decir que la primera y la última se corresponden entre sí, pero no así la segunda, que es una frase independiente, y sin fundamento escriturario por propia imaginación? ¿Cómo puede la razón aceptar que la sentencia tercera y última se relacione con la primera, y la segunda, que figura en medio de las dos, no pertenezca a ninguna?

Sería lo mismo como si en el pasaje, "Jesús dijo a sus discípulos, guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestidos de ovejas", Cristo quiso expresar que la parte intermedia "guardaos de los falsos profetas" no corresponde a la primera ni a la última, sino que es una cosa independiente. Entonces este texto rezaría así: "Jesús dijo a los discípulos que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, que os guardéis de los falsos profetas". Un insolente y petulante podría expresarse de esta manera. Pero nadie es tan loco de creerle. Lo mismo es lo que este espíritu atrevido delira con respecto a ese pasaje. Pues ve que la sentencia "Esto es mi cuerpo" sigue inmediatamente a la primera, sin que haya ninguna "y" intercalada, y figura entre dos sentencias que forman una unidad.

Empero, el doctor Carlstadt lo arregla mediante una glosa declarando que Cristo quería decir: "Amados discípulos, habéis oído que los profetas anuncian que un cuerpo se dará por los pecados. Yo os digo que éste es el mismo cuerpo, etc." Contesto: Primero, ¿quién lo dijo? ¿Quién le ha mandado poner aquí esa glosa? ¿Cómo sabemos que esta glosa y añadidura son correctas? ¿Dónde está la Escritura y la base? ¿Dónde lo requiere el texto? ¿Dónde lo demuestra con una sola sílaba? Lo dice Carlstadt. Si esto basta, entonces es más que suficiente que yo diga otra cosa. Tengo el texto claro y la índole de la lengua a mi favor. ¿No era Cristo inteligente como el doctor Carlstadt para poner él mismo tal añadidura, ya que era muy necesaria para que se entendiese aquí semejante opinión? ¿Dónde están los altos profetas que no quieren llamar a la santa cena sacramento, sino que quieren tener un nombre de la Biblia? Lo mismo no quieren tolerar "la palabra" enim²⁹. Dime, ahora, ellos gritan que el peor vicio es la adición de una palabra o nombre (donde no hay peligro). Pero que ellos agreguen habladurías tan graves y una glosa que pervierte todo, esto es perdonable. ¿No ves al diablo quien hace lo que es nada y libre una necesidad, mientras no toma en cuenta la palabra de Dios que es de importancia suprema? Esto es, precisamente, su característica.

¡Dios mío!, aunque tenemos a nuestro favor pasajes claros y ciertos de la Escritura, no obstante, hay fatiga y trabajo en mantenernos frente al diablo. Este espíritu mentiroso quiere llevarnos a sus palabras propias para que no tengamos más recurso que declarar que el doctor Carlstadt lo ha dicho. ¡Oh, qué bien nos mantendríamos! ¿Es ésta la manera de conducir a la gente a Cristo? Sí, al diablo, al fondo del infierno. Os revelaré su intención. Pensaba el espíritu malvado: Me atacarán con estas sentencias claras, ¿qué haré? Me anticiparé y las dejaré marchitas y embotadas con glosas. Pero, el orate insensato no se dio cuenta de que marchitar, embotar con una glosa propia sin Escritura sólo las hace más agudas. Ya que se ve que él no ofrece ningún versículo de las Escrituras, sino que se sale solo con su propia glosa inventada, de modo que él mismo debe haberse dado cuenta de que el texto es demasiado poderoso y claro. Por

²⁹ Enim, conjunción causal. La vulgata tiene en mateo 26:28: Hie est enim sanguis meus.

tanto, su negación equivale a una doble confesión y su remiendo es tan malo como dos rasgaduras. Estimado espíritu mentiroso: así no se remienda, debes aducir Escritura y texto.

Segundo: Me gustaría oír un texto de los profetas que habla de un cuerpo y sangre que han de ser ofrecidos por el pecado, como fantasea este espíritu mentiroso. Hablan de que toda la persona ha de padecer, pero no del cuerpo y sangre. Ya que Cristo nombra claramente el cuerpo y la sangre y según las afirmaciones de este espíritu señala a los profetas, la frase "cuerpo y sangre" de los profetas debe concordar con Cristo y habrá de hallarse en algún lugar para recordar que lo entiendan.

¡Ay, espíritu mentiroso!, que no toleras que añadan una palabra a las de Dios, muéstranos dónde los profetas hablan de un cuerpo y sangre. ¿De qué profetas lo han oído los discípulos? ¿Ves de nuevo las cosas fingidas e inventadas y las añadiduras del espíritu? Todo el Cristo ha de sufrir, pero en la mesa lo parte de tal manera que da a comer el cuerpo y a beber la sangre. Semejante distinción no fue necesaria en el sufrimiento. Por eso los profetas hablaron del padecimiento y no de esa partición o santa cena.

Tercero: Aun cuando se debiera introducir semejante agregado, ¿cómo se ajusta al hecho de que sigue poco después "Haced esto en memoria de mí"? Pues esto se debe conectar con el comer cuando dice: "Tomad, comed". ¿Debe esto retroceder por sobre tantas palabras y un largo discurso para llegar a lo que corresponde? ¿Qué idioma tiene semejante índole o modo de hablar que, entre dos palabras que se corresponden mutuamente, interpone tal cúmulo de palabras y semejante discurso? Se echa de ver que es una perversidad temeraria. No obstante, como dije, Carlstadt debe probarlo. Esperemos.

Esta es mi contestación a los argumentos y razones que el doctor Carlstadt aduce en favor de su ensueño de la Escritura. Son tres.

Primero, hay mayúsculas en algunos libros, pero no en todos. Segundo, que figura un punto. Tercero, se trata del querido touto. ¡Oh, santos y maravillosos argumentos, que nadie debería aducir, sino tales profetas celestiales que oyen la voz de Dios. El cuarto es que no puede presentar ni un solo pasaje escriturario a su favor. Este argumento es el más contundente, que permanecerá por la eternidad. Tampoco lo voy a derribar, sino más bien fortalecer. Además, nos enseña lo que dice sobre este asunto Frau Hulda³⁰ —la razón natural— como si no supiéramos que la razón es la ramera del diablo y sólo puede blasfemar e injuriar todo lo que Dios dice y hace. Empero, antes de contestar a esta archimeretriz y novia del diablo, vamos a demostrar nuestra fe, no presentando mayúsculas ni puntos o touto o tauta, sino pasajes simples y claros que ni el diablo ha de refutar.

Primero: Nadie puede negar que los tres evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas y además Pablo, 1^a Cor. 11, han escrito de la primera parte del sacramento al unísono y casi con las mismas palabras. Cristo tomó el pan, bendijo, partió y dio a sus discípulos diciendo: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo dado por vosotros". Querían expresar la misma cosa. Nuestro entendimiento del relato del evangelista Mateo en este lugar ha de concordar con la referencia de los dos evangelistas, Marcos y Lucas, y de Pablo. ¿No es cierto? Desafío a: quien afirma otra cosa. Es, por lo tanto, seguro que es la opinión de todos los cuatro de que Cristo no les ha mandado a bailar o silbar, sino a comer, como dicen las palabras: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo", etcétera.

Ahora bien, hay que admitir, sin lugar a refutación, que los mismos cuatro autores, al escribir de la otra parte del sacramento, también están de acuerdo y han querido hablar en este lugar de la misma cosa, pese a que hubieran podido expresarse de otro modo. Lo que dice Mateo 26: "Esta es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para remisión de los

³⁰ Personaje de la mitología germana.

pecados” debe ser idéntico y querer expresar lo mismo que Marcos 14: “Esta es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada”. Lo mismo cuando Lucas y Pablo dicen: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre que por vosotros se derrama”, ha de ser lo mismo como lo que Mateo y Marcos quieren decir con las palabras: “Esto es mi sangre derramada por muchos”. ¿Quién puede hablar o pensar otra cosa? Ya que Lucas y Pablo, con las palabras “esto es la copa”, no señalan el cuerpo y la sangre visibles de Cristo, sino la copa visible, como exigen perentoriamente las palabras que claramente están ahí y dicen: “Esto es la copa”. Pero el cuerpo o la sangre de Cristo no son ni copa ni jarra, ni fuente ni plata. Por ello debemos decir también que Mateo y Marcos hablan de la misma copa visible y no de la sangre visible de Cristo cuando dicen: “Esto es mi sangre”. Por tanto, la palabra *das*³¹ en todos los evangelistas se puede referir sólo a lo que Cristo ofrece, a saber, la copa o bebida que les manda beber. O tendremos que decir que los evangelistas no se refirieron a la misma cosa ni escribieron del mismo asunto en la segunda parte del sacramento.

Con esto basta por ahora. Como dijimos arriba, el tonto y tanta de Carlstadt están perdidos. Consta que los evangelistas y Pablo no hablan de la sangre visible de Cristo, sino que ha de entenderse de la copa o vino, cuando dicen: “Esto es mi sangre del nuevo pacto” o “Esto es la copa del nuevo pacto en mi sangre”. Pero si hemos sostenido que la sangre de Cristo está verdaderamente en el sacramento, como exigen estas palabras, así también debe quedar establecido que el cuerpo de Cristo está verdaderamente en la otra parte del sacramento. Así queda rebatido todo lo que el doctor Carlstadt objeta, y comprobamos que se trata de un ensueño propio que ha querido meter solapadamente en la Escritura. Hay que decir “*sta foris*”³². Blasfemia con muchas palabras escarnecedoras y maliciosas, preguntándonos cómo podemos meter a Cristo en el pan y vino, y hacerlo bailar cuando queremos, y otros ultrajes infames semejantes. Se conoce que son palabras de un espíritu o diablo frívolo que sirven para excitar al populacho disoluto y a los hombres a los que poco importan la fe y la conciencia. Empero, donde hay corazones buenos que se preocupan seriamente de la conciencia y la fe, no quedan satisfechos, por cierto, con tales palabras burlonas e hirientes y las blasfemias. Quieren la palabra divina, y dicen: ¿Qué me importan los ensueños y blasfemias y burlas de Carlstadt? Veo aquí palabras divinas, sencillas, claras y poderosas que me obligan a confesar que el cuerpo y la sangre están en el sacramento. A esto debemos responder y dejarlos que se burlen. No sé cómo llega Cristo a estar en el sacramento y cómo ha de hacernos respingar. Pero sé muy bien que la palabra de Dios no puede mentir y ella nos dice que el cuerpo y la sangre de Cristo están en el sacramento.

Aún no quiero contestar a la glosa sofística y miserable con que el doctor Carlstadt remienda y zurce las palabras referentes a la copa. ¡Oh, debe morder mejor para sacar un bocado de ese texto! Las palabras de Carlstadt no lo logran. Son de él, nada más. Pero, después denunciaré su sofistería. Por de pronto es suficiente que queda demostrado en forma concluyente que las palabras de los evangelistas y de Pablo: “Esto es mi cuerpo”, “Esto es mi sangre”, “Esta es la copa” no se refieren al cuerpo y la sangre visibles de Cristo, como sueña Carlstadt, sino a lo que ofrece a los discípulos y les manda comer y beber. Sé, por cierto, que este pasaje lo hemos conquistado y ganado de tal manera que ni Carlstadt ni todos los diablos con toda la sofistería lo pueden derribar. Pero, como he dicho, es de la índole de este espíritu hacer caso omiso de la palabra de Dios y señales externas. Los ataca descaradamente y hace con ellos lo que quiere. Después nos cuenta sus propias fruslerías, inventadas de su cabeza, sin fundamento de la Escritura, exigiendo que se lo reconozca como el verdadero espíritu.

³¹ Esto o éste; ésta.

³² Quédate afuera.

Además, fuera de esos cuatro pasajes contundentes tenemos otro, 1ª Cor. 10, que reza como sigue: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos; ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" Este versículo es como un rayo que cae sobre la cabeza del doctor Carlstadt y toda su facción. Este versículo ha sido también la medicina vivificante para mi corazón en la tentación con respecto a este sacramento y aun cuando no tuviéramos otros pasajes más que éste, podríamos fortalecer suficientemente con él a todas las conciencias y vencer a todos los adversarios con suficiente poder. ¡Oh, cuánto ha temido el doctor Carlstadt este pasaje poniéndose a construir una bóveda grande y resistente sobre sí contra ese rayo! Pero al buscar piedra y cal, sólo halló telaraña y granzas, como oiremos cuándo nos ocupemos de la frágil glosa de su cabeza espiritual que carece de pasajes escriturarios.

Pero, observa primero que Pablo no dice nada acerca de touto o tauta ni se ocupa en mayúsculas ni minúsculas, sino que dice claramente: "El pan que partimos". Especialmente insiste en "que partimos". No sólo se refiere a lo que Cristo partió en la santa cena. Con lo cual quedan demolidas las mentiras del doctor Carlstadt, por cuanto indica que, aun cuando Cristo no haya dado a comer como alimento en la santa cena su cuerpo y sangre, no se deduciría de ello que después los cristianos y nosotros podamos hacerlo. A eso contestamos con este pasaje: "pan que partimos". Nosotros, nosotros, nosotros, ¿quiénes son estos "nosotros"? Espero que el doctor Carlstadt encontrará en la lengua griega todavía algún otro tonto que nos enseña cómo "nosotros" equivale a Cristo mismo. Sólo Pepe Bruto después se jactará de que el idioma griego no permite otra alternativa.

Segundo: Observa que Pablo está hablando del pan en el sacramento que Cristo partió y después lo partieron también los apóstoles. Partir es hacer pedazos o distribuir al modo hebreo, Isaías 58: "Parte tu pan con los hambrientos", y Lamentaciones 4: "Los pequeñuelos pidieron pan y no hubo quién se lo repartiera", etc. Los espíritus facciosos no tienen causa de insultarnos como traidores de Cristo porque no lo hacemos pedazos con los dedos y lo rompemos, sino que tomamos muchas partículas y hostias. Pero ellos llaman "partir", y no quedan satisfechos con otra cosa, que se haga pedazos, sea con la mano, el cuchillo o como se quiera, como fue partido al modo hebreo. Tampoco debes olvidar que San Pablo no lo llama forma del pan, como los papistas, sino lisa y llanamente pan, a fin de que sepamos que no cometemos pecado, por una parte, si lo llamamos y lo consideramos pan a la manera de Pablo, cosa que los papistas consideran herejía.

Tercero: Advierte que dice clara y distintamente: "El mismo pan que partimos, es la comunión del cuerpo de Cristo". ¿Oyes, mi querido hermano? El pan partido o distribuido en pedazos es la comunión del cuerpo de Cristo. Es, es, es, dice él, la comunión del cuerpo de Cristo. ¿En qué consiste la comunión del cuerpo de Cristo? No puede ser otra cosa que esto: los que toman el pan partido cada cual un pedazo, con ello toman el cuerpo de Cristo. Esta comunión significa ser partícipe, recibir el común cuerpo de Cristo, cada uno con los demás, como se dice en el mismo lugar: "Todos somos un cuerpo los que participamos del mismo pan". Por ello, desde antiguo se llama *commimio*, es decir comunión.

Aquí el doctor Carlstadt se rompe la cabeza en forma magistral. Quisiera de buena gana mellar y debilitar de antemano este versículo, para que nadie advierta cuánto lo ha mal herido. Se vale de las malas artes de su espíritu para hacer espiritual e interno lo que Dios ha hecho externo y corporal y, por otra parte, exterior y corporal lo que Dios quiere sea interior y espiritual, como se ha expuesto arriba. Así dirige su atención a la palabra "comunión" y quiere entrar con ella en el espíritu, haciendo de ella una comunión espiritual. Afirma que los que tienen la comunión del cuerpo de Cristo recuerdan con "vehemente deseo" los sufrimientos de Cristo y padecen con él, etc. Ha inventado una terminología nueva para semejante entendimiento novedoso.

Mas, si se pregunta por la razón y base escrituraria que prueban semejante glosa o por el texto que la requiere, nos indica la chimenea o al hombre que lo visitó y se lo dijo. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía soportar el pasaje. No obstante, era incapaz de defenderse contra él. Por ello, en vez de dejarlo así, pensaba: Es mejor que le dé un sentido como pueda. Si la Escritura no ayuda, lo hará mi loca y frenética cabeza, que está llena de espíritu. Esto basta. Me dice más, a saber, que la participación en el sufrimiento de Cristo y la de su cuerpo y de la sangre son la misma cosa. ¿No es bonito esto? En verdad, es muy bonito: Se trata de una sola letra. Hay que cambiar una d en una b y viceversa, así la palabra leid³³ se convierte en la voz Zeib, y al revés. Ahí lo tienes, como la anguila por la cola. Para esto no precisas prueba escrituraria.

¡Ah, dejemos el espíritu loco por su cuenta! Contestamos a su glosa del modo siguiente. Primero, la participación en la pasión de Cristo no puede ser la participación de su cuerpo y sangre. El que quiere sufrir con Cristo o ser partícipe de su pasión, debe ser piadoso, espiritual y creyente. Un hombre pecaminoso y carnal novio hace. Pero del cuerpo de Cristo también son partícipes los indignos, como dice Pablo en 1ª Cor. 11: "Quien come el pan indignamente, juicio come para sí". Esto le sucedió al traidor Judas en la cena, el cual comulgó y fue partícipe, junto con los demás, del cuerpo y sangre de Cristo. Lo recibió, comió y bebió como los demás discípulos.

El doctor Carlstadt hace de la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo una comunión espiritual y no quiere aceptar que se reciba el cuerpo y la sangre en el pan y la copa. Esto dejo que lo resuelva— San Pablo, que dice: "El pan que partimos es la comunión del cuerpo de Cristo". Ahora, el partir el pan es un acto corporal externo. Nadie puede negarlo. Ellos mismos dicen también que un partir o un comer externo no vale nada. Se debe comer espiritualmente el cuerpo de Cristo, etc. ¿Cómo el partir y comer externos del pan puede ser una comunión espiritual, según afirma el doctor Carlstadt? De la misma manera, también los indignos e incrédulos parten y comen el pan como Judas Iscariote y algunos corintios, 1ª Cor. 11. Los tales tienen la comunión del cuerpo de Cristo y participan de él, como exige este versículo cuando dice que el partir el pan es la comunión del cuerpo de Cristo. Debemos dejar este versículo tal como reza. Donde se parte este pan, ahí está la comunión del cuerpo de Cristo. Nos vemos obligados a inferir que Pablo no está hablando en este lugar de la comunión espiritual que sólo tienen los santos, según el ensueño corporal del doctor Carlstadt, sino de una comunión corporal que tienen tanto los santos como los impíos, lo mismo con respecto a partir el pan, de modo que se advierte que el ensueño del doctor Carlstadt es una mentira. Quizás haya pensado: "Atacaré sólo la palabra comunión y la torturaré y no me fijaré en lo que le antecede, el pan que partimos, etc. De lo contrario, no sería compatible con mi glosa. Si no lo tomo en cuenta, no hay nadie que lo tendrá o lo pondrá contra la palabra 'comunión'. Entonces habré ganado. No me cuesta más que pensar que toda la gente es ciega".

¿Por qué no dice San Pablo simplemente: "El pan que partimos es el cuerpo del Señor", sino que añade de "la comunión del cuerpo del Señor"? Contesto: ¿Por qué no declara simplemente: "El pan es el cuerpo del Señor", como los evangelistas y el mismo en 1ª Cor. 11, sino que agrega "que partimos"? Sin duda lo ha añadido para hablar lo más clara y distintamente posible, para guardarnos con toda su fuerza del yerro del doctor Carlstadt. Quería hablar del pan del sacramento, y esto no pudo hacerlo mejor que refiriéndose al pan partido. Asimismo, quería enseñar que cada cual recibía en su pedazo el cuerpo de Cristo. Por ello, no sólo quiso nombrar el cuerpo de Cristo como en un pan entero, sino el cuerpo distribuido a la comunidad que por la partición del pan es dado a todos en común, de modo que esta partición del pan no es sólo el

³³ Leid = sufrimiento; Leib = cuerpo.

cuerpo de Cristo, sino la comunión del mismo, es decir, su cuerpo distribuido y recibido por todos. No habría podido hablar con mayor claridad y precisión. Porque con estas palabras en el partir del pan la distribución y la recepción puede ver lo que sucede cuando se parte, se distribuye y se recibe el pan. Afirma que semejante pan partido es la comunión del cuerpo de Cristo. Todos en común y al unísono reciben el único cuerpo de Cristo y son físicamente partícipes de él.

Por tanto, observas y adviertes, una vez más, que este diablo evasivo no tiene otro recurso que convertir en espiritual (como es su costumbre) lo que Dios ha hecho corporal. No obstante, no ofrece razón ni fundamento para ese proceder, sino que lo dice como si fuera hombre que tuviese el poder de establecer artículos de fe a su antojo. Y así pretende que la comunión corporal del cuerpo de Cristo sea espiritual, como lo hará después también con el comer y beber indignamente y asimismo con la distinción del cuerpo de Cristo, como veremos más adelante. Para que adviertas y conozcas bien al diablo, te lo mostraré.

Es un muy buen descubrimiento que podría emplear ventajosamente, esto de que si un pasaje que habla de un acto físico resulta demasiado contundente para mí y me golpea en la cabeza, de modo que me aturde el cerebro, yo le salgo al paso diciendo: "No me ha pegado, habla de un acto espiritual". Y con ello quedaría exento de ofrecer algún fundamento para semejante interpretación. Así resultaría fácil ser un profeta celestial. Y cuando me viera obligado a indicar el fundamento me encontraría como mantequilla al sol y con sudor tendría que declarar: "Mi prueba me parecía buena y correcta".

Así, pues, permanece como una roca este versículo de Pablo y exige categóricamente que todos los que parten y comen y reciben este pan, reciben el cuerpo de Cristo y son partícipes de él. Esto no puede ser espiritual, como expusimos. Por tanto, ha de ser corporal. Uno no puede participar del cuerpo de Cristo sino de dos modos: de manera espiritual o corporal. Esta comunión corporal no puede ser visible ni perceptible. En caso contrario, no quedaría pan. Por otra parte, no puede ser puro y simple pan. De lo contrario, no sería una comunión corporal del cuerpo de Cristo, sino del pan. En consecuencia, el pan partido ha de ser verdadera y físicamente el cuerpo de Cristo, si bien invisible. Ahí está el versículo. Quien es capaz de comer hierro, que le haga una mella, y yo miraré.

Tercero: Tenemos el versículo 1ª Cor. 11: "Cualquiera que comiere de este pan o bebiere de esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor". Aquí este espíritu faccioso procede nuevamente a convertir en espíritu lo que San Pablo indica como cuerpo y llama comer indignamente a quien no tiene la recia memoria de Cristo y el debido conocimiento de su cuerpo, etc. Si vuelves a preguntar, ¿dónde está escrito, dónde está el fundamento, qué dice el texto?, te muestra habladurías y con ello sólo demuestra que estos versículos lo han quemado. Quiere invalidarlos. Es como si yo quisiera convencer a alguno de que está blandiendo contra mí una espada desenvainada, que no es más que un tallo de paja, a fin de que no me hiera. De nada vale temblar ante la muerte.

Impotente espíritu, ¿cuánto tiempo hemos de exigirte que nos presentes Escritura y texto? ¿No tienes vergüenza de que tanto te achaquemos de introducir en la Escritura tus habladurías, mentiras y ensueños?

Ahora bien. Cuando Pablo dice aquí: "Quien comiere o bebiere indignamente", no se expresa con propiedad, sino que debería haber dicho: "Quien recordare indignamente al Señor o no lo conociere, etc.". El comer y beber indignos son, según él, el conocimiento y memoria indignos del Señor, a no ser que el espíritu del doctor Carlstadt aquí falle. Pero, ¿quién puede creer esto? Debes pensar que San Pablo estaba ebrio esa noche cuándo habla de comer y beber indignos, se olvidó y se equivocó. Debería haber hablado de la memoria indigna. Pero el doctor

Carlstadt ha acertado en su lúcida mañana, y puso bien en orden las palabras de San Pablo. Esto lo agradece cumplidamente Pepe Bruto y la novia de Orlamünde.

Ahora diremos lo nuestro. San Pablo relaciona aquí el pan y el cuerpo, lo mismo como hizo arriba, al decir: "El pan que partimos es la comunión del cuerpo de Cristo". No quiso decir: "El pan que partimos es la comunión del pan del Señor", como le habría sonado bien al doctor Carlstadt. Asimismo, tampoco dice "quien come indignamente, peca y queda culpable del pan del Señor", como le hubiera agradado al doctor Carlstadt, sino que dice: "Es culpable de profanar el cuerpo del Señor", con el objeto de exponer en los dos lugares que el pan del Señor es el cuerpo del Señor. En el caso que no hubiese querido expresar eso, habría tenido que decir como arriba: "Quien comiere indignamente el pan, será culpable del pan del Señor". ¿Cómo puedes pecar contra el cuerpo del Señor al comer, si él no está en el comer o en el pan? O habría que decir: "Quien comiere este pan es culpable de la santa cena o de Dios o del mandamiento o de la ordenanza del Señor".

Ahora bien; la naturaleza y la índole de la lengua exige entender que el que come indignamente es culpable por lo que come. Por ello, no basta que el doctor Carlstadt lo niegue y venga con una glosa. Pero ya que el texto es claro y que la naturaleza e índole del idioma señala que el que come indignamente este pan es culpable del cuerpo del Señor, el cuerpo del Señor es comido en el pan y el pecado se comete al comer y beber. Por ello, Carlstadt debe aducir versículos y textos categóricos si quiere que le creamos. Ya que el texto exige forzosamente entender que el pecado se comete en el comer y en el beber, ya que dice: "Quien comiere y bebiere indignamente" y, sin embargo, dice que el mismo pecado se comete contra el cuerpo y sangre del Señor. Y esto indica categóricamente que en el comer y beber se ha injuriado y ultrajado el cuerpo y la sangre de Cristo. Que uno no recuerde rectamente al Señor es un pecado separado del comer indignamente de que nos habla San Pablo en ese lugar. Así lo demuestran todas las palabras de todo este capítulo, donde los reprende a causa de su comer indigno, es decir que el pecado se comete totalmente en el comer y beber. Por ello, San Pablo los asusta y desea que recuerden que no comen y beben simple pan o vino, comportándose tan indignamente, sino que se trata del cuerpo y sangre de Cristo contra los cuales pecan con semejante comer indigno. Esto resulta de la naturaleza e índole del habla, de modo que se puede comprender que lo que el doctor Carlstadt fantasea en contra es pura cosa rebuscada, forzada y deliberadamente inventada. No hay conciencia ni fe que pueda apoyarse en ella.

De nada vale que el pecado, el cual Sari Pablo atribuye al comer, se asocie arbitrariamente con el recordar, de lo cual Pablo no dice nada. No dice cómo tiene memoria indignamente del Señor, sino cómo comen y beben indignamente. No hay, pues, causa ni razón de que uno sea culpable del cuerpo del Señor por el comer indignamente y de la sangre del Señor por el beber indignamente, si el cuerpo no está presente en el comer y la sangre en el beber. ¿Qué necesidad había que lo dividiera en dos partes, de modo que en el comer indigno fuera injuriado el cuerpo del Señor y en el beber indignamente su sangre?

¿Por qué no lo dice así: Quien come indignamente este pan, es culpable de la sangre del Señor; quien bebe indignamente esta copa es culpable del cuerpo del Señor? Si la opinión del doctor Carlstadt fuera correcta, uno de los dos sería suficiente. Habría sido suficiente, si hubiera dicho: quien come y bebe indignamente, es culpable de Cristo o de su muerte, puesto que Carlstadt por el comer indignamente entiende el pecado de no venerar y observar la pasión y la muerte de Cristo, etc. Empero, ya que Pablo relaciona la culpa de la sangre con el beber indignamente de la copa y la culpa del cuerpo al comer el pan indignamente, obliga a entender que la manera clara y natural, en que habla, el cuerpo está en el comer y la sangre en el beber. Nadie podrá oponer ningún argumento con alguna base.

Pero en resumen, como dije más arriba, es este espíritu quien considera interior lo que Dios ha hecho exterior. Por eso, en esta ocasión tiene que proceder también en la misma forma. Atribuye la culpa, que San Pablo relaciona con el comer y beber corporal, a un comer y beber espiritual. Pues su parloteo en cuanto a que comen y beben indignamente por no reconocer interiormente a Cristo ni recordarlo rectamente, demuestra que atribuye el comer y el beber al espíritu, cosa que Pablo no dice. Porque comer espiritualmente significa reconocer rectamente el cuerpo de Cristo y tener memoria de él. Otra vez más observas al diablo con su gran espiritualidad; no teniendo fundamento, ni escritura, ni razón o prueba que no sean las fantasías de su propia cabeza.

Cuarto: San Pablo dice en el mismo capítulo: "Examínese cada, uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe juicio para sí, no distinguiendo el cuerpo de Cristo". Aquí viene Pepe Bruto con su música y se vuelve otra vez griego, nos dice que la palabra diakrion, que se traduce por discernimiento, se refiere también a la memoria, es decir, que debemos distinguir severamente en forma espiritual e imitar con intenso fervor y deseo la pasión de Cristo, etc. Todo lo que enseña aquí este espíritu ha de referirse a la memoria espiritual de Cristo. Bruto no conoce otra canzoneta. Ojalá la conociera bien y no la usara como apariencia para esparcir su veneno.

Estimado Pepe: te ruego que te pongas las gafas en la nariz o que te suenes un poco la nariz, para que se te alivie la cabeza y se te limpie el cerebro. Observa de más cerca, con nosotros, el texto. Vosotros decís que el discernir corresponde a recordar. Pero Pablo dice que se refiere a comer y beber. No asevera: "Quien indignamente recuerda al Señor, merece el juicio por no discernir el cuerpo del Señor". Por lo contrario, asegura: "Quien come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, por no discernir el cuerpo del Señor". ¿Lo oís, señor Pepe? En el comer y beber indignos no se hace esta distinción por la cual se merece el juicio. ¿No es, acaso, suficientemente claro? ¿No lo exige el texto?

Le daría al doctor Carlstadt aún dos ducados más para que hiciese un favor, no a mí, sino a su propia causa en toda esta disputa. Una de dos cosas: o que presente pasajes de la Escritura, o que aduzca un texto, con el cual demostrase que su posición es correcta. Pero no hace más que atrapar una palabra y untarla con su saliva a su antojo. Y mientras tanto no advierte que junto a la misma palabra hay otros textos que dan por tierra con el que unta y saliva, de modo que queda patas arriba. Esto sucede también aquí. Y después de untar y salivar por largo tiempo que el discernimiento se refiere a la memoria del Señor, no se da cuenta de que hay un texto claro que dice que se refiere al comer y beber indignamente. Lo mismo que antes cuando quería hacer espiritual la participación en el cuerpo del Señor y no advertía que el partir corporal del pan le partía la cabeza.

Le sucede como al avestruz, ave tan necia que, al esconder su cabeza en el matorral, cree que está completamente cubierta. Y como a los niños pequeños, quienes al poner sus manos delante de los ojos, de modo que no ven a nadie, consideran que nadie los ve a ellos. Lo mismo hace también este espíritu. Toma una palabra con que se engalana dejando de lado todo el texto que lo descubre y lo avergüenza. No piensa que existen biblias o que no hay otra gente sobre la tierra. No debería emplear esto conmigo, ya que en Jena le advertí cordialmente que se cuidara de errar el blanco, ya que yo no erraría. Pero él ha interpretado mis palabras de la misma manera que interpreta la Biblia y considera dar en el blanco que me llame "sofista loco", "puerco sanguinario", "papista al cuadrado" y otros epítetos semejantes. Pero yo pensaba que tomaría el asunto a pecho y que daría bien las cosas en el blanco. Casi diría que la misa no vale porque la moneda es de cobre. Con todo, es obra de Dios, que endurece el corazón de Faraón y lo

enceguece en honor de su verdad y palabra, para consolación de todos los creyentes y para aterrorizar a los soberbios.

En consecuencia, consta que este discernimiento sucede en el comer y beber, como antes se dijo con respecto a la culpa y el pecado en el cuerpo del Señor, de modo que quien come y bebe indignamente, come juicio para sí. ¿Por qué? Pablo dice: por no discernir el cuerpo del Señor. Ahora, dime, ¿cómo se discierne en el comer y beber el cuerpo del Señor? La palabra griega diakrinein, en latín discernere, significa que se haga una distinción y no se tenga lo uno como lo otro, sino que se estime una cosa por más notable, mejor y más preciosa que la otra. San Pablo quiere decir que el que come y bebe indignamente, merece con razón el juicio y un buen castigo, puesto que con su comer y beber indignamente no discierne el cuerpo del Señor. Por lo contrario, piensa y trata el pan y el vino del Señor como si fuese simple pan y vino, mientras es el cuerpo y la sangre del Señor. Si él lo tuviera seriamente por el cuerpo del Señor, no lo trataría así y no lo comería sin consideración como cualquier pan, sino con temor, humildad y veneración, puesto que tendría que tener temor ante el cuerpo del Señor.

Si esta opinión no es correcta, dame otra y dime qué significa discernir el cuerpo de Cristo. Porque la palabra no permite otro sentido que éste que tenga el cuerpo de Cristo por algo mejor, más precioso que cualquier otra cosa. Esto lo exige con suficiente fuerza la índole de la lengua. Ya que este discernimiento de San Pablo se refiere necesariamente al comer el pan del Señor y beber su copa, el mismo texto exige también con suficiente fuerza que se deba apreciar el cuerpo de Cristo más que el pan y la copa. De eso se deduce necesariamente que el cuerpo y la sangre de Cristo se encuentran en el pan y la copa, ya que se dice que comen juicio para los que no discernen el cuerpo de Cristo por su comer indigno, y que lo discernen debidamente los que lo comen dignamente.

No obstante, no hay que censurar al doctor Carlstadt. Como he dicho, su espíritu tiene la tendencia de hacer espiritual lo que Dios quiere que sea corporal. Por ello debe proceder aquí en la misma forma con el discernimiento, atribuyendo reconocimiento y memoria al espíritu, convirtiéndolo en un discernimiento espiritual interior, mientras que Dios desea que haya un discernimiento corporal entre el pan y el cuerpo de Cristo. No obligues, amigo, a indicar razón y fundamento o un texto que compela a ello. Déjalo en paz con estas cosas. Tú vez que tiene otra cosa que hacer. Basta que lo diga semejante hombre. Si no le quieres creer a él, créele a su saco gris y sombrero de fieltro. En ellos debe estar el Espíritu Santo, como bien comprenderás.

Este elevado arte del doctor Carlstadt me recuerda a los aficionados a las alegorías, que San Jerónimo en su Prólogo compara con los prestidigitadores. Yo podría hacer de Dietrich de Bern Cristo; del gigante con quien lucha, al diablo; del enano, la humildad; y de su cautiverio, la muerte de Cristo. O tomo otro cuento o historia de caballeros con los cuales ejercito y juego con mi imaginación como hizo el que aplicó íntegramente las metamorfosis de Ovidio a Cristo. Para que mis espíritus no se enojen porque comparo su asunto con leyendas seculares, tomaré la historia de San Jorge y afirmo que San Jorge es Cristo; la virgen que redimió es la cristiandad; el dragón marino es el diablo; el caballo es la naturaleza humana de Cristo; la lanza es el evangelio, etc. Asimismo, cuando Pedro se hundió en el mar y Cristo lo ayudó, podría decir que el mar es la persecución y la tribulación en el mundo; Pedro es un cristiano cualquiera cuando duda, Cristo es la gracia de Dios, etc.

En semejantes-futilidades consiste todo el arte en que se ocupan esos profetas. Han encontrado en el Antiguo Testamento también muchas otras interpretaciones de esta clase, por eso inventan diariamente más y enseñan mucho de la aspersion séptuple. Llenan sus libros con tanta ciencia como si fuera algo precioso que nadie entendiese fuera de ellos. Sin embargo, su interpretación es tan estúpida que da ganas de vomitar, principalmente las siete aspersiones. No

consideran qué semejantes interpretaciones se deben probar con la Escritura y nada valen si no están claramente expresadas en otra parte. He escrito sobre esto en el sermón de los diez leprosos. Pero a ellos les basta Saberlo inventado. Con esto ya queda demostrado.

Lo mismo hace aquí el doctor Carlstadt. Habiendo aprendido tal cosa de sus profetas y teniendo por naturaleza una cabeza extraña que busca siempre algo original que antes no sabía nadie, procede a tirar suertes con las palabras de San Pablo en la misma forma como está acostumbrado a hacer alegorías en el Antiguo Testamento. Por ello, San Pablo debe hablar aquí de comunión espiritual y no de comunión corporal; de discernimiento espiritual, y no del discernimiento corporal; de la indignidad espiritual en el comer, y no de la indignidad corporal; de culpabilidad espiritual, y no de la corporal referente al cuerpo del Señor. Y el necio y pobre diablo cree que uno no lo ve. No, señor, se te ve muy bien. No te has pintada lo suficiente. Debes usar más pintura y de otros colores.

Podrías objetar que el mar significa persecuciones y Cristo la gracia de Dios, y el hundimiento la debilidad y desesperación. Es también verdad que la gracia divina ayuda en las persecuciones. No es incorrecto ni falso que se tenga comunión espiritual; que se discerna espiritualmente el cuerpo de Cristo; que espiritualmente se coma con indignidad; y se sea espiritualmente culpable del cuerpo del Señor. Por lo general, son verídicas tales alegorías e interpretaciones y son bonitas y atractivas. Contesto que ahora no entiendo si son todas falsas o no. Pero bien sé que frecuentemente yerran y son meros ensueños, porque se presentan sin fundamento bíblico. Lo mismo las aspersiones de esos profetas no son nada como ellos pretenden.

Lo que impugno es que el doctor Carlstadt establece todo esto, no sólo sin fundamento o texto alguno de las Escrituras, sino que por medio de semejante apariencia espiritual pretende por fuerza sofocar, negar y ultrajar el recto entendimiento de las Escrituras, que, sin embargo, el texto exige con naturalidad, no tolerando sus fantasías. Si él dejara incólume el sentido del texto, admitiría que alegorice e interprete espiritualmente, fantasee y juegue con sus ideas hasta el cansancio. Como si alguno, por ejemplo, admitiese que, según el sentido natural de la Escritura, Pedro anduvo sobre el mar y se hundió, etc., no me interesa cómo lo interpreta después con tal de que no se ocasione daño a la fe.

Así, pues, si el doctor Carlstadt aquí dejase la comunión corporal del cuerpo de Cristo, el discernimiento corporal, la indignidad corporal al comer, la culpa corporal en el comer indignamente, etc., yo por mi parte accedería a que hiciese lo que se le antoje. También San Pablo dice en Romanos 12 que las profecías deben usarse conforme a la medida de la fe; que no cualquiera interprete como le guste y guíe las conciencias de acuerdo con ello. Porque sería verdaderamente fantasioso que un suceso apareciese como acontecido y verídico, cuando en realidad no tendría base ninguna. Así como le parece al doctor Carlstadt y sus seguidores como cosa preciosa y acertada la interpretación que él hace de San Pablo. Mas cuando uno la examina a la luz y conforme al texto, es pura fantasía. Porque no tiene fundamento ni verdad, pues él mismo la ha inventado y la ha impuesto al texto.

Si ha de prevalecer tal juego fantasioso, entonces me gustaría mandar al doctor Carlstadt y todos sus profetas a la escuela por otros tres años. Pues tuve que ejercitarme mucho cuando comencé a estudiar la Biblia, hace diez años, antes de llegar al verdadero método. Yo también me sentía inclinado a decir con ligereza; al principio creó Dios los cielos y la tierra, Gen. 1. Cielos se refiere a los ángeles espirituales; tierra significa las criaturas corporales. ¿No crees que estaría expresado con propiedad y corrección? Pero, ¿dónde queda entonces el texto? ¿Cómo he de probar que en este texto cielo y tierra no se refieren al cielo y tierra naturales como indica la índole del habla? Amigo: el habla natural es la señora emperatriz, que sobrepasa a todos los

inventos sutiles, ingeniosos y sofisticados. No hay que apartarse de ella a no ser que nos obligue un claro artículo de fe. En caso contrario, ninguna letra de la Escritura podría soportar los embates de los prestidigitadores espirituales.

Aun el gran maestro Orígenes hizo el ridículo de la misma manera, descarriando también a San Jerónimo y muchos otros con él. Por lo cual, en tiempos pasados se prohibieron y condenaron con justicia sus libros por causa de semejante fantasías y espiritualismo. Pues es peligroso jugar así con las palabras de Dios que deben gobernar las conciencias y la fe. Por ello han de ser claras y seguras y tener un fundamento firme, seguro y bueno, en el cual se pueda confiar plenamente.

Estos son los versículos principales en este artículo con los cuales por la gracia de Dios creemos satisfacer a todas las conciencias buenas para fortalecer su fe. Si con ellos no convencemos a los obstinados partidarios de Carlstadt, no obstante, hemos obtenido una doble victoria sobre ellos. Primero: no pueden probar su causa por la Escritura ni arrancarla del texto, sino que aducen mero arbitrio e ideas propias con que se atreven a oscurecer los pasajes claros. Sin embargo, fallaron. Cuando se oponen a nuestra opinión, no exigimos la causa de su negación, sino exigimos que indiquen el motivo, como nosotros lo hacemos. Empero, que dé otra interpretación sin ofrecer fundamento, ¡esto es escandaloso de tan excelso espíritu! Segundo: todo lo que objetan contra nosotros no es concluyente ni plausible. Y los desafiamos, por fin, a que hagan todavía lo mejor que esté en sus manos. Nosotros no le saldremos al paso de la anterior, presente o futura ciencia e inteligencia con ningún otro versículo que los ya aducidos. No los quitarán de nosotros. El único fundamento (réplica) del doctor Carlstadt consiste en referir, por su propio arbitrio y sin causa alguna, a la memoria del Señor lo que los evangelistas y apóstoles refieren con versículos claros al comer y beber. Que venga otro que lo sepa mejor.

Si a pesar de todo prevaleciese el delirio del doctor Carlstadt y venciera como falsa nuestra fe (lo cual es imposible), ¿qué habría ganado con ello? Por esta razón su fe no sería cierta ni segura. Porque él no demuestra nada, sino que simplemente lo dice como se recita un cuento de hadas. No aduce ni fundamento, ni pasaje de la Escritura, ni causa alguna, en lo que la conciencia pueda apoyarse o confiarse, a no ser que quiera estribar en las meras palabras de Carlstadt. Quien sigue su opinión, se sienta entre dos sillas y está suspendido entre el cielo y la tierra y no retiene nada del sacramento. Abandona nuestra fe y no puede captar aquella, puesto que no tiene a su favor base o pasaje escriturario. Como siempre he mantenido, esta es la finalidad del diablo, de destruir todo el orden externo de Dios. Que se tenga con el corazón la vista clavada en su espíritu interior, como enseñan los profetas.

Creo que cada cual ve que el doctor Carlstadt es el espíritu que quiere embaucar a la gente con la palabra "espiritual" y se propone hacer espiritual todo lo que Dios quiere tener por corporal. Si añadiera también el fundamento y no dijese solamente: así, así es, sino que probara que debe ser así por tal texto, sería un espíritu excelente. Empero, ya que afirma sólo lo suyo, podemos decir: "Mientes, estimado espíritu, puesto que todo hombre es mentiroso". El papa ha mentido de la misma manera. Pero su espíritu ha tratado más bien de hacer corporal lo espiritual, como hizo de la cristiandad espiritual una comunidad corporal externa. Por su parte, este espíritu sectario se ocupa principalmente en hacer espiritual lo que Dios hace corporal y externo. Por lo tanto, seguimos el camino medio, no haciendo nada ni espiritual ni corporal, sino teniendo por espiritual lo que Dios hace espiritual y corporal lo que hace corporal.

Aunque algunos quedasen y permaneciesen en tal error en el sacramento carlstadtiano o todavía incurriesen en él, ¿cuál sería su suerte? Incluso, ¿qué sería si todo el mundo se apartara de nuestra opinión? ¿Qué haremos del evangelio que es mucho más importante? ¿No renegaría de él todo el mundo y lucharía contra él? ¿Cuan pocos hay que se adhieren rectamente a él? No te

dejes engañar por el hecho de que pocos tratan y creen rectamente en el sacramento. Que se vaya el que quiera irse. Cuídate de donde te quedas tú. No es extraño que muchos yerren. Lo maravilloso es que haya algunos que no están en error, aunque sean pocos. Cristo mismo dice: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?". Pero el que yerra aquí, no yerra por mi culpa. Yo lo he defendido y enseñado con suficiente fidelidad.

ACERCA DE DOÑA HULDA, LA ASTUTA RAZÓN DEL DOCTOR CARLSTADT, EN ESTE SACRAMENTO

Hemos colocado el fundamento de la Escritura y demostrado nuestra fe. A la vez hemos rebatido el fundamento del doctor Carlstadt. Ahora veremos qué bien habla de este asunto, cuando comienza a consultar con la razón, la cual le provee primordialmente su verdadero fundamento. Pues el doctor Carlstadt se ha vuelto mucho más loco de lo que jamás han estado los papistas. Éstos se empeñaban siempre en citar pasajes bíblicos, aunque los usaban erróneamente. Pero el doctor Carlstadt tiene sólo touto y temía, puntos y letras y glosas de su propia cabeza, ni un solo versículo de la Escritura. Los papistas confiesan que en el sacramento uno no debe atenerse a la razón, sino a la palabra de Dios. Pero él reúne y junta todo lo que la razón puede mostrar, enseñar y juzgar. ¿No son profetas alegres y espíritus celestiales?

El primer argumento de esta celeberrima razón consiste en que llega a la conclusión de que, si en el sacramento estuviera el cuerpo y la sangre de Cristo, debería seguir que el pan es crucificado y dado por nosotros, y no Cristo mismo, porque el texto dice: "Esto es mi cuerpo dado por vosotros". Estas palabras las interpreta doña Huida así: Esto significa lo mismo que: el pan dado por vosotros. Asimismo, podría significar: "Mi cuerpo no será dado por vosotros antes de convertirse en pan", etc.. ¿Qué te parece esta sagacidad? Desafíalos y di que no son profetas celestiales. Pregunta ahora dónde han aprendido semejante gramática o por qué causa interpretan así las palabras de Cristo, y quizás escuches la voz celestial.

Continuemos: Es pura maldad que proyecta el diablo. Decidme, doña Huida, que en lo demás sois tan pura que no toleráis que se añada o se quite un solo vocablo en la palabra divina, ¿por que aquí sois tan sucia y agregáis tantas palabras diciendo: "Mi cuerpo no será dado por vosotros antes que se vuelva pan"? Lo mismo, ¿por qué quitáis de la otra parte diciendo: "El pan es dado por vosotros"? Mostradme qué idioma es de tal índole que da a entender o implique que estas palabras: "Esto es mi cuerpo dado por vosotros" significa "El pan es dado por vosotros" o "Mi cuerpo no será dado por vosotros antes que se vuelva pan". En ninguna lengua esta parte se entiende sino así: "Esto es mi cuerpo que es dado por vosotros", etc. "No haya otro cuerpo dado por vosotros sino éste, el cual os doy a comer aquí en la muerte". De lo cual no se deduce que es comido y crucificado al mismo tiempo, sino que quien es comido en esta hora, el mismo será dado por vosotros después cuando no sea comido.

Tomaré por ejemplo a Juan Bautista que señaló a Cristo diciendo "; "He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Oíd, pues, señor espíritu faccioso, que Juan dice que Cristo lleva o quita el pecado del mundo y no está aún en la cruz. Amigo, id y decid: De esto se deduce que Cristo no ha sido crucificado por nosotros. Pues las palabras rezan que Cristo no lleva el pecado del mundo antes que Juan lo señaló y lo llamó cordero de Dios. No fue crucificado por nosotros ningún otro Cristo, ni en ningún tiempo y lugar, sino cuando Juan lo señaló al lado del Jordán. Pues lleva el pecado antes de ser crucificado, así como aquí es dado en el pan por

nosotros. Asimismo dice Cristo en Juan 10: "Yo soy el buen pastor; y doy mi vida por mis ovejas". ¡Ah, estimado espíritu faccioso!, aprendamos de ti que, por señalar Cristo aquí a su persona, diciendo que da su vida por nosotros, se deduce que esto sucedió en la sinagoga en el mismo momento cuando habla de sí mismo y no en la cruz, de modo que posteriormente no fue crucificado por nosotros. Las palabras no dicen otra cosa, cuando afirma "Pongo mi vida", no dice "Pondré mi vida". De la misma manera que dice aquí: "dado por vosotros", y no dice: "será dado por vosotros". Se ha de entender de la misma manera cuando dice en el mismo lugar: "Yo les doy vida eterna", no dice: "Yo les daré vida eterna". Lo mismo cuando dice: Juan 19: "Por ellos yo me santifico" y no dice: "Me santificaré por ellos". ¡Oh, avergonzaos en vuestro corazón, grandes y groseras cabezas de asno, que pretendéis tener gran ciencia y profecía y publicáis semejantes especies en el mundo, por las que se comprende que por gran maldad no queréis o por gran ignorancia no sabéis hablar rectamente ni entendéis lo que se habla!

Empero, si el diablo insiste firmemente en la palabra que dice: "que es dado", como si fuera presente, y no afirma "que será dado por vosotros en lo futuro", le tapamos la boca con sus propias palabras y decimos: Si estas palabras, "Esto es mi cuerpo", etc., se refieren al cuerpo de Cristo allí sentado, se deduce que Cristo no ha sido crucificado en favor de nosotros. Porque las palabras señalan al Cristo allí sentado, el cual no ha sido crucificado por nosotros. No podía estar suspendido en la cruz y a la vez estar sentado a la mesa de la cena. Así, pues, no podría haber sido entregado nunca por nosotros, sino solamente cuando estuvo allí sentado señalándose a sí mismo. ¿No se llama esto ensuciarse con su propio razonamiento?

Para vosotros, profetas celestiales, Cristo puede estar al mismo tiempo allí sentado y hacer que se diga de él "que es dado por vosotros". Y tendréis que interpretar la frase "es dado" como "será dado" o "que está resuelto y determinado que será dado por vosotros". Debéis atribuir un tiempo al estar allí sentado señalándose y otro tiempo a su crucifixión y entrega. Por ello os rogamos que tengáis a bien no objetar tampoco que su cuerpo esté ahora en el pan y que después, estando en la cruz, no se encuentre en el pan. Entonces también podemos decir con referencia al pan: "Esto es mi cuerpo que es dado por vosotros", es decir, que os será dado o del cual ha sido determinado y resuelto que os será dado como si ya hubiera sido dado. ¿Dónde quedáis ahora, doña Huida, con vuestra inteligencia? ¿Dónde está el testimonio en vuestro interior por lo que no necesitáis el testimonio externo? Esto lo digo, estimado lector, para que puedas conocer al malvado diablo que se expone en la persona del doctor Carlstadt como un espíritu. En esta primera parte del razonamiento su Pepe Bruto se jacta desmedidamente de su espíritu, y se expresa habilidosamente sobre la cuestión al modo de los profetas celestiales, que, como dije, consiste en que no van de la palabra externa previa al espíritu, sino del espíritu previo a la palabra externa. Citan en este sentido la palabra de Cristo en Juan 15: "El espíritu de la verdad dará testimonio y vosotros también daréis testimonio", como si los apóstoles hubiesen recibido el espíritu sin la palabra externa de Cristo. Por ello, Pepe Bruto se jacta de que le basta el testimonio interno, y que el externo lo acepta para enseñar y corregir a los demás.

Ahí tienes su teología: Otros deben aprender por su palabra externa lo que ellos denominan testimonio externo. Pero ellos mismos son superiores y mejores que los apóstoles y quieren aprehenderlo interiormente en el espíritu, sin palabra y sin medios externos, lo que no ha sido concedido a los apóstoles, sino solamente al Hijo unigénito Jesucristo. Ahí ves al diablo, como te dije arriba, que no estima la palabra externa y no la quiere tener como precursora del espíritu. Cuídate de ello y ten por seguro que esos profetas están llenos de diablos. Así lo aprecias en esta primera parte de su razonamiento y lo verás aún mejor. Tan excelso espíritu, que supera a los apóstoles, se debería manifestar ciertamente también con grandes milagros. Pero, de la misma

manera que comprueban su doctrina y testimonio externo con la Escritura, también demuestran su espíritu y testimonio internos con milagros. Un diablo es como el otro.

Mas si el doctor Carlstadt y sus turbas pudieran abandonar su sofistería y su razonamiento, ya que les molesta tanto que Cristo diga del pan: "Esto es mi cuerpo", y no saben ni pueden comprender cómo el pan puede ser el cuerpo, les quedaría una de dos cosas para hacer: O dan el honor a Dios y aceptan sus palabras como ciertas y verdaderas, aunque no entiendan cómo sucede que son ciertas y verdaderas, de modo que les baste y lo crean, porque oyen que Dios así habla y quiere que sea de este modo. O, si quieren ser realmente inteligentes, que se ajusten al uso común de la Escritura y al modo sencillo de su lenguaje, abandonando sus pensamientos sutiles y sofisticos.

Pues, si uno se fija en el modo sencillo del lenguaje, se puede decir de un hierro candente: "es fuego" o "el hierro que está allí es puro fuego". Si apareciera ahora un sofista disputador que quisiera mostrar su inteligencia sutil, para luchar contra todo el mundo, diciendo que el hierro y el fuego son dos cosas distintas y que no puede ser nunca verdad que el hierro sea fuego, dime, ¿no es un idiota insensato? Pretende sacar a la gente de una manera sencilla de hablar llevándolos a su modo sutil, agudo y sofisticado, mientras que el lenguaje sencillo, con la expresión "el hierro es puro fuego", sólo quiere señalar que el hierro y el fuego están unidos de tal modo que donde está el hierro existe también el fuego. Y nadie es tan estúpido que necesite de la gran sutileza sofista, para saber que la madera no es piedra, el fuego no es hierro y el agua no es tierra.

Pero, ya que el hierro es fuego y el fuego es hierro, según el modo sencillo de hablar, y los dos unidos entre sí son al mismo tiempo una sola cosa, conservando, no obstante, su propia esencia, ellos en este caso también podrían haberse humillado fácilmente abandonando su aguda inteligencia y diciendo con Cristo y todo el mundo de una manera simple y sencilla: "Esto es mi cuerpo", refiriéndose al pan. Porque, con esto se quiere expresar que el pan y el cuerpo son una cosa o forman un conjunto como el fuego y el hierro; y, sin embargo, nadie será tan estúpido que afirme por eso que el cuerpo y el pan no son dos entes distintos. Así también decimos del hombre Cristo: "Él es Dios", y a su vez: "Dios es hombre". No obstante, nadie es tan insensato que no sepa que la divinidad y la humanidad son dos naturalezas distintas, de las cuales ninguna es transformada en la otra, sino que en la manera sencilla de hablar sólo quiere decir y señalar que, en Cristo, la divinidad y la humanidad están unidas como una cosa, de modo que donde está el hombre, allí está Dios corporalmente, como dice Pablo.

Fíjate que, de esta manera, el sencillo modo de hablar podría haber encauzado fácilmente a quienes, por su agudeza sutil y rebuscada del razonamiento, han causado tanta fatiga y trabajo inútil a sí mismos y a los demás. Ya verás. Por haber tomado el camino de no querer honrar la palabra de Dios por la fe, ni aceptarla según el modo sencillo del lenguaje, sino que la miden y dominan con el razonamiento sofisticado y agudas sutilezas, llegarán finalmente al extremo de negar también que Cristo es Dios. Porque a la razón le suena tan necio que se diga: "El hombre es Dios", como "El pan es el cuerpo". Ya que niegan lo uno, muy pronto negarán audazmente también lo otro. Eso precisamente busca el diablo, quien los sacó de la Escritura para llevarlos a su propia razón, a fin de importar nuevamente toda la antigua herejía. Te sorprenderá cuan astuta ha de ser la razón principalmente en el populacho insensato. Meneará la cabeza diciendo: la divinidad y la humanidad son dos cosas distintas, inmensamente separadas una de la otra, como está lo eterno de lo temporal. ¿Cómo puede ser una cosa la otra, y cómo puede decir alguno: "Dios es hombre"? Entonces deberías decir también que lo temporal es eterno; lo mortal, inmortal, etc., como disparata aquí la razón contra el sacramento en la cabeza del doctor Carlstadt. Así habría dado justo en el clavo.

O si no les agrada esta manera de hablar, pueden atenerse al uso de la Escritura que emplea comúnmente la figura llamada sinécdoque, es decir, nombra" el todo y se refiere solamente a una parte, como lo hace al llamar al pueblo israelita "propiedad" o pueblo peculiar de Dios, aunque la mayor parte era en todo tiempo del diablo y sólo una mínima parte pertenecía a Dios. De la misma manera, Pablo llama a los Gálatas, corintios, y habitantes de otras ciudades "Comunidad de Dios" aunque la menor parte eran verdaderos hijos de Dios. En efecto, en 1ª Cor. 10, llama un pan y un cuerpo a todos los que toman de una misma copa. No obstante, muchos de ellos tomaban la copa indignamente, como él mismo afirma.

De la misma manera, estos sabidillos sofisticos y sutiles habrían podido aplicar sólo al cuerpo todo este pasaje referente al pan y al cuerpo, del que habla Cristo, cuando dice: "esto es mi cuerpo", no tomando en cuenta el pan. No se trata de que no esté el pan, sino que en este discurso todo el peso cae sobre el cuerpo, de modo que habla de él como si no estuviese allí otra cosa que cuerpo, y que todo lo demás que hay allí, sea pan o color, no fuera otra cosa que cuerpo. Lo mismo sucede cuando una madre, señalando la cuna en la cual se encuentra su hijo, dice: "Aquí está mi hijo". Y si un sofista se burla de ella diciendo: "¿Cómo? ¿La cuna es tu hijo?", ¿no crees que lo tendría por insensato o cínico que adrede no quiere entender la lengua? Ella señala a ambos, cuna e hijo, pero se refiere en primer lugar al hijo como si no hubiera cuna. Así también San Pablo, Rom. 1, llama al evangelio oral poder de Dios. Que venga un sofista astuto que sepa distinguir entre el poder de Dios (que es eterno) y el sonido oral de la voz que se desvanece al momento. El tal demostrará su ciencia ofreciendo también un touto o un tauta, y concluirá de la siguiente manera: La voz del cuerpo humano no puede ser poder de Dios. Por tanto, San Pablo miente al llamar poder de Dios a estos sonidos vocales del cuerpo humano. De la misma manera, también San Pedro sería pasible de idéntica crítica, puesto que 1ª Pedro 1 dice que la palabra de Dios permanece para siempre, como afirma también Isaías 40, refiriéndose a la misma palabra que se predica entre nosotros. ¿Cómo es posible que algo eterno sea transitorio?

Un sofista no lo puede creer. Pero al que conoce el uso común de la Escritura, esto no lo confunde de ninguna manera y le resulta muy fácil de entender. La figura llamada sinécdoque lo explica todo muy bien, la cual reina con poder, no sólo en la Escritura, sino también en todas las lenguas. Ves, pues, que este espíritu malo no sabe hablar o entender siquiera la lengua materna, y el doctor Carlstadt, que pretende tener gran conocimiento de los idiomas griego y hebreo, merecería que se lo llevase, junto con sus profetas, otra vez a su madre o a una escuela alemana, para que aprendan previamente a hablar y entender alemán.

El segundo argumento de dicha excelsa razón consiste en que el doctor Carlstadt hace gala de haber demostrado que no hay más que pan y vino en el sacramento. Y que, cuando Cristo mandó recibir su cuerpo, quiso decir: "Tomad el pan y comed". Por tanto, según él, los predicadores decrépitos (Hutzelprediger, ¡oh, qué lindo alemán!) deberían haber predicado cómo se recibe el pan del Señor dignamente, según manda Pablo. Si, por mi parte, les pregunto a estos excelsos espíritus dónde está escrito que Cristo dice: "Tomad el pan y comed", posiblemente me señalen el testimonio de su interior. ¡Que lo crea un bastardo del demonio, yo no! No conozco ningún pasaje donde Cristo nos mande tomar el pan y comerlo, sino que dice: "Tomad, comed, esto es mi cuerpo". Ahí me manda tornar su cuerpo y comerlo, y no el pan. No obstante, este espíritu pretende tener toda la autoridad de cambiar, agregar y suprimir a su antojo. ¿Cómo es posible que se equivoque?

Para confirmar este aspecto de su razonamiento acusa al papa de muchos hechos graves y horribles. Primero: el papa, como ladrón, despoja a Dios de su honor, al obligarnos a decirle al mero pan: "¡Dios mío, ten misericordia de mí!"

Segundo: el papa contradice la verdad, al enseñarnos que hagamos memoria del pan, haciéndonos olvidar el cuerpo de Cristo: Tercero: el papa destruye la doctrina de Pablo, ya que enaltece tanto la forma del pan que nos olvidamos de la recordación del Señor.

Cuarto: el papa produce gente insensata al enseñarnos a comer solamente el pan aunque no pensemos en Cristo.

Quinto: el papa inutiliza la pasión de Cristo, por cuanto enseña que Cristo en la forma del pan nos perdona los pecados y nos ha redimido. De no ser así, su muerte en la cruz sería vana. Ahí lo tienes, papa. Ya no puedes correr más; me parece que estás liquidado. Estos cinco argumentos los ha mezclado en tal merengue de saliva que me ha costado trabajo ponerlos en orden.

¿Qué haré? Si los refuto, se me tendrá por papista. Por su parte, el doctor Carlstadt ha pensado: "Las abominaciones del papa las han sacado a luz otros antes que yo. Ahora quiero alcanzar gloria, luchando contra el cadáver de Héctor³⁴. Si digo lo que ya han escrito otros, sin ofrecer nada nuevo, será una deshonra para mí, como ten grande profeta celestial. Adelante, pues, lo atacaré, aunque sólo escriba mentiras acerca de él". Es cierto que el papa y los suyos me han ofendido mucho más que el doctor Carlstadt y aún lo están haciendo. En efecto, hasta ahora han menospreciado en sumo grado al doctor Carlstadt. No obstante, no sería tan insensato que ataque al papa con argumentos que me consta que son mentiras manifiestas y hediondas. Al papa y a los suyos les importa un comino que los haya golpeado con la verdad manifiesta y la clara Escritura. ¿Qué atención prestarán cuando el doctor Carlstadt arremeta contra ellos a sabiendas con mentiras evidentes?

Que la vida del papa y de los suyos sea como fuere. Ahora estamos hablando de su doctrina, non de moribus sed dogmatibus Papae, En esto, digo, el doctor Carlstadt no está confundido, sino que sabe en su conciencia que miente descaradamente en lo que dice del papa, pues en un tiempo él mismo fue también un sofista^M y no sólo estudió, sino también enseñó la teología de las altas escuelas y del papa. Ahora bien; el papa no enseña en ninguna parte que se deba decir al mero pan: "Dios mío," ten misericordia de mí", cosa que sabe todo el mundo. Tampoco enseña que se deba recordar el pan olvidando el cuerpo de Cristo. Igualmente tampoco enseña que se deba apreciar tan altamente el pan que se olvide por ello la recordación del Señor. Además, no enseña en ninguna parte que se debe comer el pan solemnemente, de modo que nunca se recuerde a Cristo. De igual manera, tampoco hace inútil el sufrimiento de Cristo enseñando que Cristo, en forma de pan, perdona el pecado y nos redime. No enseña tal cosa. En estos cinco puntos en cuanto al papa el doctor Carlstadt miente contra su propia conciencia, como lo sabe él mismo y todo el mundo.

Por ello, cuando quiere achacar al papa que, cual ladrón, despoja a Dios de su honor, que contradice la verdad, que destruye la doctrina de San Pablo, que produce gente insensata, que hace inútil el sufrimiento de Cristo, debería aducir otros argumentos y razones. Estos argumentos demuestran más bien que el doctor Carlstadt tiene un espíritu malvado y mentiroso que despoja públicamente a la gente de su honra, contradice su propia conciencia y, como orate insensato, se pone en falta y en ridículo ante todo el mundo. ¡Qué espíritu espléndido ha de ser ése, que quiere expulsar al demonio con otro diablo! En efecto, con mentiras públicas, injuria la verdad evidente.

¿Qué habrá querido el doctor Carlstadt con estas mentiras desvergonzadas? Creo que dos cosas. Primero: que el populacho piense que no es nada lo que han hecho el papa, Lutero y otros. Para él son todos hipócritas. He aquí al hombre. El doctor Carlstadt lo hará. Él sabe de veras

³⁴ Guerrero troyano, hijo de Príamo. El equivalente contemporáneo de esta expresión sería: Ganó gloria luchando contra un tigre de papel.

desnudar al papa. ¿Qué te parece, vecino Andrés y querido compadre Pepe? Segundo: que quiere envolver a Lutero y al papa en un solo bulto, e inculcar a sus majaderos y bodoques que Lutero enseña lo mismo que el papa y que es un doble papa, como también me llama. Así actúa el diablo del doctor Carlstadt, no con el objeto de ser hostil al diablo del papa — el cual lo envió para entrar en el doctor Carlstadt con el fin de restaurar solapadamente el papado — sino con la intención de destruir todo lo que Dios ha obrado hasta ahora por medio de nosotros, por el evangelio, salvando a tantas almas. Lo cual irrita sobremedida al diablo.

Pues bien; ahora sabes, mi querido lector, cuan atrevido y abominable es el espíritu del doctor Carlstadt, que miente desvergonzadamente ante la gente contra su propia conciencia en asuntos tan grandes e importantes donde se debe evitar como ponzoña todo error y duda (¡para no decir nada de mentiras notorias!). Sabe, pues, que tal espíritu es sólo un diablo malvado e iracundo, el cual no quiere tratar en serio este asunto, sino que por medio del encono envidioso del doctor Carlstadt desea vengarse y destruir nuestro evangelio. Pues no enseñamos a adorar el mero pan, ni temer o venerarlo, olvidando la muerte del Señor, sino que veneramos el cuerpo y la sangre de Cristo en el pan. Él mismo sabe muy bien, y además nos ataca en todo este libro, por no considerarlo nosotros como mero pan ni tratarlo en forma de pan. Y, no obstante, nos achaca que veneramos mero pan, como si estuviéramos locos y nos contradijéramos.

Por ello, podemos afirmar con más razón, que el doctor Carlstadt despoja a Dios de su honor, que contradice la verdad, que destruye la doctrina de San Pablo y que hace superfluo el sufrimiento de Cristo, puesto que niega en contra del texto claro y contundente, que el cuerpo y la sangre de Cristo estén en el sacramento, e introduce glosas de su propia cabeza, que no tienen verosimilitud, razón, Escritura, ni fundamento. Por último, tampoco las sabe probar de otra manera publicando mentiras bonitas, sustanciosas y fuertes. Además se contradice como un necio. Mira, pues, ahí tienes el segundo argumento admirable de la amada razón. ¡Qué bien sabe adornarse en las cosas divinas! Empero, lo que respecta a cómo es posible que Cristo nos perdona los pecados en el sacramento, lo reservamos mejor para más tarde, puesto que Carlstadt dice muchos disparates al respecto.

El tercer argumento de doña Huida, con que prueba que el cuerpo de Cristo no está en el sacramento, radica en la afirmación de Cristo: "La carne para nada aprovecha", Juan 6. ítem: "Os conviene que yo me vaya; porque si yo no me fuere, el consolador no vendría a vosotros". ¿Dónde — dice él — ha mandado Cristo recibir su cuerpo? Esta pregunta la repite frecuentemente en conexión con su touto, estando con ello completamente seguro de haber ganado. Entonces nosotros, por nuestra parte, le contestamos, como a quien ha sido derrotado vergonzosamente, "qué Cristo nos manda recibir su cuerpo al decir: "Tomad, comed; "esto, es mi cuerpo". Esta respuesta, dicha una vez, vale por mil veces. Pues el touto, la mayúscula y el punto ya han perdido la batalla, como hemos demostrado antes.

Con todo, ¿no representa una gran destreza y una magnífica conclusión que, por cuanto la carne de nada aprovecha, no se recibe el cuerpo de Cristo en el sacramento? ¡Chancho que anda bien para todos! ¡Habría que seguir probándolo! El doctor Carlstadt ya no se encuentra en Orlamünde, y por esa razón el cuerpo de Cristo no está en el sacramento, porque una cosa se sigue tan bien como la otra. ¿Qué le quita o le pone al sacramento la afirmación de que la carne de Cristo para nada aprovecha? ¿Qué valor tiene que él esté allí sentado en la santa cena, y que se señale con el touto, según divagan ellos? Más bien, voy a usar "vuestra destreza, ¡oh, espíritus!: La carne de Cristo no aprovecha. Poseso, no está sentado a la mesa y el touto no se refiere a él. ¿No es esta conclusión tan buena como la vuestra? Decidme, ¿dónde tiene valor la carne de Cristo?, ¿en la cruz?, ¿en el cielo?, ¿en el vientre de su madre?, ¿o dónde? Si oigo bien, no está en ninguna parte, puesto que no aprovecha en sitio alguno. Pues, la conclusión es: la carne de

Cristo para nada aprovecha, y por eso no está en el sacramento, de lo cual también se deduce que no está, en ninguna parte. Pues, para ser de provecho, tiene que estar presente el Espíritu, tanto en la cruz o en el cielo como en el sacramento. ¿Qué te parece? Estos son, efectivamente, profetas celestiales. Así hay que atacar el sacramento si se quiere destituirlo.

Además, decidme, ¿para qué sirve vuestro sacramento, que sólo es pan y vino? Si no produce beneficio, no hay sacramento en la santa cena, y nadie recibe nada. Pues, lo que no aprovecha, no existe, porque vosotros mismos decís que el cuerpo no puede estar allí, porque su carne de nada aprovecha.

¿Dónde queda entonces, la santa cena? Porque nada podría llegar jamás a ser tan santo que produzca beneficio alguno, ya que la carne de Cristo no aprovecha, siendo a la postre lo más sagrado. Si esto no es fanatismo o entusiasmo exaltado, querido amigo, ¿qué será entonces fanatismo y entusiasmo exaltado? No diré nada de que este espíritu ciego y atrevido trata de gobernar y distorsionar la palabra de Cristo. Porque Cristo no dice: "Mi carne no aprovecha", sino: "La carne no aprovecha" ". En cambio, de su carne dice: "Mi carne es la verdadera comida"³⁵.

"Carne" y "carne de Cristo" son dos cosas completamente diferentes. Así también es muy distinto de "la carne de Cristo no aprovecha para nada" o "la carne de Cristo no tiene provecho para ti o para mi". Esto lo tengo que explicar más para demostrar que estos espíritus, los cuales desprecian la palabra externa de Dios, no entienden debidamente la Escritura. Dios es bueno, y todo lo que ha creado también es bueno, Gen. 1. Lo que es bueno también es de provecho. Sin embargo, para un impío nada es de provecho ni bueno, nada puro ni saludable, sino que todo le es nocivo, impuro y condenable, incluso Dios mismo, no por causa de Dios o sus criaturas, sino por su falta de fe que abusa de todo. Por eso no se debe decir que la carne de Cristo no aprovecha, sino que la carne no aprovecha, como dice Pablo: "La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios". "Carne" se refiere aquí a una mente, voluntad, razón y criterio carnales como Pablo dice a los romanos (8): "El ocuparse en la carne es muerte". Lo mismo Cristo, en Juan 6, cuando dice de su carne que es comida verdadera, critica el concepto de los judíos que lo entendían en sentido carnal, y agrega que sus palabras son "espíritu y vida". Pero, que la carne no aprovecha para nada, quiere decir que si se entienden tales palabras espirituales de modo carnal sólo habrá muerte.

Vosotros decís: El pan del Señor y la copa aprovechan, cuando se come y bebe dignamente, lo que acontece en el conocimiento de Cristo, cuando lo reconocemos y gustamos cordial y fervientemente. Amigo, ¿qué hemos de decir? Vuestro pan y vino aprovechan cuando uno los come y gusta con ferviente conocimiento de Cristo. ¿Por qué nuestro sacramento no aprovecha también cuando se come y recibe' con verdadera fe? ¿O acaso el cuerpo y la sangre de Cristo cuando sota gustados en el sacramento no son tan poderosos como vuestro endeble pan y vino? ¿O acaso la verdadera fe no vale tanto como el ferviente reconocimiento de Cristo? Pero, dime, espíritu mentiroso, ¿cuándo y dónde hemos enseñado que el sacramento aprovecha a alguien (aunque de por sí es siempre útil, saludable y bueno) si no lo toma en fe mediante la palabra de Dios que está en él?

El doctor Carlstadt no se ocupa sino en meras artimañas realmente diabólicas. Primero: aduce palabras acertadas y magníficas (cordial ferviente, gusto, conocimiento de Cristo) para que uno crea que habla en serio, pues veía claramente que el pan y el vino son cosas demasiado viles. Por eso tuvo que inflarlos con semejante agregado, pero no indica modo ni camino cómo se llega a ello.

³⁵ Juan 6:55.

Segundo: no usa la palabra fe para aparentar que él enseña cosas superiores y diferentes que nosotros, y que la verdadera fe no es nada en comparación con el ferviente reconocimiento. Sin embargo, sabe tan poco lo que es conocimiento de Cristo como ignora qué es la fe o la buena conciencia. Tercero: nos hiere traídoramente afirmando que enseñamos a recibir simplemente el sacramento sin palabra y fe, aunque sabe que no es así. Otra vez miente ponzoñosa y deliberadamente. He dicho antes que el tratar con mentiras evidentes en estos importantes asuntos no es obra de un espíritu bueno sino de un diablo vengativo, del cual el doctor Carlstadt también está poseído.

A continuación saca a relucir la palabra sacramentaliter, y dice que sacramentalmente la carne de Cristo no aprovecha para nada, como tampoco aprovecha naturalmente, puesto que en ésta no se puede percibir la muerte ni la resurrección, etc. Se jacta aquí de que, con este argumento, ha golpeado al papa en la oreja, de modo que se le ha ennegrecido toda la cara, junto con todos los papistas nuevos y antiguos. (¡Gloríate, oruga, tu padre fue un gusano de las coles!). No sé si este espíritu simula deliberadamente tal insensatez y locura o si Dios lo atormenta tan horriblemente. Pronuncia una simple palabra desnuda y endeble, sacada de su cabeza, sin fundamento alguno diciendo que el cuerpo de Cristo sacramentalmente no aprovecha para nada, etc., y con semejante palabra pretende haber derrotado al papa y a todos nosotros. Si fuese el Príapo de los paganos soltaría un cuesco por semejante susto.

Antes he afirmado que no es sino una blasfemia contra Dios si se dice que el cuerpo de Cristo no aprovecha para nada, como devanea este espíritu insensato. Aprovecha siempre, dondequiera que esté, aunque no me aproveche a mí, por mi incredulidad. El sol brilla siempre, aun cuando el ciego no lo vea. Y la palabra de Dios es siempre saludable, si bien para el impío es un veneno y "olor de muerte para muerte". El cuerpo de Cristo está siempre en el sacramento, aunque no esté para estos espíritus insensatos y ciegos que todavía no han aprendido lo suficiente de su espíritu excelso y celestial como para saber que "carne" y "carne de Cristo" no son la misma carne, sino que una es carne de vida y la otra carne de muerte. Y, ¿qué les importa a semejantes profetas la vida y la muerte? Si sólo tuviesen el honor de ser espíritus santos, con eso les bastaría.

¿Es cierto, amigo, eso que dice de que en el sacramento no se puede percibir la muerte y la resurrección de Cristo y por ello Cristo ahí no aprovecha? ¡Oh, excelsos profetas! Mas dime, a tu vez, ¿cómo se percibe la muerte y resurrección en el cuerpo de Cristo que está sentado en la santa cena y al cual se refiere el touto? ¿Lo tiene pintado en la frente? ¿No? Entonces no os aprovecha. ¡Cómo se envanece este espíritu en todas tus palabras! No puede decir nada que no vuelva como bumerang a su cabeza y le pegue, de manera que no sólo queda ennegrecido, sino que también tiene que tambalear como un borracho. Ya que las palabras de Cristo nos indican y nos enseñan a reconocer la muerte y resurrección en el Cristo allí sentado, ¿por qué no pueden hacer lo mismo en el cuerpo y sangre del sacramento?

Pues, no es el cuerpo de Cristo, sea el que está sentado a la mesa o el que está en el pan al que nos comunican la muerte y resurrección de Cristo, sino las palabras que dice: "Dado a vosotros".

Aunque su conocimiento y recordación de Cristo fuese puro ardor, puro corazón, puro calor y puro fuego, de modo que también los espíritus sectarios se fundieran y tal espiritualidad se inflase con palabras aún mil veces más refulgentes, ¿qué pasaría entonces? ¿Qué se ganaría? Nada más que nuevos monjes e hipócritas que con gran devoción y seriedad se pondrían frente al pan y vino (si todo anduviera bien), como lo han hecho hasta ahora las conciencias tímidas frente al sacramento. Se suscitaría sobre este conocimiento y recordación la misma angustia y pena que ha existido hasta ahora con referencia a la cuestión de recibir dignamente el cuerpo de Cristo.

Pues el conocimiento que aducen no vale por eso. El diablo también sabe perfectamente y reconoce que el cuerpo ha sido dado por nosotros. Sin embargo, esto no le aprovecha.

Pero el conocimiento vale cuando no dudo, sino que me atengo firmemente con verdadera fe al hecho de que el cuerpo y la sangre de Cristo han sido dados por mí, por mí, por mí, por mí (digo) para borrar mi pecado, como rezan las palabras en el sacramento: "Esto es el cuerpo dado por vosotros". Por este conocimiento se crean conciencias alegres, Libres y seguras. A esto se refiere Isaías 53: "Por su conocimiento justificará a muchos". El espíritu del doctor Carlstadt es tan enemigo de esta doctrina como de la muerte, y quisiera destruirla. Embauca a la gente con frases como "conocimiento ferviente, cordial y sincero del cuerpo de Cristo", como si hablase en serio. No obstante, no va más lejos, y no se da cuenta de que se advierte cómo convierte las palabras de Cristo en puro mandato y leyes, que sólo nos ordenan y decretan recordarlo y conocerlo. Además, convierte el conocimiento en una obra que realizamos nosotros, mientras que no recibimos más que pan y vino. Pero de esto trataremos más adelante. Pero voy a ponerte a este espíritu al descubierto. Con tales palabras espléndidas quiere salir al paso del clamor de que está destruyendo totalmente el sacramento al convertirlo en simple pan y vino. Por eso alardea y se adorna con semejantes palabras grandilocuentes para que se crea que quiere enaltecer el sacramento. Pero, en verdad, la intención del diablo es derribarlo completamente y preparar un buen festín, donde por último se esté sentado, se coma y beba y se tiren jarros y cántaros contra las paredes, se riña y pelee. Pues ya que hasta ahora no se ha podido mantener el respeto, creyendo que allí está el verdadero cuerpo de Cristo, ¿qué respeto quedará donde se crea que hay simple pan y vino? Pues allí seremos buenos compinches y haremos tal juerga y jarana que se mueva el Brezal.

Ahí observas otra, vez claramente al diablo que convierte las promesas de Cristo en mandamientos, y establece en lugar de la fe una obra, como he dicho de él anteriormente. Todo lo que babosea el doctor Carlstadt en estas cosas del conocimiento del cuerpo de Cristo tiene el mismo origen, a saber: que ha referido su tonto al cuerpo de Cristo allí sentado, por imaginación de su propia cabeza, como ya hemos oído. Pues opina que con el tonto no se nos ha ordenado otra cosa que ejercitar el conocimiento de Cristo en este sacramento. No obstante, el Señor no dice ni una palabra de tal conocimiento, mandato u obras. Carlstadt no puede aducir ningún fundamento, Escritura ni razón, fuera de su desdichado touto y su propio razonamiento, al cual puede creerle quien quiera confiar en él diablo. Además, convierte este conocimiento en mera obra, para destruir con ello la fe y la promesa de Cristo.

De esto comprenderás que la teología de Carlstadt no ha llegado más lejos que enseñar cómo debemos seguir a Cristo, y no ha logrado más que hacer de Cristo un dechado y legislador. De ello no se puede aprender sino obras. Lo sabe ni enseña que Cristo es nuestro tesoro y don de Dios, de lo cual resulta la fe y que es la enseñanza más preciosa. Intenta adornar y oscurecer todo esto con expresiones tales como ferviente reconocimiento, ardiente recordación, y otras parecidas. Así recae otra vez de la fe a las obras, con el resultado de que, como he advertido hace mucho, su doctrina y erudición, al fin terminan afirmando que el libre albedrío tiene peso en los asuntos de Dios y las buenas obras.

Además, este espíritu insensato es tan ignorante en cuanto a la Escritura que entiende la palabra "memoria", en el pasaje donde Cristo dice: "Haced esto en memoria de mí", sólo como recordación de alguien, en el sentido como los sofistas se refieren a los pensamientos interiores del corazón. Pues este espíritu tiene que introducirse y convertir en algo espiritualmente interno lo que Dios quiere que sea externo. No hay caso. Pero es aún peor y más insensato que atribuya a tal recordación el poder de justificar, como la fe. Aduce como fundamento que está escrito — según dice él— que "lo han hecho en memoria de mí". ¿Qué te parece? Está escrito que lo han

hecho en memoria de mí. Por esa tal recordación obra la justificación... Comprendes, pues, qué bien el doctor Carlstadt entiende la cena del Señor, su recordación y la justificación, a saber, de tal manera que el diablo sólo juega y se mofa en este asunto.

Sin embargo, tú debes saber y sostener que esta recordación de Cristo es una recordación externa como cuando se habla de recordar a alguien. Así es como habla de ello la Escritura, por ejemplo, en el Salmo 16: "No tomaré sus nombres en mis labios", ítem, Salmo 9: "Su memoria pereció con ellas". Lo mismo Salmo 83: "Que no haya más memoria del nombre de Israel". Además, Salmo 112: "De recordación eterna será el justo". Por lo tanto, Cristo, al pronunciar las palabras: "Haced esto en memoria de mí", quiere decir lo mismo que Pablo con: "Anunciáis la muerte del Señor", etc. Cristo desea que prediquemos de él cuando disfrutamos del sacramento, y que proclamemos el evangelio para fortalecer la fe. No debemos estar sentados y jugar con los pensamientos en nuestros corazones, y convertir tal recordación en buena obra, como imagina el doctor Carlstadt. ¡Que los profetas estudien mejor, antes de publicar libros!

Por lo dicho, puedes advertir claramente que semejante recordación no produce justificación, sino que antes deben ser justificados los que han de predicar, anunciar y practicar la recordación externa del Señor, como está escrito en Rom. 10: "Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación". Pero la justificación que el doctor Carlstadt atribuye al conocimiento de Cristo, tampoco vale nada, y debes cuidarte de ella. Te miente y engaña. Porque no habla de conocimiento espiritual, como debería ser. Pues Isaías habla del espíritu y del conocimiento espiritual que el Espíritu Santo obra en nosotros y no nosotros mismos, a saber — cosa que sé, de la que estoy seguro y de la que no dudo — que Cristo ha sido entregado por mí. Pero Carlstadt lo convierte en una devoción humana y carnal, y en una obra de fervor apasionado en el corazón, que no va más allá de saber y reconocer el mero hecho de que Cristo ha sido dado por nosotros, cosa que también el diablo y los hipócritas pueden conocer. *Scientiam doce, usum scienüae non potest docere.* Babosea mucho del conocimiento, pero no lo desarrolla y aplica debidamente, sino que hace de él una simple obra. Esto es convertirlo en un conocimiento carnal, y no espiritual. Pues su espíritu no tolera, otra cesa. Lo que es espiritual él lo tiene que convertir en carnal.

El cuarto argumento de doña Huida consiste en que ella se apropia del pasaje de San Pablo en 1ª Corintios 11 y quiere manejarlo a su antojo: "Tomad, comed; esto es el cuerpo que es partido por vosotros" ¡Dios me libre! ¡Cómo palidece y tiembla este espíritu ante ese trueno! No obstante, cobra ánimo y dice: "¡Oh, hombre pobre e ignorante! ¿Crees que el cuerpo de Cristo es partido, como se parte el pan?, etc. Pero, amigo, oigamos cómo este espíritu se agarrota y tortura él mismo, Dime —afirma él—, ¿Cristo mismo se ha partido en el pan? Pues; él no estaba en el pan cuando lo partió. No puedes mostrar ningún apóstol que haya partido el cuerpo de Cristo en el pan. Al fin, alega que ningún hueso de Cristo fue partido. Y por eso este partir debe referirse a su sufrimiento; es decir: "Esto es el cuerpo que por vosotros es partido", debe entenderse como: "que por vosotros es crucificado". Fíjate, amigo, cómo el espíritu anda sobre huevos, cómo se retuerce, que habla como si tuviera una papa caliente en la boca y murmura como un hombre medio muerto y desesperado.

No, querido espíritu, no te me escaparás de esta manera. Y si bien yo debía haber citado este pasaje anteriormente con los demás, me lo impidió la bazofia confusa y el estilo engorroso de su libro. En primer lugar, de nada sirve que quiera entender el partir como el sufrimiento y la crucifixión, puesto que la Escritura no habla así. No lo puede probar, y por eso su propio sueño y glosa no valen nada. Se observa, por cierto, que la Escritura llama "corazón y espíritu quebrantado" a las almas afligidas. Pero esto no lo aplica a sufrimientos corporales. Y aun cuando lo hiciese, no por ello tendríamos la certeza de que también se aplica en este caso. Esto

todavía queda por demostrar. Así, pues, no tiene ninguna importancia que no se le haya quebrantado ningún hueso a Cristo. Pues ninguno de nosotros es tan insensato que diga que en el sacramento Cristo es quebrado visiblemente como se enrueda a los ladrones. Así demostramos que Cristo y los apóstoles, de acuerdo con este pasaje: "esto es el cuerpo que por vosotros es partido"; han quebrado el cuerpo de Cristo. Pues en el partir debe haber estado. Si no, Pablo miente.

Pero déjame tomar al pillo por la garganta. Antes hemos comprobado exhaustiva y contundentemente que el touto del doctor Carlstadt debe referirse al pan, cuando Cristo dice: "Tomad, comed; touto o esto es mi cuerpo que por vosotros es dado". Ya que también San Pablo emplea el touto aquí diciendo: "Esto es el cuerpo partido por vosotros", debe referirse también al pan. De manera, pues, que el texto exige que este pan sea el cuerpo que es partido. En consecuencia, forzosamente, este partir debe mantenerse en la cena y al comer en la mesa, y no es otra cosa, como dije antes, que el cuerpo es repartido a la comunidad como se parte o reparte el pan a la comunidad en otras circunstancias. De manera que no es necesario aquí fantasear en cuanto a cómo exactamente se parte el cuerpo de Cristo en el pan, sino que basta con que es partido, es decir, repartido, en forma total y completa en todas las partes y partículas del pan.

Queda, pues, incólume la afirmación de que el cuerpo de Cristo y el pan son una sola cosa. Por lo que cuando se parte el pan es lo mismo que partir o repartir el cuerpo de Cristo, para que sea distribuido entre muchos y recibido por ellos. Pues si San Pablo no hubiese querido decir que el cuerpo de Cristo está en el pan, no habría atribuido al cuerpo de Cristo ese partir que, según uso y costumbre de la Escritura, se aplica en sentido estricto al pan. Pero, ya que él incluye ambas cosas en una, en que señala el pan y lo llama el cuerpo partido de Cristo, de manera que en un solo acto de partir se parte tanto el pan como el cuerpo, por lo cual nadie puede pasarlo por alto y debe confesar que el cuerpo de Cristo está en el pan. E igual como el pan, por el acto de partir no pierde su índole o su nombre, sino que permanece y sigue llamándose pan, a pesar de ser fraccionado, así también el cuerpo de Cristo permanece como tal, aun cuando sea repartido mediante muchos pedazos, a muchos.

Resta todavía una cuestión. San Pablo afirma del pan: "Esto es el cuerpo que es partido por vosotros". Amigo, ¿cómo puede ser partido por nosotros? Hubiera sido mejor decir: "partido entre nosotros". ¡Oh, qué piernas ligeras tiene aquí este espíritu! ¡Cuan ágilmente salta por encima de la expresión "por nosotros"! Amigo, ¿por qué? Por la siguiente razón: Se ha propuesto negar que hay perdón del pecado en el sacramento. Pero tal intento es una basura. Porque permanece la palabra "partido por nosotros", lo cual no puede significar otra cosa sino que este partir de pan y cuerpo acontece y ha sido iniciado para que tengamos beneficio de liberarnos de los pecados. Pues Cristo ha puesto en el sacramento la fuerza y la potencia de su padecimiento. Para que las busquemos y encontremos allí, conforme rezan las palabras: "Esto es mi cuerpo dado por vosotros para perdón de los pecados", como veremos en breve. Por esa razón, este espíritu no puede manosear dicha palabra.

El quinto argumento de doña Huida se dirige especialmente contra Lutero por enseñar que toda persona a quien acongoja su conciencia a causa de los pecados, vaya al sacramento y busque allí consuelo y perdón de los pecados. Aquí, Pepe Bruto se presenta, primero, como buen muchacho y dice, con toda franqueza: "¡Oh, profetas falsos, prometéis a la gente el reino de Dios por un pedazo de pan! Yo sé que vosotros no mejoráis el pan con vuestros gruñidos y murmullos. ¿Por qué decís que los pecados quedan perdonados cuando vosotros habéis soplado encima? ¿Por qué no tomáis, más bien, un puñado de cebada, etcétera, y lo coméis en el nombre de Dios para que quedéis libres de pecados?" Aquí, mejor que hable con el propio doctor Carlstadt.

Mi distinguido doctor Carlstadt: ya que no quisisteis o no pudisteis impugnar este artículo, sino en esta forma, ¿por qué no os quedasteis más bien en casa? Os costará mucho, aunque cuando de vosotros mil hubiera, superarme con la Escritura y argumentos. En cambio, vosotros me atacáis solamente con palabras despreciativas y con mentiras evidentes y desvergonzadas. ¿Creéis, acaso, que temo las mentiras, si vosotros mismos sabéis que mentís? Si en cuestiones seculares alguno pusiera en entredicho el honor de otro con semejante mentira, de las que ambos sabrían que son mentiras, ¿no se le diría a tal hombre: mientes como un bergante y un canalla? Mas, ¿qué hemos de decir de que se miente desvergonzadamente en cosas divinas, contra la conciencia? Pues pñen; quien todavía no cree que estos profetas están llenos de diablos, escuche. Los voy a poner en evidencia con sus propias y desvergonzadas mentiras.

Primero decidme, espíritu mentiroso, ¿cuándo hemos enseñado que un pedazo de pan perdona los pecados? ¡Ea!, Pepe Bruto y Victus Knebel, mostradme una sola letra o punto, puesto que acostumbráis probar con ellas" vuestra causa sabiendo vosotros que no lo hacemos, ¿cuál será el espíritu que os induce a mentir tan vergonzosamente? Si mintieseis por olvido o ignorancia, os podría tener por seres humanos. Empero, ya que en tales cosas serias mentís tan premeditada, deliberada y ponzoñosamente, nadie puede ver en vosotros sino al espíritu malo. Pero, es característico de esos profetas hablar tan irónica y despreciativamente de las cosas divinas con el fin de incitar al populacho insensato para que por estas palabras llegue a pensar que se ha producido una verdadera victoria y triunfo, aunque, en realidad, no se les da ninguna razón valedera.

Segundo: decidme, ¿cuándo murmuramos o soplamos sobre el pan? ¡Ea, mostradlo! Igualmente, ¿cuándo hemos enseñado que por nuestro murmurar o soplar mejore el pan? ¡Ea, adelante!, pues, ¿cuándo? Ahora bien; yo también me conjuro. Si el doctor Carlstadt realmente cree que hay un Dios en el cielo y en la tierra, que Cristo mi Señor jamás me sea propicio y benigno. Esto significa conjurarse seriamente. Pongo por razón que el doctor Carlstadt sabe que no soplamos ni murmuramos sobre el pan y el vino, sino que pronunciamos las palabras divinas, todopoderosas, celestiales y santas que Cristo mismo, en la santa cena, pronunció con su santa boca y que nos mandó a nosotros pronunciar. Nada diré de los curitas malvados y pecaminosos. Esto digo: si estas mismas palabras fueran dichas por un asno, como lo era el de Balaam, aun cuando las pronunciase un diablo, son, no obstante, palabras de Dios y deben ser tenidas en honra, como corresponde.

Dime, pues, si alguien sabe de cierto que es la palabra de Dios y se atreve deliberadamente a ridiculizar y burlarse de ellas, tildándolas de murmullo y soplo humanos, pervirtiendo al pobre populacho con semejantes mentiras y veneno, y esto, sin respeto ni temor ni escrúpulo, sino gozando y deleitándose en semejante malicia, como si Dios le fuera a dar una corona por semejante blasfemia y perversión de la gente, creándolo caballero de la gracia. ¿Cómo puede el tal creer y pensar que haya un Dios? Éste debe estar poseído por más de un diablo. Dejémoslo. El doctor Carlstadt lo advertirá, si es que ya no se ha dado cuenta. Si Dios hace caso omiso de esto, yo tampoco diré que hay Dios. Pero amonesto amigablemente al doctor Carlstadt a que se arrepienta. Ya ha tentado a Dios suficientemente. Además, ya lo ha hecho por suficiente tiempo. Esto cambiará y es preciso que sea pronto. Quiera Dios que en esto sea mentiroso y falso profeta. ¡Oh, Dios!, ¿qué haremos si tú nos abandonas?

Miserable espíritu, ¿por qué no atacas las cosas verdaderas? ¿Por qué no criticas nuestra enseñanza? Impugnas una doctrina que nos es ajena y nos la atribuyes mintiendo, pues no es nuestra. ¿Hay algo más fácil que inventar una mentira, atribuírsela a alguien, y disputar acerca de ella y vencer? En cambio, nuestra doctrina es que el pan y el vino no aprovechan, y que tampoco el cuerpo y la sangre en el pan y vino son de beneficio alguno. Aun más: Cristo en la cruz con

todo su sufrimiento y muerte no aprovecha nada, aun cuando se lo reconozca y recuerde del modo "más ferviente, ardoroso y cordial", como enseñas tú. Debe haber allí algo más, ¿Qué, pues? La palabra, la palabra, la palabra, ¿oyes, espíritu mentiroso?, la palabra es la que obra. Pues, aun cuando Cristo fuere entregado y crucificado por nosotros mil veces, todo sería en vano si no viniera la palabra, lo repartiera y me lo donara diciendo: esto es tuyo, tómallo y consévalo.

Así también, si conforme a la doctrina de Carlstadt, yo practicara la recordación y el reconocimiento de Cristo con tanto fervor y sinceridad que sudase sangre y me consumiese, todo sería en vana y completamente inútil. Porque allí habría otra cosa que obra y, mandamiento, sin ningún don o palabra de Dios que me ofreciera y concediera el cuerpo y la sangre de Cristo. Y lo mismo me sucedería si tuviera enterrado o guardado una caja llena de ducados y otros objetos de gran valor. Bien podría recordarlo y reconocerlo con todo gozo hasta la muerte, y tener gran fervor y ardor en este conocer y reconocer el tesoro, hasta el punto de enfermarme. Pero, ¿de qué me aprovecharía todo esto, si ese mismo tesoro no fuera jamás abierto, dado, traído y entregado en mi poder? Esto de veras significaría amar y no gozar, quedar satisfecho del olor y embriagarse a la vista del vaso, como dice Isaías 29: uno sueña que come y bebe, pero cuando despierta, su estómago está vacío.

Toda la doctrina del doctor Carlstadt es, precisamente, un semejante soñar. Pues, con las altisonantes palabras "ferviente recordación, ardoroso reconocimiento, delicado gustar del sufrimiento de Cristo", se burla de nosotros y no llega más lejos que mostrarnos lo salutar a través de un vidrio o en un recipiente. Podemos verlo y olerlo hasta saciarnos, en efecto, en el ensueño. Pero no lo da, no lo abre y no lo entrega para que sea nuestro. Con semejantes palabras altisonantes quiere oscurecer la palabra que nos concede este tesoro al decirnos: "Tomad; esto es el cuerpo dado por vosotros". La expresión "por vosotros" es para él veneno y muerte amarga. En cambio, para nosotros es consuelo y vida, porque abre el tesoro y nos lo entrega en propiedad.

Sin embargo, para que se comprenda mejor nuestra doctrina, hablaré de ella en forma clara y llana. El perdón de los pecados lo tratamos de dos modos: primero, cómo se consigue y obtiene; segundo, cómo se nos reparte y regala. Cristo lo ha obtenido en la cruz, esto es cierto. Pero no lo ha repartido o regalado en la cruz. En cambio, en la santa cena o en el sacramento no lo ha obtenido, sino que ahí lo repartió y lo dio mediante la palabra, como también en el evangelio donde se lo predica. La obtención se produjo de una vez para siempre en la cruz. Pero, la distribución se ha realizado constantemente, antes y después, desde el comienzo del mundo hasta el fin. Pues, ya que había resuelto obtenerlo de una vez para siempre, era lo mismo repartirlo antes o después mediante su palabra, como es fácil demostrarlo con pasajes de la Escritura. Pero ahora no hay necesidad ni tiempo para ello.

Si quiero que se me perdonen mis pecados, no debo recurrir a la cruz, puesto que allí no hallo repartido el perdón, no he de atenerme tampoco a la recordación y al reconocimiento del sufrimiento de Cristo, como disparata Carlstadt, puesto que no lo hallo allí tampoco, sino que he de recurrir al sacramento o al evangelio donde encuentro la palabra que me reparte, dona, ofrece y da este perdón obtenido en la cruz. Por eso tiene razón Lutero cuando enseña rectamente que quien tiene mala conciencia por sus pecados vaya al sacramento y busque consuelo, no en el pan y vino, no en el cuerpo y la sangre de Cristo, sino en la palabra que en el sacramento me ofrece, dona y da el cuerpo y la sangre de Cristo, como dado y derramado por mí. ¿No está suficientemente claro?

Con todo, este espíritu insensato ha luchado contra nosotros y ha dicho: "¡Oh, falsos profetas!, no tenéis ninguna palabra en el sacramento que os regale y dé el perdón de los pecados". Repito que debió haber atacado la palabra del sacramento en la que persistimos obstinada y desafiantemente, demostrando que no la tenemos, y con lo cual se hubiera convertido

en un paladín valiente. Pues, aun cuando no hubiera más que pan y vino, como afirman, y sin embargo estuviera allí la palabra "Tomad; esto es mi cuerpo dado por vosotros", etc., habría no obstante en virtud de esas mismas palabras, perdón de los pecados en el sacramento. De la misma manera reconocemos que hay en el bautismo simple agua. Pero, por estar en él la palabra de Dios que perdona el pecado, decimos abiertamente, con San Pablo, que el bautismo es un lavamiento de regeneración y renovación. Todo depende de la palabra.

Ahí tienes, mi lector, al diablo del doctor Carlstadt y adviertes que se ha propuesto destruir la palabra externa de Dios, la cual tampoco aprecia ni respeta, llamándola murmullo, gruñido y soplo. También ha querido quitar por completo el sacramento, tanto corporal como espiritualmente, negando que esté presente corporalmente el cuerpo y la; sangre de Cristo y que no se produce espiritualmente el perdón de los pecados, de modo que no queda ni el sacramento ni sus frutos. Y en lugar de tal ordenanza y palabra divinas pretende instituir sus propios sueños referentes a la recordación y al reconocimiento. Pero su ciencia le ha fracasado. Ahora, pues, ya sabes cómo juzgarlo. Ahora debo traer a colación lo que al final de su libro babosea con mucha ciencia e inteligencia diciendo que el cuerpo, en la cena, era mortal, pero ahora es inmortal y no puede ser dado por nosotros, como rezan las palabras: "esto es el cuerpo dado por vosotros". Ya que no es ni puede ser dado por nosotros y las palabras son cosa del pasado y falsas, por cuanto se las aplica ahora al cuerpo inmortal; por tanto, también debe ser falso que el cuerpo mortal haya estado en el pan y en el vino, ya que celebramos esta cena después de la muerte de Cristo cuando es inmortal y no es dado, como dijo Cristo cuando era mortal. ¿Qué te parece? ¿Cómo busca doña Huida aberturas y agujeros para escapar!

A esto contestamos: Primero: que la sangre de Cristo no se ha convertido en la sangre de Gabriel o Miguel, cuando se volvió inmortal, sino que ha permanecido siendo la sangre de Cristo. Pues creemos y es cierto que es la sangre de Cristo, que ahora está sentado en el cielo a la diestra de Dios, y no otra, la que ha sido derramada por nosotros de una vez para siempre. Si, pues, se considera el acto con el cual se obtuvo el perdón de los pecados, éste no se produjo en la santa cena. Pero ahora se ha producido y es un hecho. Si, en cambio, se considera la repartición del perdón, no importa un tiempo particular, sino que se ha producido desde el principio del mundo, como dice también Juan en el Apocalipsis 13: el Cordero de Dios fue inmolado desde el principio del mundo.

Ya que todos los que tienen pecados para ser perdonados necesitan del cuerpo y de la sangre de Cristo, no deja de ser cierto que ha sido dado por ellos. Pero, por cuanto el hecho se ha producido, pero mientras no se me ha participado, es como si no se hubiera producido para mí. Por ello la sutileza de doña Huida no vale nada, pues no toma en cuenta que se trata al fin y al cabo de la repartición y que Cristo efectuó la obtención por causa de la repartición y que ha hecho depender todo de esa repartición. Por tanta, dice también San Pablo³⁶ como hemos mencionado antes, que el cuerpo de Cristo es partido por nosotros. Y no, le quita ni le pone nada al perdón que sea mortal o inmortal, que haya sucedido o que aún ha de suceder. Basta que sea la misma sangre. Porque es derramada para mí, cuando me es repartida y se me participa que ha sido derramada por mí. Lo que aún sucede y debe suceder diariamente.

Estos son seguramente los mejores y más lindos argumentos de doña Huida en estas cuestiones; ahí se advierte que es la novia del diablo y que dice lo que éste le inspira. El doctor Carlstadt disparata, además, diciendo que Cristo no descende del cielo, puesto que Pablo m manda que anuncie la muerte del Señor hasta que él venga. Así, se burla una vez más de la palabra de Dios preguntando si Cristo debiera saltar por impulso del fétido aliento de un cura

³⁶ 1ª Corintios 11:24.

ebrio, o si podemos arrancarlo del cielo o conjurarlo para que baje. También dice que Cristo debió abandonar el lugar donde estaba sentado para poder introducirse en el pan y, aún hoy, debe abandonar el cielo para poder introducirse en el pan, etc. Todas éstas y semejantes palabras vergonzosas y blasfemas no son sino una mezcla de pensamiento y mentiras pueriles, torpes y depravadas que no son dignas de respuesta. Nosotros no afirmamos que Cristo desciende del cielo o abandona su lugar. De otro modo, este espíritu también debería decir que el Hijo de Dios, cuando se hizo hombre en el vientre de su madre, también abandonó el cielo. Toda la burla de Carlstadt respecto del cuerpo en el sacramento, tendrá que convertir también en mofa en cuanto a la deidad de Cristo en la carne, cosa que con el tiempo también llegará a hacer. San Esteban cuando vio a Jesús, Hechos 8, no dijo que descendía del cielo, sino que estaba a la diestra de Dios. Y Pablo, Hechos 9, lo oye también hablar y sin embargo no descendió del cielo. En resumen, este espíritu insensato se ocupa en ideas pueriles, como si Cristo estuviera subiendo y bajando. Tampoco comprende que el reino de Cristo está en todas partes y, como afirma Pablo, que todo lo llena en todo, Efesios 1. No se nos ha mandado investigar cómo sucede que nuestro pan se haga y sea el cuerpo de Cristo. Ahí está la palabra de Dios que lo dice. A ésta nos atenemos y la creemos. Lucha con eso, pobre diablo, e investiga hasta saber cómo sucede. Asimismo, se mofa de nosotros como si dijéramos y enseñásemos que la copa está en la sangre, y chanea que no se ve sangre alguna. Siempre aparta sus oídos de la palabra de Dios y mira sólo el pan y el vino. Pues este espíritu no quiere creer lo que dice la palabra de Dios, sino lo que ve y siente. ¡Oh, qué bonita fe! Le contestamos, pues, a este diablo malvado que las palabras, Lucas 22: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, no deben ni pueden entenderse en el sentido de que las palabras "en mi sangre" corresponden a la frase "esta es la copa", como pretende este espíritu por pura y deliberada maldad, sino que se refieren a "el nuevo pacto", como en efecto siguen con toda naturalidad en el texto. Es como decir: esta copa es un nuevo pacto, no en sí misma siendo quizá de vidrio o de plata, sino por estar presente mi sangre. Por causa de esta misma sangre, la copa es un nuevo pacto. Pues el que recibe la copa como la sangre de Cristo derramada por nosotros, recibe el nuevo pacto, es decir, el perdón de los pecados y la vida eterna. Te diré, sin embargo, por qué el doctor Carlstadt tuvo que blasfemar, disparatar y burlarse en este asunto. El texto era tan claro y contundente que no sabía qué decir. Pues esta palabra, con más fuerza y contundencia que ninguna otra aducida anteriormente, obliga a aceptar que la sangre de Cristo está en el sacramento. Por eso pensó llenar los oídos del populacho y distraerlo con bufonadas para que no presten atención a estas palabras de Lucas. Y también me parece advertir en este punto que el doctor Carlstadt niega contra su propia conciencia que la sangre y el cuerpo de Cristo estén en el sacramento; y que en su corazón es hostil a Dios y, para dolor y pena de éste, quiere blasfemar e injuriar su santa palabra y sacramento. Me parece, vuelvo a decir, que el doctor Carlstadt se ha dedicado y atrevido a ser un enemigo público de Dios y quiere más bien correr que trotar hacia el infierno. Dios quiera que me equivoque y falte a la verdad.

Pues este pasaje de Lucas y Pablo es más claro que el sol y más contundente que el trueno. Primero: nadie puede negar que esté hablando de la copa, porque dice: "Esta es la copa". Segundo: llama a la copa nuevo pacto. Esto es irrefutable porque no puede ser que haya un nuevo testamento por el simple vino. ¿Qué otra cosa es el nuevo testamento que perdón de los pecados y vida eterna ganados para nosotros por Cristo y puestos a disposición en el sacramento? Para que la copa sea un nuevo testamento es preciso que haya algo en ella o con respecto a ella que equivalga al nuevo pacto. ¿No se trata acaso de la sangre de Cristo, pues él dice "en mi sangre"? Si no es así, dime qué es. Así, pues, bien podemos decirle a estos espíritus: "¡Oh, falsos profetas, que dais y prometéis el nuevo pacto al pueblo por y en un trago de vino!" Entonces el texto debería rezar así: ésta es la copa del nuevo pacto en el vino. Pero, como las palabras rezan: ésta es

la copa del nuevo pacto en mi sangre, caen por el suelo y quedan vencidos la ciencia, los escritos, los libros del doctor Carlstadt, tanto los que ha escrito como los que aún pudiera escribir, de modo que ni siquiera puede abrir la boca en contra. Si la abre, empeorará la cosa.

He aquí nuestro texto. Morded, comed, burlad y blasfemad confiadamente y enojaos, estimados profetas celestiales. Debéis admitir que la copa es el nuevo pacto aunque no haya ningún touto que lo señale. Aun cuando todos los toutos estuvieran a vuestro favor, debéis admitir que es el nuevo pacto, no en sí y de por sí mismo, sino por y en virtud de la sangre de Cristo. La sangre, la sangre de Cristo, hace que esta copa sea un nuevo pacto. La copa no puede considerarse el nuevo pacto por la sangre de Cristo allí sentado, porque la copa no puede ser el nuevo pacto en virtud de la sangre que no está en ella, que no la toca ni concierne. La copa y la sangre deben ser una sola cosa, como dijimos antes, de modo que el que tiene o toma la copa posee y toma también la sangre de Cristo. ¿Por dónde escaparéis ahora, estimados espíritus sectarios? Dejaré que escriban y griten durante mil años y no les opondré más que la sola palabra: "Esta copa es el nuevo pacto". ¡Cómo arroja la palabra "nuevo pacto" a los profetas y espíritus en un solo montón de excremento!

Oigo también decir (pues no he visto ni leído todos esos libros ponzoñosos) que recurren a la palabra de Cristo en Mateo 16, cuando dice: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia". Aquí, dicen, se advierte que Cristo comienza hablando de Pedro que significa roca, y, sin embargo, dirige inmediatamente después la palabra a otra roca, diciendo: "Y sobre esta roca edificaré mi iglesia". Lo mismo, afirman, sucede también aquí cuando dice: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo", cambiando el objeto de su locución del pan al cuerpo allí sentado. ¡Qué bien se combina! ¡Sálvese quien pueda! Una mentira necesita otras siete mentiras para aparentar la verdad y tener visos de realidad.

A esto contestamos: Aun cuando fuese cierto que Cristo en Mat. 16 hablara de esta manera, no basta, sin embargo, para establecer un artículo de fe y fundar en ella la conciencia, bajo la suposición de que aquí también sucede lo mismo. Por lo contrario, habría que demostrar con un texto claro que en este lugar se trata de lo mismo. Por consiguiente, de nada sirve que estos espíritus digan que en Mat. 16, Cristo cambia repentinamente el objeto de su locución de una roca a la otra y que por lo cual también aquí debe cambiarlo del pan al cuerpo. ¿Quién nos garantiza y asegura que así también debe ser aquí? Claro que tú lo dices. Pero, ¿quién te puede creer ya que no lo demuestras? Debes demostrar categóricamente, con la Escritura, que hay un paralelo entre las dos locuciones y no afirmarlo solamente por tu cuenta. Pues, como he dicho a menudo, la fe no se contenta con el simple decir o contar, sino que quiere la palabra de Dios, que le diga clara y sencillamente así es y no de otra manera. No quiere ser una caña sacudida por el viento.

Segundo: no es cierto que Mat. 16 sea el mismo tipo de locución. Pues allí figura la palabra "y" entre las dos partes y se repite la palabra roca diciendo: "Tú eres Pedro y sobre esta roca, etc.", de modo que ahí donde dice: "Tú eres Pedro", termina una parte y comienza una nueva, a saber: "Y sobre esta roca, etc.". Este "y", y la repetición del vocablo "cuerpo" no se encuentran en la santa cena, sino que se dice directamente: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo". Si Mateo 16 dijera: "Tú eres Pedro, o sea la roca, sobre la cual edificaré mi iglesia", entonces se trataría del mismo tipo de locución. O si en la santa cena dijera: "Tomad, comed el cuerpo y este es mi cuerpo", entonces sería semejante a Mateo 16.

Siendo que en Mat. 16 hay una "y", pero en este otro pasaje no hay ninguna "y" de por medio, y Cristo repite el término roca diciendo "sobre esta roca", pero en la santa cena no repite la palabra "cuerpo", por tanto exige el lenguaje que con la palabra "roca" se refiera a sí mismo o a la palabra que Pedro pronunció, y con la palabra "cuerpo" al pan. Estos dos pasajes son tan

parecidos como el agua y el fuego. También el evangelista, en Mat. 16, ha distinguido con esmero la palabra roca para señalar tal diferencia y el comienzo de una nueva frase. Porque designa a Pedro con un der (masculino), pero a la otra roca con un die (femenino), para que se comprenda que Pedro, siendo un der, no es la otra roca, a la cual designa con un die, y sobre la cual Cristo quiere edificar su iglesia. Pone "der" y "die" en dos partes distintas de la locución. Cosa que no sucede en la santa cena, donde con la palabra das (neutro) señala ambas cosas, el pan y el cuerpo, en una misma locución: "Esto es mi cuerpo".

Por último, para no hablar sin base bíblica, cita por fin, gracias a Dios, un pasaje de la Escritura, quizá como despedida. Se trata de Mat. 24: "Si alguno os dijere: he aquí o he allí al Cristo, no le creáis". Si, pues, afirmamos que Cristo está en la hostia, para ellos es como decir: he aquí o he allí al Cristo, por lo cual no es cierto. ¡Esto si que es un acierto! Ahora bien, cantaré también "Eli" a los profetas y los despediré. Tanto enegece el odio a estos espíritus que no pueden mirar a su alrededor para ver lo que va antes y después de estas palabras, sino que las aplican como a primera vista les parece. Así que vamos a tener que aclarárselas una vez más.

Es muy diferente cuando hablo de Cristo y de su cuerpo y sangre. Cuando el evangelista dice: "He aquí o he allí al Cristo", etc., se refiere a todo el Cristo, es decir, su reino, como lo requiere forzosamente el texto de Lucas 17, al decir: "El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán helo aquí, o helo allí". Los otros evangelistas lo expresan así: "He aquí o he allí al Cristo". Esto equivale a decir que el reino de Cristo no está en las cosas externas, lugares, tiempos, personas y obras, sino como dice allí mismo: "El reino de Dios está en vosotros". De esto no se deduce que Cristo no esté en ningún lugar, sino que está en todas partes y que todo lo llena, Efesios 1. Pero, no está ligado a ningún lugar específico, de modo que tuviera que estar ahí y en ningún otro lugar, como lo hacen quienes no permiten libertad a nuestra conciencia, sino que nos atan a ciertos lugares, obras y personas específicos.

Cristo mismo y su reino no están atados a ningún lugar ni cosa externa. Por "tanto, también todo lo que corresponde a su reino, el evangelio, el bautismo, el sacramento y los cristianos, están libres y no están amarrados a nada. Porque el evangelio debe y tiene que ser libre y no ha de estar atado a un lugar específico. Pues no está sólo en Roma, o aquí o allí, o en cualquier otra parte. Lo mismo vale para el bautismo y sacramento. No es necesario que se predique, que se bautice, que se busque el sacramento, en la iglesia y no en alguna otra parte; sino que en todos los lugares donde la necesidad lo exija. De esto no se deduce que Cristo esté atado en el sacramento a un lugar, aquí o allí, sino que junto con su sacramento es libre y está o puede estar en todo lugar. Por consiguiente, estos profetas aplican indebidamente al sacramento este pasaje que habla del reino de Cristo.

Si esto fuera cierto, también habría que negar que el evangelio, el bautismo y el sacramento están en alguna parte, porque Cristo también está presente en el evangelio y, sin embargo, debe estar, oral y corporalmente, en sitios y lugares. Asimismo, Cristo tampoco estaría en el cielo a la diestra del Padre, ya que en este caso se podría decir también: he aquí al Cristo. De igual modo, si los pensamientos carnales de estos profetas tuviesen valor, se le podría haber dicho a San Esteban cuando vio a Jesús, Hechos 8: "Mientes, porque Cristo no está ni aquí ni allí". En efecto, su propia doctrina del reconocimiento y recordación de Cristo no puede sostenerse, porque tendrían que ubicarlo en un lugar determinado.

Por tanto, este pasaje "aquí y allí" debe entenderse, primero, de lugares y cosas corporales y externas; y segundo, de tales lugares físicos que se destacan particularmente sobre otros que son establecidos como necesarios para la salvación por los falsos profetas, de modo que la elección de los lugares no sería libre, como se ha hecho con nosotros hasta ahora bajo el papado.

Pero nosotros no enseñamos que el cuerpo y la sangre están visiblemente en lugares externos, ocultos en el sacramento. Tampoco decimos que él debe y tiene que estar en lugares específicos y que no pueda estar disponible en todos los lugares, sino que junto con el pan y el vino está disponible en todos los lugares, sitios, tiempos y personas.

En cambio por cuanto dice: "Esto es mi cuerpo" y no dice: "Esto es Cristo", lo dijo para que no se entendiera que en el sacramento está el Cristo entero, es decir, su reino, sino clara y propiamente su cuerpo físico y verdadero como parte de su reino y de todo el Cristo. Como tampoco se llama Cristo o reino de Cristo al evangelio, sino una predicación oral y física, como una parte de todo el Cristo o de su reino teniendo, sin embargo, la característica de todo el Cristo en que está disponible en todos los lugares y no necesariamente atado a un lugar específico. Por consiguiente, se habla de Cristo como un todo, pero de su cuerpo como una parte del todo.

Aquí dejaré el asunto por esta vez. El doctor Carlstadt impugna que tengamos la potestad de introducir el cuerpo y la sangre de Cristo en el sacramento. Ya lo hemos demostrado suficientemente y él debe concedernos también que lo hemos logrado, que el pan que nosotros partimos es el cuerpo de Cristo. Este nosotros, por cierto, recibe su poder de las palabras de Cristo en la santa cena. Igualmente, se imagina que la justicia de la mortificación es necesaria para la justicia interior del espíritu. Esto es una fantasía suya y no tiene ningún fundamento. Pues has oído ya antes el orden verdadero, que lo primero y lo principal es la fe en el corazón, la justicia del espíritu. Después sigue la mortificación y la muerte del viejo hombre, Rom. 8: "Si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne viviréis". Dice: por el espíritu, el cual debe estar en primer lugar.

Sirva esto de refutación a todos los libros del doctor Carlstadt sobre el sacramento, que ha escrito e ideado en los pasados tres años. Le he contestado en tres semanas y le concedo tres años y todavía otros tres para que sean seis, durante los cuales me pueda replicar adecuadamente. Le prevengo una vez más que procuren acertar, puesto que lo necesitan. Por mi parte, les agradezco de todo corazón y no les pido nada en cambio, pues han fortalecido mi corazón en este artículo de fe. Pues veo ahora que no se puede objetar absolutamente nada contra él. He hablado tan extensamente, con muchas palabras, para poner en evidencia y esclarecer lo que el doctor Carlstadt ha escrito en forma tan oscura y desordenada. Estimo que por este libro el doctor Carlstadt por fin podrá comprenderse mejor, puesto que hasta ahora no ha entendido lo que hace y adonde conduce su doctrina. No puede aceptar o comprender nada ordenadamente y mucho menos desarrollarlo o escribirlo.

Por último, advierto fiel y fraternalmente a todos que se cuiden del doctor Carlstadt y sus profetas, por dos razones especiales. Primero: corren y enseñan sin estar llamados a ello. Cosa que Dios condena en Jeremías 23 diciendo: "Yo no los envié, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban". Por tal razón también los condena Cristo en Juan 10, como ladrones y salteadores que no entran por la puerta, sino que se introducen por otra parte. Se jactan de poseer el espíritu más que los apóstoles. Sin embargo, han merodeado más de tres años furtivamente y han esparcido sus excrementos. Si hubiera sido el espíritu verdadero, se habría mostrado en seguida y habría dado pruebas de haber sido llamado con señales y palabras. Sin embargo, es un diablo homicida y solapado que ronda por los rincones hasta causar daño y esparcir su veneno.

Segundo: estos profetas eluden, evaden y callan el artículo principal de la doctrina cristiana. Porque en ninguna parte enseñan cómo se libra uno de los pecados, obtiene una buena conciencia y consigue un corazón apacible y alegre, para con Dios. Esto es lo que vale. Esto indica claramente que su espíritu es el diablo quien con nuevas palabras extrañas agita las

conciencias, las asusta y engaña, pero no les brinda sosiego ni paz. Tampoco puede hacerlo, sino que se pone a enseñar algunas obras especiales con las cuales ejercitarse y disciplinarse. Pero, no tiene idea cómo se obtiene una buena conciencia y en qué consiste. No lo saben porque no lo han sentido ni lo han conocido nunca. Tampoco lo pueden saber o sentir, porque se presentan y enseñan por cuenta propia, sin ser llamados. De todo esto no puede salir nada bueno.

La gracia de Dios sea con todos nosotros. Amén.

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACIÓN POR
ANDRÉS SAN MARTIN ARRIZAGA, 5 DE FEBRERO DE 2008.**